

Jazmín®

El sueño más hermoso

Barbara Hannay

El sueño más hermoso
Barbara Hannay

El sueño más hermoso (2012)
Pertenece a la Temática De nueve a cinco
Título Original: Having the boss's babies (2006)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2483
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Liam Conway y Alice Madigan

Argumento:

¿Cómo podría obedecer en la oficina al mismo hombre con el que había compartido la mejor noche de su vida?
Como el resto de empleados de Kanga Tours, Alice Madigan estaba ansiosa por conocer a su nuevo jefe. Pero cuando vio aparecer a Liam Conway, se dio cuenta de que era peor de lo que podría haber imaginado.
Alice había compartido con él una noche muy especial… y ahora tenía que comportarse como una empleada más. ¿Cuánto tiempo podrían fingir que no había sucedido nada entre ellos? ¡Especialmente ahora que Alice había descubierto que estaba embarazada!

Capítulo 1

Ella estaba sentada en la barra dándole la espalda y él no sabía por qué le había llamado la atención. Tal vez fuera porque parecía distinta del resto de clientes, la mayoría con apariencia de tener menos de treinta y cinco años, que abarrotaban el Hippo Bar todos los viernes por la noche. Ella no reía a carcajadas ni intentaba ligar a toda costa, sino que miraba su copa vacía, moviendo lo que quedaba de los hielos con una pajita negra, indiferente al bullicio que la rodeaba.

Su ropa también era diferente de la de los demás: no llevaba pantalones de talle bajo ni bisutería llamativa y brillante.

Llevaba la melena negra recogida en un sencillo moño, y su vestido, de color oscuro y muy femenino, dejaba un hombro desnudo descubriendo la grácil línea de su cuello y sus hombros. La falda no era especialmente corta, pero lograba revelar unas piernas bien torneadas.

Él estaba deseando verle la cara; si hacía juego con el resto de lo que veía de ella, tendría que ser, por lo menos, elegante.

Y entonces, como por arte de magia, ella se giró y a él se le comprimieron los pulmones como si hubiera descendido de golpe al fondo del Mar del Coral. Era preciosa.

Tenía los ojos de un color gris claro, una nariz clásica y la boca lujuriosa. Se había puesto un toque de gris en los párpados y una fina línea de lápiz de ojos, y con ese maquillaje tenía un aire distinguido y distante.

En ese momento, una inquietante fantasía se coló en su mente y la vio en un lugar remoto, con las mejillas ligeramente sonrojadas y los labios rogándole que le hiciera el amor.

Se maldijo en voz baja por su idiotez, y se dio la vuelta, dispuesto marcharse y buscar otro bar más tranquilo. Pero cometió el error de mirar hacia atrás.

Y esta vez lo que le conmovió fue más su aspecto de soledad que su belleza. Tenía la mirada fija en un punto en la distancia, pero sin interés alguno. Él reconoció el gesto; conocía el sentimiento de vacío que se escondía tras sus preciosos ojos. Lo había sentido en muchas ocasiones.

Aquella noche era una de ellas.

Cada año le gustaba menos el día de su cumpleaños, así que había decidido volar a Cairns unos días antes de lo necesario simplemente para evitar pasar esa noche en Sydney.

Había pensado pasar la noche solo, vagando por aquella ciudad

tropical sin rumbo fijo, intentando borrar de su mente los malos recuerdos con las vistas y los sonidos del Norte del país. Sería un forastero solitario en la ciudad.

Pero había visto a aquella chica, y tenía que cambiar de plan.

* * *

Alice intentaba ser valiente. No era fácil estar sola en un bar el día de su treinta cumpleaños. Tenía derecho a sentirse deprimida. Muy deprimida.

Lo peor de todo era que había sido únicamente culpa suya; se había escapado de su fiesta de cumpleaños, no la que sus compañeros de trabajo habían querido darle, sino la reunión familiar que su madre había organizado.

A primera hora de la noche, la tía Bettina había dicho en voz alta lo que toda la familia pensaba:

—Pobre Alice —dijo ella, derrochando compasión—. Casada antes de los veinte y divorciada antes de los treinta. Qué lástima.

Nadie, pero nadie, de la familia Madigan se había divorciado. Ni tampoco había habido nadie estéril. Y si los hombres de la familia de Alice se habían permitido amoríos extramatrimoniales, sus esposas se lo habían callado. En la familia Madigan existía la norma no escrita de que las mujeres tenían que apoyar a sus maridos.

Alice había cometido los tres delitos: infertilidad, un marido adúltero y un divorcio. Era la vergüenza de la familia.

Había sobrevivido al divorcio con el ego intacto, apenas. Sabía que era mejor estar sola que con Todd, y había aprendido la amarga lección de que una mujer no debe basar su felicidad en un marido o en hijos.

Había mejorado mucho en los últimos seis meses, pero aquella noche su familia la hizo sentir como si ya no tuviese futuro ni esperanza. Como si cumplir treinta años no fuera ya un punto lo suficientemente crítico en la vida de una mujer. La fiesta fue un desastre.

En cuanto cortaron la tarta, ella se excusó diciendo que sus compañeros de trabajo la esperaban, como todos los viernes por la noche, en el Hippo Bar.

El problema fue que sus compañeros no la esperaban, y para cuando ella llegó, el grupo ya se había marchado a otro sitio. Alice no tuvo fuerzas para llamarlos al móvil y buscarlos por toda la ciudad.

Así que allí estaba. La noche de su treinta cumpleaños, mirando sin esperanza el resto de su vida. Sola.

—¿Te pongo otro?

Alice parpadeó al oír la voz del camarero y él señaló su vaso vacío.

—¿Te ha gustado el «Beso apasionado»?

—Sí, estaba delicioso.

—¿Quieres probar otro?

¿Debía hacerlo? ¿Por qué no? No era una noche para andar con remilgos. Tomó la carta, repasó los divertidos nombres de los combinados y sonrió:

—Creo que me arriesgaré y tomaré un «Orgasmo arrebatador» esta vez.

—Y yo tomaré otro —dijo una voz suave a su lado.

Alice se giró y se sorprendió al ver a un hombre sentado en una banqueta a su izquierda. ¿Cuándo había llegado?

Él sonrió, lentamente. Fue una sonrisa que empezó en sus ojos, azules, inteligentes y simpáticos, y después bajó sin prisa hasta sus labios. Con la misma tranquilidad la miró, y no trató de ocultar el hecho de que le gustaba lo que veía.

Algo en sus ojos y en aquella forma tan masculina de mirarla hizo que se sintiera flotando, como si acabara de caer desde un acantilado.

—Hola —saludó el extraño.

Alice no tenía experiencia en conocer a hombres en bares; su ex marido había sido su primer novio y se habían casado antes de llegar a los veinte años. Si pudiera pensar en una respuesta ingeniosa…

—Hola a ti también —respondió ella.

Parecía tener treinta y algunos, tenía el pelo castaño oscuro y un toque de gris en las sienes. Su rostro era fuerte, era delgado y tenía la piel bronceada. Llevaba unos pantalones chinos y una camisa blanca con los dos botones de arriba desabrochados y las mangas enrolladas.

—Parece que estás bebiendo sola —dijo él—. Un hábito poco saludable…

Alice se sintió obligada a defenderse.

—No es un hábito en absoluto. Es una excepción.

Él aceptó su respuesta con un leve asentimiento de cabeza.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Por supuesto —dijo ella, poniéndose recta—. ¿Y tú?

—Prefiero estar acompañado.

—Pero estás solo esta noche.

—Sí —admitió él, y volvió a sonreírle lentamente—. Pero tengo una excusa excelente.

Ella tomó aliento, consciente del juego al que habían empezado

a jugar.

—¿Acabas de salir de la cárcel?

Sus ojos se abrieron un poco y después rió.

—Es una forma de decirlo. Me he escapado de Sydney. He llegado hoy a la ciudad y no conozco a nadie —su mirada azul se clavó en la de ella por unos interminables segundos—. Aún.

De acuerdo. Ése era el momento en que tenía que deshacerse de él. Pero el camarero les trajo las copas, y antes de que ella pudiera hacer nada, su nuevo acompañante puso unos billetes sobre la barra.

—Esta ronda es mía —dijo él.

Ella iba a protestar, pero después cambió de idea. ¿Por qué no iba a probarse a sí misma con un poco de flirteo? Tenía treinta años y por primera vez en su vida adulta estaba en un bar siendo libre como el viento: dos buenas razones para dejar que un hombre bastante guapo hablase con ella.

Si él quería hacerlo.

Y si ella decidía que quería que él lo hiciese.

—¿Y cuál es tu excusa para beber sola? —le preguntó él.

—Unos extraterrestres han abducido a mis amigos.

Él levantó una ceja.

—Pobrecillos.

—Sí. Supongo que se despertarán por la mañana con las memorias borradas.

—Eso les ha pasado también a algunos de mis amigos después de una noche de copas —sonrió él.

Alice tomó un lento sorbo de su combinado.

—¿Qué te parece el cóctel? —preguntó ella, intentando parecer indiferente mientras observaba el movimiento de sus labios al saborear la bebida.

—No está mal.

—¿Lo habías probado antes?

—No —respondió él, y le dedicó una sonrisa picara—. Éste es mi primer «Orgasmo».

Ella estuvo a punto de atragantarse. Una nube de vapor surgió de su cuerpo, pero ella intentó ignorarla. Levantó su copa y ofreció un tembloroso saludo.

—No lo bebas muy rápido, en ese caso.

Y justo cuando se preguntaba si se estaba dejando llevar demasiado, una voz conocida acudió en su rescate desde el otro lado del bar.

—¡Hola, Alice! ¡Feliz cumpleaños!

Era un tipo que trabajaba en el mismo edificio que ella. Debía haber visto la pancarta que le habían puesto las chicas a la entrada

del trabajo esa mañana. Como no lo conocía muy bien, lo saludó con la mano y deseó que no se acercara. La conversación con aquel extraño se estaba volviendo algo loca, pero no quería que le interrumpieran. Tal vez fuera por las copas, pero empezaba a sentir una extraña pero maravillosa sensación de haber conectado con él.

—¿Feliz cumpleaños, Alice? —preguntó él, frunciendo el ceño—, ¿Es tu cumpleaños?

Oh, parecía molesto. Tal vez fuera porque se había dado cuenta de lo bajo que había caído ella, abandonada y sola el día de su cumpleaños. Alice habría preferido que la considerara una diosa independiente y libre.

—Nunca celebro mis cumpleaños —dijo ella, rápidamente—. ¿Qué son, al fin y al cabo? Llegan y se van, así que no hay por qué armar tanto revuelo por cumplir… ¡ups!

—Tienes toda la razón —dijo él—. Aunque siempre pensé que cumplir «ups» era algo así como llegar a un punto importante de la vida —y volvió a mirarla fijamente, pero con ojos divertidos, tanto que ella pensó si había imaginado el haberlo visto molesto poco antes—. Además —añadió él—, también hay que decir que hay que aprovechar cada ocasión que se pueda para convertirla en una celebración.

—Eso estoy haciendo yo. Celebrándolo —y Alice levantó su copa, pero no bebió. Empezaba a sospechar que ya había bebido bastante—. Esta conversación empieza a complicarse —tenía que cambiar de tema antes de meterse en líos—. Tú ya sabes mi nombre y mi fecha de nacimiento, pero yo no sé nada de ti.

—¿Qué te gustaría saber?

«Si estás casado». No llevaba alianza, pero eso no quería decir nada.

—¿Tu nombre?

—Liam. Y por si quieres un intercambio igualitario de información, te diré que tengo treinta y seis. O mejor dicho, «ups» y seis —añadió sonriendo—. Y… —se detuvo.

—¿Y? —preguntó ella, intentando sin éxito no aparentar curiosidad.

—Hoy también es mi cumpleaños.

—Estás de broma.

—En absoluto —se sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y de ella sacó el permiso de conducir. Conway, Liam Cooper. Y su fecha de nacimiento era también el cinco de septiembre.

Alice frunció el ceño. Liam Cooper Conway. ¿Dónde había oído ella ese nombre? ¿Liam Conway, doctor Conway, profesor Conway… inspector Conway?

No… se lo estaba imaginando. No lo conocía de antes. Además, él era de Sydney, así lo decía su permiso de conducir, y acababa de llegar a la ciudad.

—¿Algo más que quieras saber? —preguntó él.

Ella lo pensó y se dio cuenta con sorpresa de que tal vez aquel encuentro perdiera su encanto si averiguaba demasiadas cosas de él. Sacudió la cabeza. En aquel momento, Liam Conway era un Hombre Misterioso, una figura con potencial ilimitado. Podía ser cualquier cosa…

Más importante que su ocupación le parecía el hecho de que compartiera su fecha de cumpleaños y su signo del zodiaco. ¡Eran como almas gemelas! Ella lo recompensó con una cálida sonrisa.

—Feliz cumpleaños, Liam Conway.

—Gracias —dijo él, y volvió a guardarse el permiso y la cartera en el bolsillo—. ¿Vas a acabarte la copa?

—No estoy segura de si debo —movió la bebida con la pajita—. No sé qué ponen en estas cosas.

—Hummm… los ingredientes de un «Orgasmo arrebatador…» Buena pregunta.

Esta vez, cuando sus miradas se encontraron, sus ojos apuntaban un mensaje muy directo y sin ambigüedades, uno oscuro y sensual que hizo que ella se alarmara y se excitara al mismo tiempo. Su corazón se aceleró y la piel se le cubrió de una fina capa de sudor al sentir el golpe de excitación. Dios. No podía recordar cuándo se había sentido de ese modo por última vez.

Desesperada por cambiar de tema, preguntó:

—¿Dónde estabas el día que cumpliste seis años?

Liam parpadeó como si su cerebro hubiera estado en un país completamente distinto, y pareció tardar años en computar su pregunta.

—Hum… estaba en el huerto de frutales en casa de mis padres, en la región del Cinturón de Granito.

—Así que mientras yo nacía, ¿tú te atiborrabas de melocotones y ciruelas?

—Probablemente, aunque hubiera preferido helado de haberlo tenido.

—¿No tuviste una fiesta?

—Mis padres no tenían tiempo para fiestas, excepto en los cumpleaños importantes.

Por un momento pareció perdido en una nube de oscuridad. Se acabó el contenido de la copa de un trago y sacudió la cabeza como para liberarse de una presencia fantasmagórica. Alice tuvo la impresión de que él lamentaba haberle dicho tanto.

—Por eso me gusta celebrar los cumpleaños ahora —dijo él,

pero la intensidad de su voz no se correspondía con el significado de sus palabras.

—Pues yo estoy dispuesta para celebrar —y en ese momento Alice recordó que ya había bebido demasiado, así que sus opciones de seguir de celebración en un bar eran limitadas. Tal vez fuera el momento de marcharse.

Se imaginó a sí misma bajándose de la banqueta, agradeciéndole a Liam Conway la invitación y despidiéndose de él. Después tomaría un taxi para llegar hasta su apartamento en Edge Hill, donde podría poner uno de sus discos de guitarra española y tomarse una taza de chocolate caliente mientras leía una novela hasta quedarse dormida.

Sabía exactamente lo que debía hacer, estaba muy claro.

Pero no se movió de su asiento.

—Realmente ya es mala suerte que los extraterrestres abduzcan a tus amigos el día de tu cumpleaños —comentó Liam.

—Desde luego —repuso ella, sonriendo—. Y yo que creía que mi racha de mala suerte había acabado… —inmediatamente se arrepintió de haber dicho eso—. Lo siento. Estás buscando diversión, no historias de mala suerte.

Liam se encogió de hombros.

—No estaba buscando nada en especial. Hasta que te vi.

Su sonrisa le produjo un agradable cosquilleo y ella alargó la mano hacia su copa.

—Fue un hombre el que puso esas sombras bajo tus ojos, ¿verdad? —preguntó Liam.

Ella se quedó demasiado sorprendida como para mantener la cautela.

—Sí. Un sapo que no se convirtió en príncipe —aunque lo intentó, no pudo evitar que una imagen se colara en su mente—. Un día volví pronto a casa y lo encontré en nuestra cama con otra mujer.

Alice apretó los labios e intentó luchar contra los recuerdos.

Liam pareció realmente enfadado.

—Llamar sapo a un hombre como ése es demasiado educado.

Su inesperada comprensión pareció abrir las compuertas de sus sentimientos, que tanto tiempo llevaba intentando mantener ocultos.

—Tal vez no hubiera debido sorprenderme tanto —dijo ella—. Llevaba tiempo viendo cosas raras, pero no quería creer lo que indicaban.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Molesta, parpadeó, y Liam le pasó una servilleta de papel del montoncito que había sobre la barra.

—Te queda muy bien la máscara de ojos —dijo él—. No la

estropees.

—Gracias —dijo ella, tomando la servilleta y secándose con cuidado los ojos. Después tomó aliento y dejó escapar una sonrisita nerviosa—. ¿Sabes? Lo que más me enfadó fue que Todd llevara a esa mujer a nuestro dormitorio.

—¿Estabas viviendo con él?

—Era mi marido. Me casé con el sapo —dijo, mientras retorcía la servilleta—. Él sabía lo mucho que a mí me gustaba esa habitación. Me había tomado muchas molestias para decorarla, y hasta la ropa de cama la elegí con todo el cariño. El tocador había sido de mis abuelos. Estuvo en su habitación toda su vida de casados. Lo siento. No espero que lo comprendas.

—Por supuesto que lo entiendo. Él no sólo te traicionó, sino que violó un lugar que para ti era especial.

Liam Conway no sólo era espectacularmente guapo, sino que también era sensible. Ella había olvidado que existían los hombres como él.

—Espero que te libraras de él —dijo Liam.

—Desde luego. Sobre todo cuando me enteré que aquella mujer no era más que una de muchas —suspiró—. El divorcio se hizo efectivo hace cuatro meses —hizo una mueca. Admitir el fallo de su matrimonio le hacía sentirse una perdedora.

—Normal que aún parezcas algo afectada.

—Estoy bien. En serio. Es algo del pasado —la confesión le había salido de dentro, y eso era bueno, pero tampoco quería matar a aquel hombre de aburrimiento—. Tengo toda una nueva vida por delante.

—Otra cosa más que celebrar —dijo él—. Entonces, ¿por qué no vamos a un lugar donde podamos bailar?

Cielos, hacía años que no bailaba. Todd siempre había dicho que odiaba bailar, así que nunca habían bailado y ella había perdido la práctica.

—Me temo que no soy buena bailarina —dijo ella.

—No me lo creo —Liam se puso de pie y resultó ser más alto de lo que ella había imaginado—. Vamos —insistió—. Es nuestro cumpleaños, vamos a mover el esqueleto.

¿Mover el esqueleto? Ella bajó la vista hacia sus sandalias negras de tiras. Tenía el tacón muy alto. Se había pintado las uñas de los pies de color rojo brillante para hacer juego con su vestido negro de flores.

Por encima de su cabeza oyó a Liam que decía.

—A mí me parecen unos pies bailarines.

Ella tomó aire y lo miró. «Vaya». Había algo muy masculino en la fortaleza contenida de su esbelto cuerpo y en sus fuertes rasgos;

en la intención que apuntaban sus ojos…. Tenía que salir de allí enseguida, antes de dejarse atrapar.

No quería volver a tener relaciones con hombres, al menos no tan pronto. Las heridas de su divorcio aún dolían de vez en cuando.

Pero una voz en su interior la animaba a olvidarse de sus temores.

«Sus ojos son tan comprensivos como sensuales. ¿Por qué dudar? Y, en cualquier caso, tienes la excusa perfecta para atreverte: nunca más cumplirás treinta años».

Ella tomó su bolso de la barra.

«Adelante, Alice. Parece tan, tan agradable…».

—De acuerdo —dijo ella, sonriendo—. Ir a bailar me parece buena idea.

—Vamos —respondió él.

En la calle, un fotógrafo tomaba una foto de un trío de chicas que no paraban de reír. Cuando ellos pasaron a su lado, el fotógrafo les llamó.

—Disculpe, ¿le importa que le haga una foto con su adorable dama?

Liam hizo una mueca e hizo un gesto de negativa con la mano.

—Bienvenido a Queensland del Norte —dijo Alice—. Los periódicos locales siempre están haciendo fotos de gente para las páginas de sociedad.

—Me alegro de que hayamos escapado de él —dijo Liam, tomándole de la mano.

Oh, cielos. Ella podía sentir cada milímetro de su piel en contacto con la suya, la fuerza de sus dedos…

—¿Cuál es el mejor sitio de la ciudad para ir a bailar? —preguntó él.

—El Club Arrecife se supone que está bien.

—¿Se supone?

—Nunca he ido.

Él la miró con curiosidad y ella esperó que no fuera porque había sentido la oleada de calor que la había recorrido cuando él la tocó.

Pero lo más probable era que él se preguntase por su limitada vida social. Si él preguntaba, ella debía estar preparada para explicar que, aunque trabajaba para una empresa del sector turístico, estaba especializada en tours por la región y no tenía mucha experiencia en los locales nocturnos de la ciudad.

Liam no preguntó y Alice se sintió aliviada, porque esa explicación le hubiera conducido a tener que dar más datos sobre su matrimonio fallido. Todd había preferido pasar los fines de semana pescando en la Barrera de Coral o bebiendo y jugando a las cartas

con sus amigos que saliendo con ella por las noches.

Pero contarle aquello a Liam podía haber sido demasiada información. Era muy probable que no quisiera saber nada de ella después de eso.

Él quería su compañía por una hora o algo así, sin ataduras, y eso le parecía bien a Alice. Lo último que quería era pasar de un desastre de matrimonio a otra relación. Además, se suponía que los divorciados siempre estaban dispuestos a aquellas aventuras sin continuación.

Aunque lo cierto era que se sentiría mucho más segura yendo a bailar con aquel hombre al que acababa de conocer si no se sintiera tan atraída por él.

No había esperado conectar tan pronto con él, sentirse tan cautivada y tan sin aliento a su lado.

Hacía más de diez años que se había enamorado del jugador de fútbol más guapo de su instituto. Sabía que no tenía práctica en aquello de las relaciones chico-chica, pero sabía qué no debía sentirse tan atraída por un extraño. Ni debía sentir ese vuelco en el corazón cada vez que Liam Conway la miraba… y siempre que ella lo miraba a él.

¿Qué iba a hacer cuando empezaran a bailar? Tal vez era buen momento para empezar a rezar. Con un poco de suerte, la banda del Club Arrecife estaría tocando música rápida que no requiriera de tocarse para bailar.

Pero no hubo suerte.

Nada más entrar en el club, lo primero que notó era que el local estaba casi en penumbra, la música era lenta y la pista estaba abarrotada. Con sólo una mirada a los peligros que prometían los ojos azules de Liam Conway, supo que estaba perdida.

Liam le sonrió lentamente.

—¿Bailamos, cumpleañera? —y sin esperar su respuesta, él le tomó de la mano y la llevó hasta la pista de baile. Y enseguida ocurrió: Alice estaba en sus brazos.

Ella estaba nerviosa, aterrorizada, con todos los sentidos alerta. Arropados por la oscuridad que los rodeaba y la sensual melodía del saxo, se balancearon juntos lentamente, y ella tuvo conciencia del tacto de Liam, de su aliento junto a su pelo, los músculos de su hombro, su cuerpo tan tentadoramente cerca del suyo…

Si cerraba los ojos, podía sentir perfectamente el aroma de su loción para después del afeitado, y si los volvía a abrir, se sentía cautivada por las sombras que la tenue luz proyectaba sobre el rostro de Liam.

Desde el momento en que conoció a aquel hombre había estado en la cuerda floja. ¿Tal vez las emociones le estuvieran haciendo

perder el equilibrio? Se sentía cautivada por él: el hecho de que sus cumpleaños coincidieran, el modo en que él había escuchado su triste historia, el deseo con que la miraba. Y ahora, en sus brazos, se sentía increíblemente arropada.

Estaba claro que los meses que había pasado sola desde su divorcio le estaban pasando factura.

Deseaba que Liam la besara. Quería sus manos sobre su cuerpo y, sí, quería que le hiciera el amor.

Y el deseo le estaba llenando el cerebro y arrebatándole la razón.

Sospechaba que la mente de Liam estaba orientada en la misma dirección que la suya. A pesar de la facilidad con que se movía por la pista de baile, su cuerpo era presa de una tensión que no lograba ocultar, al igual que el deseo de sus ojos.

Sus labios le acariciaron la frente y se le escapó un suave y casi desesperado suspiro.

Al oírlo, Alice sintió que su ya frágil resistencia se venía abajo. Resignada, se fundió contra él y el deseo se extendió por su cuerpo.

Él la acercó aún más contra sí. Después le murmuró al oído:

—¿Tienes alguna idea de lo endemoniadamente preciosa que eres?

No eran las palabras de un caballero, y ella sabía que tenía que haberse sorprendido, pero estaba demasiado perdida en su nube de deseo. Y tenía la garganta tan bloqueada por la emoción que apenas hubiera podido pronunciar una protesta aunque lo hubiera intentado.

Y después, entre una canción y otra, él dijo:

—Quiero llevarte a casa, cumpleañera.

Oh, Dios. Alice hundió la cabeza en su hombro con el corazón latiéndole desbocado. Sabía desde el momento en que salieron del Hippo Bar que todas las probabilidades apuntaban a que la noche acabara en esa dirección, pero en un aterrador instante de pánico, el coraje la abandonó. No estaba acostumbrada en absoluto a las aventuras de una noche.

Liam le acarició el cuello.

—¿Te parece una mala idea?

¿Lo era? Alice trató de pensar con calma, pero en ese momento toda ella era un amasijo de emociones y deseo, y estaba muy lejos de tener la calma necesaria para tomar una decisión racional.

Pero sabía que había una pregunta importante que le tenía que hacer.

—Dime una cosa —dijo, en voz baja—, ¿Estás casado?

—No —respondió él, con tal decisión que ella supo que era cierto.

Levantando la vista y mirándolo con la misma intensidad que veía en sus ojos, ella dijo:

—No es una mala idea, Liam.

Al oírlo tomar aire, ella se estremeció. Él estaba tan tenso y consumido por el deseo como ella. Alice apenas podía respirar.

Salieron del Club Arrecife de la mano, aunque apenas osaban mirarse el uno al otro al pasar bajo las brillantes luces de la entrada.

—No he traído mi coche —dijo ella—, ¿Y tú?

Por un momento, ella sintió otro tipo de tensión en él.

—No. Aún no tengo la parte del transporte solucionada.

—No importa —dijo ella— Tomaremos un taxi.

Ella se sintió increíblemente tímida mientras esperaba al borde de la acera a que pasara un taxi.

—Supongo que éste es el momento en que uno de los dos dice: «¿En tu casa o en la mía?».

Sus ojos azules parecieron brillar con más intensidad.

—Creo que eso debes decidirlo tú.

El taxi llegó y ellos se sentaron en el asiento trasero. Liam miró a Alice mientras el conductor esperaba instrucciones. Ya estaba hecho. No había vuelta atrás. Y era su elección.

Le dio al conductor la dirección de su apartamento en Edge Hill. Se sentiría mejor jugando en casa, pensó, sintiendo un espejismo de estar manteniendo el control. Además, ella estaba bastante orgullosa de ese piso. Lo había comprado con su parte de la venta de la casa que había compartido con Todd.

Era ultramoderno y muy nuevo, y para ella era toda una novedad tener su propio espacio, que siempre mantenía con un aspecto excelente. Sus amigos le tomaban el pelo diciéndole que estaba esperando la llamada de una revista de decoración rogándole que les dejaran sacar su casa como artículo central de su próximo número.

Pensar en las bromas de sus amigos le ayudó a relajarse mientras el taxi avanzaba por las oscuras calles. También le tranquilizó el hecho de que Liam se sentase a cierta distancia de ella y que no se echase encima de ella.

Aún así, la tensión era palpable, y su cuerpo ardía de impaciencia. ¿Qué tipo de amante sería aquel hombre?

¿Qué tipo de amante sería ella? Una no demasiado buena, a juzgar por las aventuras que buscó Todd fuera de su cama. Pero había algo en la mirada de Liam que le devolvía la confianza que Todd le había arrebatado.

Una brisa fresca los saludó al salir del taxi. Por encima de ellos, la luna iluminaba con su romántica luz las palmeras que se

alineaban en la calle de Alice.

—Bonito sitio —dijo Liam, y después los dos caminaron en silencio por la acera pavimentada rodeada de jardines jóvenes.

Cuando Alice empezó a buscar las llaves en el bolso, se vio asaltada por las dudas. ¿No estaría cometiendo un terrible error? No sabía nada de aquel hombre. Ella no hacía ese tipo de cosas.

Si una vidente le hubiera dicho que un día llevaría a casa a un guapo extraño al que había conocido en un bar, se hubiera reído en su cara y le hubiera pedido que le devolviera el dinero.

Alice no era nada moderna en cuanto a las citas con hombres. Aunque sus amigas solteras no parecían tener reparo en acostarse con un hombre una noche sólo porque les gustara, ella nunca había soñado ser tan atrevida. Ni en sus fantasías más salvajes. Bueno, tal vez en las más salvajes, sí. Pero ¿desde cuándo esas fantasías se hacían realidad?

Tal vez debiera sugerir tomar un café. Tenía una cafetera expreso estupenda y así podría llevar a Liam a su diminuta y moderna cocina e insistir en que le hablara más de sí mismo. Había tantas cosas que debería saber de él antes de…

Demasiado tarde. Liam alargó el brazo hacia ella en cuanto la puerta se cerró tras ellos. Y el café y las preguntas que le habían parecido tan importantes, se borraron de su mente en cuanto él la atrajo hacia sí. Y sus labios se encontraron con los de ella.

«Oh». Los labios de Liam eran suaves y firmes, y muy lentos. A Alice casi le fallan las rodillas.

—Tienes una boca preciosa —murmuró él.

—A mí me encanta la tuya —dijo ella, sorprendida de oírse hablar con un tono que mostraba estar a punto de perder el control.

Él le besó la garganta.

—Tienes un cuello perfecto para ser besado.

Oh, esos labios tan halagadores y sensuales eran una combinación como para detenerle el corazón a una. Tan diferente de Todd.

No, no iba a pensar en Todd. Sólo en Liam. Sólo en sus maravillosos labios explorándole la piel, haciendo que su cuerpo entrarse en calor y se encendiese de deseo. Sabía que se moría por un contacto más íntimo.

Una cálida languidez se apoderó de ella y apretó sus muslos y caderas contra los de Liam, arqueando el cuello y pidiéndole más besos.

Él respondió como se esperaba mientras sus manos la atraían hacia él y sus labios bajaban por su cuello hasta el pequeño valle de su clavícula. Después le besó el lóbulo de la oreja.

—Las mejores orejas de todo el hemisferio sur —dijo él, y le

hizo cosquillas en la oreja con la punta de la lengua, lo que hizo que ella lo besara con una necesidad desesperada en el cuello.

La respuesta de Liam fue un gruñido muy sexy y un momento después la tenía en sus brazos.

—¿Por dónde? —murmuró a la vez que la levantaba del suelo.

Sin dudarlo un segundo, ella señaló al pasillo que llevaba a su dormitorio.

Capítulo 2

Fue raro levantarse a la mañana siguiente con Liam Conway en su cama. Raro y maravilloso. Y sólo un poquito triste. Entonces vendría lo duro, la mañana después de la noche anterior.

Liam y ella no podían aparentar ser extraños después de la increíble noche de pasión que habían compartido, pero, del mismo modo, tampoco podían volver a recuperar la parte de conocerse mejor que se habían saltado.

Liam se marcharía pronto, de su casa y de su vida, y Alice tendría que poner cara de valiente y recordar que no le importaba, que era lo que quería.

Además, sabiendo que era estéril, los hombres no querrían de ella más que algún encuentro casual.

Con la cabeza apoyada sobre la mano observó a Liam despertarse; primero abrió y cerró los ojos un par de veces dejando vez retazos de azul tan brillantes como el cielo de la mañana.

Al ver que lo estaba mirando, él le sonrió.

—Buenos días.

—Hola.

Liam la miraba como si sus ojos bebieran de ella. Alargó la mano y le acarició un mechón de pelo que le había caído sobre los hombros.

¿Tendría mal aspecto? ¿O tendría el aspecto de una mujer que ha disfrutado de una noche de placer sin límite? La luz del día era muy… reveladora.

Liam, por supuesto, tenía mejor aspecto que nunca. La sombra que le empezaba a cubrir la mandíbula le daba un aspecto moderno y sexy, tenía los hombros bronceados, casi brillantes al reflejarse en su piel la luz que entraba por la ventana.

Pero quedarse mirándolo no era precisamente lo que debía hacer; su cometido aquella mañana era despedirse de él. De una forma amistosa, por supuesto, pero despedirse al fin y al cabo.

—Va a ser un bonito día —dijo ella, e inmediatamente hizo una mueca. No había sido una buena forma de comenzar; parecía una guía turística animando a un grupo de veraneantes en la Gran Barrera de Coral.

¿Pero qué se suponía que debía decir? «Gracias por la noche más increíble, bella y emotiva de toda mi vida sexual».

Era la pura verdad. ¿La creería Liam? La noche anterior había viajado hasta las estrellas, nada le hacía pensar que para él no hubiera sido una noche más de sexo, sin nada especial.

Él se estiró y se puso las manos detrás de la cabeza para mirar a través de las ventanas el contraste de las palmeras contra el cielo azul.

—Otro día en el paraíso, como dicen los folletos turísticos —dijo, y volvió la mirada hacia ella—. Y tú y yo somos un día más viejos.

Tenía toda la razón. Sus cumpleaños eran algo del pasado, un día llegaba y al siguiente se había acabado.

Alice se sentó cubriéndose con la sábana.

—Me alegro de que te quedaras a pasar la noche —dijo con timidez—. Me hubiera sentido mal si te hubieras marchado en cuanto acabamos… hummm… la celebración.

Liam frunció el ceño.

—Sería un crimen hacerte sentir mal. Eres una mujer muy especial, Alice —las arrugas de su frente se alisaron y sus labios dibujaron una sonrisa—. Y, por lo que recuerdo, nos hemos pasado casi toda la noche de celebración.

Alice sintió que se sonrojaba. El resto de su cuerpo empezó a calentarse mientras Liam seguía mirándola.

Oh, cielos. La luz del día no había cambiado nada. Ella seguía siendo tan sensible a sus encantos como por la noche.

Deseó saber mejor cómo funcionaban aquellas cosas: ¿dónde acababa la aventura de una noche y dónde empezaba una relación?

Ella no estaba buscando algo serio, no podría soportar volver a ser vulnerable y que la hirieran.

—Voy a hacer café —dijo ella, apartándose—, ¿O prefieres té?

Si Liam se sorprendió por su forma de poner distancia, se recuperó enseguida.

—Café está bien.

Ella tomó aire aliviada. Casi había esperado que la tomara en sus brazos de nuevo, y sabía que era demasiado débil para resistir. Por suerte, él aceptó su decisión de buen grado y no trató de detenerla cuando se bajó de la cama.

Alice fue primero al baño, y cuando acabó, se arropó con un albornoz blanco y fue a la cocina para poner el café. Liam no tardó en reunirse con ella, ya duchado, pero aún sin afeitar y con la misma ropa que llevaba la noche anterior.

Verlo entrar tranquilamente en la cocina fue suficiente como para alterarle el pulso. Maldición. Incluso en la cocina, rodeada de cazuelas y sartenes, Liam Conway tenía el mismo efecto perturbador que en la pista de baile o en su dormitorio.

—Ese café huele fenomenal —dijo él.

—¿Te apetecen unos cruasanes? —dijo ella, mostrando un paquete que acababa de sacar del congelador.

—¿Tú vas a tomar?

Ella asintió.

—Es mi capricho de los sábados por la mañana: café, cruasanes y leer el periódico en la terraza —se colocó mejor el albornoz—. Hoy pensaba pasar del periódico, pero si a ti te apetece, la tienda está muy cerca.

Él lo pensó un momento y después sacudió la cabeza.

—Podré sobrevivir sin noticias del mundo exterior hoy. En teoría no empiezo a trabajar hasta el lunes, así que ya tendré tiempo entonces para enterarme de qué ocurre a mi alrededor.

—¿Entonces te has mudado a Cairns para empezar en un nuevo trabajo? —preguntó ella, intentando no parecer demasiado interesada, mientras ponía los cruasanes en el horno.

—He comprado un negocio que tiene una sucursal aquí —dijo, sin mucho interés, como si no quisiera dar detalles—. Por cierto, este sitio está genial.

—Gracias.

—El verde es tu color favorito, ¿verdad?

Estaba mirando su colección de piezas de cristalería que tenía en una estantería.

—Supongo —sonrió ella, complacida de que se hubiera fijado en eso—. Aunque a los virgos se supone que nos tiene que gustar más el blanco.

—¿En serio?

—Eso dicen los expertos, pero yo llevo coleccionando cosas verdes desde que tenía doce años. Empecé con una plato en forma de hoja de nenúfar, y seguí a partir de ahí —se encogió de hombros —. Se ha convertido en una pequeña manía.

Todd odiaba su colección de cosas verdes. En uno de sus ataques de furia, le había roto su pieza favorita y ella optó por guardar toda la colección. Pero ahora podía exhibirla de nuevo.

Liam tomo un bol verde y blanco con el borde dentado, y lo giró para ver el nombre del fabricante escrito en la base.

—Es precioso. Tiene personalidad y, desde luego, es mucho mejor que las vajillas minimalistas que te ponen en los restaurantes.

Mientras buscaba unas servilletas, se le ocurrió preguntarle por su nuevo negocio. Él podía haberle hablado de ello si hubiera querido, y no lo había hecho, pero decidió lanzarse de todos modos.

—¿Qué negocio has comprado?

—Una agencia de viajes.

«No». Alice se quedó tensa y sintió que un frío la recorría de arriba abajo. Lo miró fijamente.

—¿Qué agencia de viajes?

Él la miró sin responder.

—Dime que no has comprado Kanga Tours.

Alice vio cómo un músculo en su mandíbula se contraía y cómo fruncía el ceño, a la vez que se estiraba en la silla y cruzaba los brazos.

—¿Acaso importaría?

—No… bueno, sí. Sí importaría.

—¿Cómo?

Ella sintió una oleada de pánico.

—No puedo creerlo…

—¿El qué no puedes creer? —entrecerró los ojos y su expresión se hizo más cauta—. ¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

Ella volvió la mirada hacia el horno. Los cruasanes se estaban empezando a dorar.

—¿Qué sabes de Kanga Tours? —preguntó Liam—. Me informé bien acerca de la empresa antes de comprarla. Sé que el crecimiento en la zona norte del país no ha sido tan fuerte como se esperaba, pero por eso estoy aquí, para cambiar eso. En general, la empresa parecía una buena oportunidad de negocio.

—Oh, y lo es —dijo ella, con el corazón golpeándole como un martillo en el pecho—. Si eres un buen gestor, harás mucho dinero.

—¿Entonces por qué te lo tomas como si fuera una mala noticia?

Ella se mordió el labio. A él no iba a gustarle aquello.

—Demonios, Alice. Parece que acabe de confesarte que soy un terrorista.

—Yo… yo trabajo allí. En Kanga Tours.

Él se quedó boquiabierto. La miró y cuando acabó de asimilar sus palabras, apartó la vista. Maldiciendo entre dientes, se pasó una mano por el pelo.

Alice sabía lo que estaba pensando: si la gente se enteraba de que el nuevo jefe se había acostado con una de las trabajadoras en su primera noche en la ciudad, eso podía traer todo tipo de consecuencias. Podrían considerarlo un mujeriego, y a ella, una divorciada alocada buscando los favores del nuevo jefe.

Los romances en los lugares de trabajo a veces causaban olas que podían crecer hasta hacer hundir el barco. Sería terrible. Para los dos.

Alice recordó el revuelo que se formó cuando Dennis Ericson les dijo que llegaría un nuevo jefe de Sydney.

Entonces se le encendió una bombilla en el cerebro.

—¡Conway! —por eso aquel nombre le resultaba familiar. Llevándose las manos a la cara, dejó escapar un gemido—. Si lo hubiera pensado antes… pero no logré hacer la conexión. Anoche lo último que tenía en la cabeza era a mi nuevo jefe.

—Eso parece.

Esas dos palabras la dejaron callada. Ni ella ni Liam tenían nada relacionado con el trabajo en la cabeza la noche anterior. Se olvidaron de todo, y al pensar en cómo se habían olvidado de todo, Alice se sonrojó.

En ese momento sonó el avisador del horno y ella se sintió salvada por la campana. Se puso unas manoplas de cocina y sacó los cruasanes evitando la mirada de Liam en todo momento. Después los colocó en sendos platos, y éstos, junto con el café, cubiertos y un tarro de mermelada de fresa, en una bandeja.

Liam se puso en pie de un salto y se la quitó de las manos.

—Deja que yo lleve eso.

—Gracias —al menos no estaba tan enfadado como para olvidarse de sus modales.

Sus manos rozaron a Alice cuando ésta le pasó la bandeja, y ella cometió el error de levantar la mirada. Sus ojos estaban muy cerca de ella. Demasiado cerca. La mirada que se cruzaron hablaba de secretos íntimos, de todo lo que habían compartido la noche anterior… de las caricias de Liam, de sus palabras de cariño, y de la salvaje respuesta de Alice al calor que sintió cuando él entró dentro de ella.

Ya había sido lo suficientemente terrible el tener que seguir con el trabajo durante el proceso de su desagradable divorcio, pero ¿cómo iba a apañárselas ahora, con su jefe como recordatorio a tamaño real de todas las cosas que necesitaba olvidar? El recuerdo de los momentos que habían pasado juntos iría siempre con ella. Todos los días.

Liam pareció cubrirse el rostro con una máscara mientras llevaba la bandeja hasta la terraza que daba al jardín trasero. La terraza estaba diseñada para dar intimidad a la vez que ofrecía unas bonitas vistas. Durante los primeros minutos siguientes, la conversación se centro en el café y los bollos, pero Alice se moría por hablar de la relación que mantendrían en el futuro.

—Se supone que después de esto, cada uno tiene que ir por su lado —dijo ella.

Él le dirigió una mirada inquisitiva y dura.

—¿Es eso lo que quieres?

A ella le dio un vuelco el corazón.

—Sí, claro. También es lo que quieres tú —pero la expresión de sus ojos la llevó a añadir—: ¿No?

Para su consternación, él no respondió.

—Vamos a solucionar esto del trabajo. ¿Cuál es tu cometido en Kanga Tours?

Liam estaba cambiando de tema. ¿Por qué? ¿Se había enfadado con ella? ¿Lo había interpretado mal? Desde luego, él no querría

algo más que una aventura de una noche…

Al pensar que Liam podía haber deseado continuar con la relación, Alice notó una extraña sensación y casi olvidó la pregunta que él acababa de hacerle.

—Soy una de las consejeras especialistas —dijo ella—. Me ocupo de los clientes que quieren visitas especializadas acordes con sus intereses personales.

Liam asintió.

—¿En qué zona? ¿El arrecife, la selva o el interior?

—En las tres —dijo ella con orgullo—. Organizo desde cursos de buceo en el arrecife y excursiones por la selva hasta visitas a las muestras de ganado en el interior del país.

—Seguro que eres muy buena —dijo él con una sonrisa.

—La verdad es que me gusta mi trabajo. Desde mi divorcio, ha sido mi tabla de salvación.

Él se quedó callado.

—Escucha —siguió ella—. Sé que va a ser extraño encontrarnos en el trabajo, pero yo no diré nada de que… nos hemos conocido. Puedo ser discreta y profesional.

—Sí. Eres una chica lista.

Una chica lista… eso era una degradación bastante clara con respecto al «eres una mujer muy especial» que le había dicho poco antes.

—Supongo que eso será lo mejor —dijo él, partiendo un cruasán por la mirad—. Desde ahora, nuestra relación será estrictamente profesional.

—Sí.

—No tenemos por qué poner al otro en evidencia. Somos adultos y maduros, y podemos seguir con nuestros trabajos como si nada.

—Sí —asintió ella de nuevo—. En Kanga Tours hay al menos diez empleados, así que no tenemos por qué chocarnos con el otro cada poco tiempo.

Pero… se verían casi todos los días.

—Yo supongo que estaré bastante fuera de la oficina —comentó Liam, como si le estuviera leyendo la mente—. Sobre todo al principio. Hay mucho que hacer para asegurar la viabilidad de la compañía, así que tendré que salir con frecuencia. Tengo que encontrar un nuevo lugar.

—¿Es que nuestro viejo edificio del barrio no es lo suficientemente bueno para…? —Alice vio la chispa de advertencia en sus ojos y calló.

—Necesito un punto más estratégico —dijo él, secamente—. Un lugar donde esté la acción, en la Explanada, con vistas a las montañas y al mar, tal vez, en la zona frecuentada por los turistas.

Ella tomó el último sorbo de su café.

—Veo que quieres poner tu sello en la empresa.

Él no respondió. Puso una cucharada de mermelada en su cruasán y lo masticó lentamente sin dejar de mirar la hilera de palmeras del jardín.

Cuando acabó, dijo:

—Gracias por el desayuno, Alice. Creo que ahora debo marcharme y dejarte con tus planes para el fin de semana.

Ella forzó una sonrisa y esperó que bastara para dar la impresión de que tenía tantas cosas emocionantes que hacer en esos días que no sabía ni por dónde empezar.

Liam empezó a recoger los cacharros del desayuno.

—Déjalo —dijo ella. Después de todo, tenía dos días enteros para llevar las cosas a la cocina y fregar los cacharros. ¿Qué más iba a hacer?

Para ella, los fines de semana siempre habían sido el premio a una semana de trabajo, pero de repente, aquél le parecía vacío y carente de interés. Casi estaba deseando ya que llegara el lunes para volver a ver a Liam. Pero, a la vez, estaba preocupada. Demonios, ¿por qué tenía que ser su jefe?

—¿Quieres que llame a un taxi? —preguntó ella.

—No, gracias. Iré andando. Hace una mañana perfecta para empezar a conocer mi nueva ciudad.

Descalza, lo siguió hasta la puerta colocándose bien el albornoz. Cuando él abrió la puerta y se volvió hacia ella, Alice sintió un nudo en la garganta.

Cielos, la noche anterior había sido tan maravillosa… La noche más bella de su vida. Eso le había compensado por todo el daño…

De repente, sintió ganas de llorar. ¡Qué locura! No, no debía hacerlo.

¿Pero qué se suponía que tenía que hacer? ¿Darle un beso a Liam en la mejilla? ¿Decirle adiós con la mano?

Intentó poner su mejor sonrisa y levantó una mano.

—Le veré en la oficina, señor Conway.

—Alice, no hagas eso —su rostro se oscureció a la vez que le tomaba la mano—. No seas así.

¿Así, cómo? Quiso preguntar ella.

Pero él le estaba mirando la mano que le había tomado y, un segundo después, cerró la puerta empujándola con el hombro y, para sorpresa de Alice, la atrajo bruscamente hacia él y la besó con fuerza.

La apasionada dureza de ese beso la dejó sin aliento. Su boca la buscó de un modo posesivo, hiriente, sin compromisos. El cuerpo de Alice respondió rindiéndose a él.

Sólo habían pasado una noche juntos, pero su olor, su sabor y su tacto ya le eran familiares, y eso le sorprendió; eso y la fuerte sensación de que su sitio estaba en esos brazos, con aquel hombre.

Alice le dio la bienvenida con sus labios a la vez que exploraba sus musculosos hombros con las manos. Le dolían los pechos de lo mucho que deseaba su contacto.

Y después, demasiado pronto, él levantó la cabeza y la apartó un poco. Sus ojos brillaban con una emoción indescifrable.

—Maldición —dijo, haciendo que la palabra sonara dura y suave a la vez—. Éste no era el modo en que había pensado despedirme de ti —le besó la frente con suavidad—. Lo siento, Alice. No volverá a ocurrir. A partir de ahora, me portaré como un caballero.

Demasiado emocionada y sin aliento como para responder, ella se puso los dedos sobre los labios para contener una protesta.

Liam volvió a abrir la puerta y esta vez salió al rellano. La miró fijamente y después echó a andar sin mirar atrás.

Ella lo siguió con la mirada mientras se alejaba sin quitarse los dedos de los labios que aún le sabían a su beso.

Capítulo 3

Liam se pasó la mayor parte del fin de semana en la oficina, estudiando la evolución de la compañía en los últimos años y planeando la estrategia de negocio futura. Estaba decidido a mejorar el rendimiento de la oficina de Cairns como lo había hecho hacía poco en la de Sydney. Como hombre hecho a sí mismo que era, había trabajado mucho la última década y había desarrollado su propia fórmula para levantar una empresa.

Encontrar una nueva sede y realizar una gran inversión en promoción y marketing eran los puntos de mayor importancia de su agenda, así como una mejora del rendimiento del personal. Hacía años se había visto obligado a renovar a buena parte del personal heredado con un nuevo equipo.

¿Podría volver a hacerlo?

¿Y Alice? ¿Podría mantener la imparcialidad hasta el punto de despedirla si fuera necesario?

Se pasó todo el fin de semana recordando los momentos pasados junto a ella, lo terriblemente adorable que era, su pelo negro extendido sobre la almohada, sus labios rosados entreabiertos, invitándolo a besarla. Ella era dulce y a la vez tenía una sensualidad salvaje. ¿Cómo podía haberla abandonado su marido?

Liam se había visto consumido por un deseo insano de tenerla.

Pero los romances entre compañeros de trabajo tendían a traer problemas, y los problemas en los negocios podían tener consecuencias desastrosas. Estar con Alice Madigan podía poner en la cuerda floja el éxito en su nuevo proyecto empresarial. Y eso no podía permitírselo; no cuando aún tenía una parte sombría de su pasado atormentándolo.

Al oír que llamaban a su puerta a primera hora del lunes por la mañana, Liam levantó la vista para ver a Dennis Ericson, el supervisor de la oficina en Cairns sonriéndolo desde la puerta.

—Buenos días, Dennis —Liam se levantó y le estrechó la mano. Se habían conocido mientras Liam valoraba la posibilidad de comprar la empresa, pero entonces no eran jefe y subordinado. Dennis era un hombre de familia, de unos cuarenta y tantos, que lucía una incipiente barriga.

—Veo que te has instalado pronto —dijo Dennis, con una sonrisa un tanto burlona, mientras observaba los pequeños cambios que había hecho su nuevo jefe en el despacho.

Liam asintió.

—He pasado el fin de semana aquí, revisando unos informes.

—¿Y has reclamado ya tu premió? —comentó Dennis, levantando las cejas, para completar su expresión traviesa.

—¿Qué premio?

Como respuesta, Dennis lo miró de lado, con los ojos entrecerrados y Liam adivinó que le estaba tendiendo una trampa.

—¿De qué estás hablando?

—*Cairns Post* del sábado —dijo Dennis—. Página tres.

Liam sacudió la cabeza.

—No he visto los periódicos este fin de semana. ¿Hay algo importante? ¿Alguna oferta de negocio?

Dennis echó a reír. De su bolsillo sacó lo que parecía un recorte de periódico y lo dejó caer sobre la mesa de Liam.

Molesto por las confianzas que se tomaba su subordinado, Liam apenas miró el papel. Por experiencia sabía que siempre había alguien que intentaba quedar por encima del jefe el primer día. Se quedó mirando a Dennis, en silencio, esperando.

A Dennis se le borró la sonrisa. Su nuez subió y bajó lentamente y, al ver que Liam no se movía, él mismo tomó el recorte, lo desdobló y se lo pasó.

—Échalo un vistazo.

Liam lo miró. Demonios.

—Qué suerte tiene. Es el Ganador Misterioso de esta semana —Dennis pareció complacido de ver la cara de sorpresa de su jefe, y eso le dio nuevas alas a su chulería—. El premio es una cena para dos en La Casa de la Playa —dijo—. Sólo tiene que llamar al periódico.

Era una foto de Liam saliendo del Hippo Bar. Con Alice. En primer plano aparecían las tres chicas que habían visto posando bastante desenfocadas, y en el fondo, Alice y él de la mano, felices y sonrientes. Ella tenía la cabeza inclinada hacia él, como si estuviese escuchando algo que él decía, y eso les daba un aire de intimidad.

Su cara estaba rodeada con un círculo blanco y bajo la foto se leía *¿Quién es este hombre?* El texto de pie de foto explicaba, como Dennis había dicho, que ese ganador misterioso tenía que llamar para pedir su premio de una cena para dos.

—Eres el ganador de la semana —apuntó Dennis, sin dejar su sonrisita.

Aquello era el fin de sus intenciones de mantener oculta aquella aventura.

—Buen trabajo, jefe —dijo Dennis, con un tono rozando la insolencia—. Supongo que nos podremos ahorrar la charla sobre las relaciones entre compañeros de trabajo.

Apretando los dientes, Liam hizo una bola con el recorte de periódico y la tiró a la papelera que había al otro lado del despacho. La bola entró perfectamente.

—Sé lo que estás pensando —le dijo con voz calmada.

—¿Que empezó a hacer algo más que amistad con algunos miembros del personal en cuanto llegó a la ciudad?

La respuesta de Liam fue ir hasta la puerta y cerrarla con cuidado.

—Siéntate, Decker —con un leve movimiento de cabeza señaló la silla frente a la mesa—. Tú y yo vamos a tener una breve charla.

Dennis se sentó y su confianza empezó a decrecer nada más ver a Liam sentarse en la silla giratoria de cuero de ejecutivo frente a él, mirándolo y sin decir nada.

Liam no iba a permitir que aquel hombre lanzara una campaña de rumores. Sabía que si no actuaba con prontitud, la reputación de Alice estaría arruinada para antes del mediodía.

Tomó de encima de la mesa una carpeta con el nombre «Dennis Ericson» y apretó el botón de su intercomunicador.

—Sally —dijo, disfrutando de cómo se abrían los ojos de Dennis al ver la carpeta con su nombre—. No me pases llamadas, por favor. No estoy para nadie en los próximos veinte minutos. Es de la máxima importancia que no me interrumpan en ese tiempo.

—Buenos días, Dennis —saludó Alice al cruzárselo en el pasillo.

—Buenas —gruñó él, sin mirarla.

¿Qué le pasaba?

«Oh, no». ¿Sería aquello por la foto del periódico? Su familia había empezado a llamarla cinco minutos después de que se marchara Liam. La madre de Alice y todas sus tías la habían llamado preguntándole por aquel hombre desconocido, y desde entonces, había temido la hora de volver al trabajo. Nadie del trabajo la había llamado, pero estaba segura de que todos habrían visto la foto.

—¿Qué ocurre? ¿No he llegado demasiado tarde, verdad? —al echar un vistazo a su reloj, Alice se dio cuenta de que, en efecto, había llegado tarde por culpa del tráfico, pero nadie le tenía en cuenta esos minutos, porque a menudo seguía trabajando a la hora de comer o después de la hora de salida sin cobrar horas extras.

Dennis apretó los labios.

—Estoy seguro de que a partir de ahora podrás llegar todo lo tarde que quieras —y añadió, sin detenerse—. Has hecho una buena jugada, Alice.

Genial. Aquello venía a confirmar sus peores temores.

Sólo había un modo de sobrellevar aquello: con frialdad. Continuar con su trabajo como de costumbre.

Entró en el despacho que compartía con otras dos agentes de viajes, Mary Ann y Shana.

—¿Sabéis que le pasa a Dennis? —preguntó ella. Entonces se dio cuenta de que su idea de mantener la calma era buena en teoría, pero la mirada de «¿a quién intenta engañar?» de sus compañeras le provocó un nudo en el estómago.

—No es qué le pasa, sino quién —dijo Mary Ann, encendiendo su ordenador.

—Y la respuesta es: el nuevo jefe —añadió Shana—. Lo primero que Liam Conway ha hecho esta mañana ha sido llamarlo a su despacho y le ha dado a Dennis una charla sobre su rendimiento.

—Oh —murmuró Alice, sentándose medio segundo antes de que le fallaran las rodillas—. No me digáis que el jefe nuevo es un ogro.

Shana puso los ojos en blanco.

—Como si tuviéramos que hablarte nosotras de él… ¿Por qué no nos cuentas tú? 1

Al ver las expresiones idénticas de sus dos compañeras, Alice suspiró.

—De acuerdo, habéis visto la foto del periódico.

—Desde luego.

—¿Cómo nos la íbamos a perder?

—Pero —añadió Mary Ann—, no hemos sabido quién era el tipo hasta esta mañana.

Shana se acercó a ella con los brazos cruzados.

—Al menos ya sabemos por qué no te interesaba la fiesta de cumpleaños que queríamos darte.

Mary Ann puso también de su parte.

—Creíamos que estarías en casa de tu madre el viernes por la noche.

—Y allí estuve —replicó Alice—, pero fue una fiesta horrible y me marché.

—Vaya… —Mary Ann pareció compadecerse de ella un momento y después se le puso cara de duda.

—En serio, chicas. Fui al Hippo Bar a buscaros, pero no estabais allí.

—¿Has oído hablar alguna vez de estos aparatitos? —preguntó Shana, irónica, mostrando su teléfono móvil—. Es el invento más moderno para comunicarse. Puedes llamar a un amigo con sólo marcar una tecla.

—De acuerdo, de acuerdo —Alice levantó las manos para protegerse de su enfado—. Dadme un respiro. Mirad, yo no esperaba encontrarme con Liam Conway. Él fue al bar. Yo estaba

sola, y de algún modo, conectamos —tomó aire—. Pero fue cosa de un día. No volveré a verlo.

Las chicas se acercaron más a ella, muy atentas. Estaba claro que querían más información.

—¿Conectasteis? ¿Pero… del todo? —preguntó Mary Ann.

Alice decidió ignorar esa pregunta.

—Yo no tenía ni idea de que él era nuestro nuevo jefe —dijo ella —. Y él tampoco me conocía. Fue sólo una coincidencia. Pura mala suerte.

—¿Mala suerte? —exclamó Shana—. Cariño, no sé si esas son las palabras más acertadas para definirlo.

—Cuando resulta que se trata de mi nuevo jefe, a mí sí me lo parece.

—¿Interrumpo?

Una voz procedente de la puerta las sobresaltó. Hubo una exclamación colectiva y Alice casi sintió pánico al ver que era Liam.

Tenía que haber oído su conversación.

Cuando entró en el despachó, ella bajó la vista y quitó una mota de su teclado. Aquello iba a ser peor de lo que había imaginado. Con sólo mirarlo un segundo empezaba a recordar cómo aquellos labios habían recorrido todo su cuerpo.

Las chicas la miraban y Alice se dio cuenta de que aquel primer encuentro en el trabajo era una gran prueba.

Tomando aire para ganar confianza, levantó de nuevo la vista y sonrió.

—Buenos días —era perfectamente consciente de la mirada de Shana—, ¿Conoce a las otras dos agentes? Ellas son Mary Ann Dayton y Shana Colmes.

Liam les estrechó la mano y les sonrió. Después se apartó la chaqueta del traje y se puso las manos sobre las caderas.

Estaba bien afeitado, tan guapo como siempre y con traje: era el ejecutivo perfecto.

Sus ojos azules fueron primero a Alice, y después a las otras dos chicas.

—Sé que la foto del periódico ha causado un poco de revuelo, y me gustaría dejar algunas cosas claras —dijo él—. Supongo que Alice ya os habrá contado nuestro encuentro casual en un bar el viernes pasado —esperó un momento con las cejas levantadas hasta que las chicas asintieron con la cabeza—. Bien. Estoy aquí para aseguraros que no hay material para rumores. Esa foto no significa nada y no espero oír nada más acerca de ello de nadie en esta empresa.

Su fría mirada se detuvo en Alice y a ella se le olvidó respirar por un segundo.

—Lo importante a partir de ahora es el trabajo —dijo él, mirándolas directamente—. Vuestros puestos de trabajo.

Alice no podía creer lo duro que le estaba resultando aquello. Liam estaba haciendo todo lo que había dicho que haría y había sido lo suficientemente sensible como para limpiar el ambiente de posibles rumores. Se estaba alejando de ella, como había prometido, pasando de ser su amante a su jefe.

Debería estar encantada. De hecho, lo estaba. O al menos, eso creía. Pero su corazón no acababa de verlo del mismo modo.

—De acuerdo, entonces —dijo Liam—. Vamos a pasar a cosas más importantes. Mañana tendremos una reunión con toda la plantilla.

* * *

—¿Alice, puedes venir a mi despacho?

Liam contuvo el aliento. Hubo una inquietante pausa antes de que ella respondiera.

—Lo siento, señor Conway. Estoy ocupada con unos clientes en este momento. ¿Puede darme… digamos unos quince minutos?

—Claro —Liam tragó saliva. Apenas la había visto de lejos un par de veces en la última semana. En aquel momento, al oír su voz, se le había formado un nudo en la garganta.

Sabía que la había estado evitado. ¿Por cobardía? Desde luego. ¿Para rendir mejor en el trabajo? Por supuesto.

—Ven tan pronto como puedas —dijo él.

Ella tardó cuarenta y cinco minutos en llegar, y él mató el rato llamando por teléfono a algunos contactos de complejos turísticos y atracciones con los que trabajaba la empresa. Estaba informándose sobre los trabajadores y agentes de su empresa, para saber qué hacían bien y qué hacían mal.

Cuando Alice llamó a la puerta, él se puso en pie de un salto.

—Llevas una mañana muy ocupada —dijo él.

—Sí.

—¿Algún problema? ¿Algo que deba saber?

—No, sólo algunas gestiones complicadas para un grupo de turistas japoneses.

Pero había algo en el modo en que lo había dicho que le llevó a pensar que su retraso había sido deliberado. ¿Estaba ella evitándolo con tanto ahínco como él a ella?

—Siéntate, por favor.

Ella se sentó muy formalmente, con la espalda recta y los tobillos cruzados. Llevaba una falda corta gris, pero se tapó las

piernas colocándose un cuaderno de notas y bolígrafo sobre ellas.

El problema era que la falda no era lo único conflictivo de su vestuario. La blusa formal de color pálido que llevaba bajo la chaqueta del traje también le distraía mucho. La prenda no era transparente, pero su imaginación hacía que lo fuera.

Liam se preguntó si debería insistir en que todos los trabajadores llevaran un uniforme ultraconservador, pero enseguida se dio cuenta de que el problema no era la ropa de Alice, sino ella misma.

Ella parecía casi acobardada en su oficina, pero él sólo podía pensar en lo desinhibida que había estado aquella noche con él, lo apasionadamente que le había hecho el amor.

Consiguió apartar la mirada de ella y se tomó un segundo para volver a centrarse en el trabajo.

—Me gustaría hablarte de los tours por el interior del país. Sé que en el pasado fueron responsabilidad tuya.

Ella pareció sorprendida.

—Hace un par de años que no me ocupo de esa área.

—Lo sé. Dennis Ericson se hizo cargo después de ti.

—En efecto.

Él señaló el montón de informes que tenía sobre la mesa y después a la pantalla del ordenador.

—He estado revisando el historial de la empresa y he notado que en el pasado esas visitas eran muy populares, pero que ahora están muy por detrás de otras atracciones como el arrecife y la selva. Me gustaría saber qué opinas de ello.

—Oh… —Alice se miró las manos y pareció incómoda.

Liam sospechó que le sería difícil dar una valoración sincera sin implicar al trabajador que se había ocupado de esa área de negocio después de ella.

—Bueno, para empezar, el arrecife de coral y la selva tienen un atractivo turístico muy consolidado —dijo ella—. Están fuertemente promocionados por los grandes operadores turísticos y es más fácil interesar a la gente en paseos en barco hasta una isla en barcos con el fondo de cristal que en el calor y polvo del interior del país.

—Pero por lo que he visto, solíamos proponer a los turistas un montón de actividades en esa zona… desde paseos en canoa a viajes en helicóptero hasta comunidades aborígenes.

Alice asintió.

—Las estancias en ranchos y las visitas a las ferias ganaderas eran una de nuestras bazas más importantes.

—¿Qué ha sido de todo eso?

Ella se encogió de hombros a medias, pero no dijo nada.

—Quiero que seas sincera conmigo, Alice. Es importante que lleguemos al fondo del problema para poder mejorar la situación.

—Pero no estoy segura de poder ayudar.

—Sólo tienes que decirme lo que sepas.

Ella suspiró.

—Hubo algunos problemas —admitió cuidadosamente—. Yo diría que empezaron cuando cambiamos de compañía de vuelo para llevar a los clientes a las zonas más remotas.

Liam asintió. Aquel cambio de compañía, estaba seguro, había sido decisión de Dennis.

—La compañía nueva era más barata —añadió Alice—. Pero eran demasiado informales. No respetaban los horarios, los clientes tenían que sufrir largas esperas, perdían maletas… Y, como es normal, nos ganamos cierta mala reputación.

Liam asintió y tomó notas.

—¿Qué más?

Ella se tomó su tiempo antes de responder.

—Antes teníamos unas cincuenta estancias en ranchos en nuestro catálogo y varios puntos de pesca en la zona del golfo, pero muchos dejaron de trabajar con nosotros.

—¿Por qué?

Ella dudó.

—¿Por qué no le preguntas a Dennis?

Liam ya lo había hecho.

—Ya he tomado nota de las observaciones de Dennis —dijo él—. Ahora quiero conocer tu opinión.

Ella frunció el ceño.

—Les pareció que no les merecía la pena.

—¿Quieres decir que dejaron de trabajar con nosotros o que dejaron de acoger turistas del todo?

Estaba claro que a ella no le apetecía responder a esa pregunta…

—¿Es eso lo que ocurrió? —insistió él—. ¿Ya no trabajan con turistas?

—No —al ver que Liam no decía nada, ella añadió—: Trabajan con otras agencias de viajes.

—¿Por qué?

Alice apartó la vista y tomó aire.

—No estoy segura.

Él sabía que estaba mintiendo, pero su respeto hacia ella creció al verla intentando proteger a su compañero de trabajo.

—¿Pudo ser por un problema personal? —sugirió con cautela.

Ella lo miró directamente y sus dulces ojos grises le cortaron la respiración.

—Supongo que a veces la gente de la ciudad no acaba de comprender la forma de trabajo de la gente del campo —apuntó ella con vaguedad.

—Pero eso no es justo. La gente de negocios del campo es tan avispada como la de la ciudad —Liam le había dicho exactamente lo mismo a Dennis Ericson. Tamborileó con los dedos sobre la mesa y añadió—: Estoy decidido a cambiar esta situación y mañana viajaré al interior para hacer algunas gestiones. Será un tour de conocimiento y de buena voluntad.

Alice asistió.

—Y quiero que vengas conmigo.

La mirada de asombro se extendió por todo su rostro y lo sorprendió, pero Liam no cambió su expresión.

Había visto que la compañía había mostrado un notable crecimiento mientras Alice se hizo cargo de esa área de negocio, y después de ver cómo se manejaba con sus preguntas, supo que tenía la diplomacia suficiente para volver a ganarse a los clientes perdidos, si eso aún era posible.

Él sonrió brevemente.

—Sólo recuerda que yo soy el jefe y yo tomo las decisiones.

A Alice se le encendieron las mejillas.

—Pensaba que tu prioridad era encontrar un lugar vistoso en la Explanada.

—He cambiado de prioridades. Ahora veo que el mayor problema está en los contactos en el interior del país y haré lo posible por solucionar eso cuanto antes.

Ella se retorció las manos, nerviosa.

—Sabes que no deberías estar pidiéndome esto, Liam. Llévate a Shana. Es de Mount Isa y tiene buenos contactos en la zona Oeste.

—Shana también es madre soltera y tiene un niño pequeño con problemas emocionales.

Ella levantó la cabeza rápidamente.

—¿Sabes lo de Toby?

—Sí. Como ves, Alice, he buscado alternativas.

Ella abrió los ojos y él vio algo en ellos… ¿celos? ¿Se había molestado por que hubiera buscado otras posibilidades antes de pedírselo a ella? Con sólo pensarlo, se puso nervioso.

—Shana no quiere pasar tiempo lejos de su hijo —dijo él—, y Mary Ann está especializada en las otras zonas turísticas.

—¿Y Dennis?

—Tengo otros planes para él —y Liam volvió a su idea inicial—. Alice, mientras tú te encargabas de esa sección, todo iba bien. Es perfectamente lógico que seas tú la que me acompañe.

Tras un largo rato de silencio, ella suspiró. ¿De rendición? Liam contuvo el aliento.

—Lo siento, pero preferiría no hacerlo —dijo ella bajando la voz.

—Me temo que no es una proposición negociable. Es una orden.

—¿Una orden? —sus ojos chispearon, pero a él le pareció ver una punzada de dolor tras su mirada retadora.

Liam se sintió culpable. Su marido la había tratado mal y era lógico que le costara confiar en un hombre, especialmente en uno que la había buscado y la había seducido.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros como si no tuviera importancia.

—El tiempo que sea necesario.

—¡Por Dios! —Alice se puso en pie de rabia y la mirada se le nubló—. Puedes ser mi jefe, Liam, pero no dejes que la autoridad se te suba a la cabeza. ¿Qué clase de respuesta es ésa? Si no has olvidado lo que hablamos, deberías hacer que este viaje sea lo más corto posible.

—¿No te fías de mí? —él intentó quitarle hierro al asunto con una risita, pero le sonó vacía y sin sentido.

—No —dijo ella, temblando de ira—. Visto lo visto, sería una tonta si me fiara de ti.

Liam se lo tenía ganado. Por un momento bajó la mirada y después se enfrentó a sus ojos con decisión.

—Tres días, Alice. Eso es todo lo que te pido —sólo Dios sabía cómo iba a sobrevivir tres días de viaje sin tocarla, pero estaba decidido a cumplir su palabra.

—¿Habitaciones separadas?

—Desde luego. Tienes mi palabra de que este viaje será estrictamente profesional.

—Espero que te creas lo que dices, señor Conway —dijo ella, lanzándole una mirada envenenada.

—¿Qué es esto? ¿Hoy teníamos excursión y nadie me ha dicho nada?

Alice hizo una mueca ante la inspección que le estaba haciendo Dennis. Se había puesto unos pantalones pirata de licra beige y una camiseta blanca de cuello barco.

—Me voy de viaje al interior —dijo, señalando con la cabeza una pequeña mochila que había en el suelo—. Vamos a intentar recuperar parte del mercado que perdimos allí.

—¿Con quién vas?

—Con… con el jefe.

—Oh, ya veo —el tono de Dennis se tornó muy marcado.

—¿El jefe te lleva de viaje? ¿Los dos solos? —preguntó Mary Ann, que acababa de entrar.

Alice contuvo un suspiro.

—Sí.

Todas aquellas preguntas indiscretas podían haberlas evitado si hubiera quedado con Liam directamente en el aeropuerto, pero él insistió en salir desde la oficina, a la vista de todos para no ocultar nada.

—A Shana no le hará gracia saberlo —comentó Mary Ann.

—Pensé que Shana no quería ir —dijo Alice, frunciendo el ceño.

—Eso era al principio, por Toby, pero como el jefe parecía muy interesado en llevarla, Shana se ablandó. Creo que ha empezado a gustarle. Bueno, el caso es que ha estado buscando una niñera con la que Toby se lleve bien y estaba muy emocionada.

—¿Cuándo pasó todo esto? —Alice intentó luchar contra el desagradable ataque de celos que estaba sufriendo.

—Anteayer.

A Alice se le erizó el vello.

—¿Y Shana le dijo a Liam, digo al señor Conway, que había encontrado niñera?

—Fue lo primero que hizo ayer, pero él contestó que ya había encontrado una alternativa.

Dennis puso los ojos en blanco.

—Una alternativa también conocida como «Nuestra Dulce Alice».

Alice se puso roja. Liam había hablado con ella el día anterior, a última hora de la mañana, así que le había mentido al decirle que Shana no estaba disponible.

¿Cómo se atrevía a mentirle? Después de pedirle que confiara en él, no soportaba que no fuera sincero con ella.

Alice se inclinó para recoger la mochila del suelo y ocultar su rostro encendido.

—Tal vez no —dijo, y salió del despacho hacia la entrada del edificio.

En el exterior, Liam, con unos vaqueros y una camisa azul, la esperaba junto a una limusina charlando con el conductor.

Una limusina. Vaya.

Las puertas automáticas se abrieron y los dos hombres se giraron para verla salir.

Liam la saludó con una correcta y desapegada sonrisa.

—¿Puedo hablar con usted, señor Conway? —le dijo ella.

—Claro. ¿Qué ocurre?

Ella echó una mirada al conductor y después a Liam.

—Creo que no puedo viajar con usted.

Liam frunció el ceño.

—Pero, estamos listos para salir.

—¿Podemos hablar de esto dentro? —dijo ella, impacientándose.

Él asintió y fueron juntos hasta su despacho. Una vez allí y a salvo de oídos indiscretos, ella le habló con claridad.

—Me mentiste.

—¿Cómo?

—¿Por qué me dijiste que Shana no podía viajar?

Liam cerró los ojos y dejó escapar un gruñido de irritación. Después los volvió a abrir y le espetó.

—Estás convencida de que he organizado todo esto para volver a acostarme contigo, ¿verdad?

«Volver a acostarme contigo»: esas cuatro palabras le sonaron como cuatro misiles. Qué imbécil. ¿Cómo podía usar su experiencia íntima como un arma? ¿Cómo podía volverse contra ella, como si fuese ella quien estaba actuando mal? ¿Acaso intentaba desviar su atención?

—Sólo… sólo quiero saber por qué me mentiste —exclamó ella.

—Escucha, Alice, si crees que por haber pasado una noche juntos ya puedes cuestionar todas mis decisiones, tengo que advertirte que puedes estar cometiendo un terrible error.

Alice deseó arrojarle algo a la cabeza. ¿Era aquél el mismo hombre que le había hecho el amor con tanta delicadeza? ¿Acaso todos los hombres eran sapos? Estuvo a punto de echarse a llorar al pensarlo.

—Primero me mientes —dijo, sin ocultar su amargura—, y ahora me amenazas.

Él apretó la mandíbula.

—No olvides que estás a prueba, igual que el resto de los empleados. En cuanto al viaje, he decidido que tú eres la persona más apropiada para la tarea y por esa única razón es por la que te he elegido. ¿Cuántas veces quieres que te diga que estás completamente a salvo de mí?

Ella estaba tan enfadada por su tono de superioridad que no pudo ni responder.

—No me acercaré a usted a no ser que sea usted misma quien me lo pida, señorita Madigan.

Ella levantó la barbilla y le espetó:

—No verá llegar ese día.

—Bien —dijo él—. Todo arreglado, entonces. Pongámonos en marcha. El piloto está esperando en el aeropuerto.

Capítulo 4

Cuando la avioneta remontó el vuelo, giró primero hacia el este ofreciendo a Alice y a Liam unas preciosas vistas de las aguas del océano por encima de la Gran Barrera de Coral antes de volver atrás y seguir la línea de la costa.

Liam sentado en el extremo opuesto que ella, parecía hipnotizado por el paisaje y no quería perderse detalle del espectáculo de azul de mar y verde de montaña que se ofrecía bajo sus pies. Alice, aunque había hecho ya muchas veces el recorrido, no se cansaba nunca de ello. Le gustaba imaginar cómo verían aquello los turistas venidos de lejos y acostumbrados a los paisajes más sutiles del hemisferio norte. No era extraño que encontrasen tan impresionantes los colores tan contrastados y la lujuriosa vegetación de la región de Queensland del Norte.

Pero cuando la avioneta empezó a tomar altura, ella notó un leve mareo y cerró los ojos. Tenía un leve dolor de cabeza, y el enfrentamiento con Liam no le había ayudado a mejorar. Además, la noche anterior había dormido mal pensando en el viaje, preocupada por la idea de pasar tres días en compañía exclusivamente de su jefe.

«No me acercaré a usted a no ser que sea usted misma quien me lo pida». Ni en sueños.

El problema era que tenía que admitir que no había dormido bien desde la noche de su cumpleaños. Del cumpleaños de los dos.

Maldición. No podía olvidarse de aquella noche. Al cabo de tres días tendría los nervios destrozados. ¿Cómo había podido Liam ponerla en aquella situación?

Mantuvo los ojos cerrados e intentó relajarse. No iba a dejar que Liam Conway la alterase de ese modo. Después del divorcio se había prometido a sí misma no dejar que ningún otro hombre minase su confianza en sí misma como lo había hecho su marido. Había aprendido la lección.

Lo más importante era hacer que su jefe reconociese su buen trabajo y que comprendiese lo importante que era el turismo de interior para la empresa. Sería una buena baza recuperar los contactos perdidos.

Alice abrió los ojos de nuevo y echó un vistazo a la diminuta cabina de la avioneta. Vio que el piloto, Joe Banyo, al cargo de su complicado cuadro de mandos, se tomaba en ese momento un par de pastillas para la acidez de estómago. En ese momento él se volvió y al ver que lo estaba mirando, le dedicó una sonrisa

tranquilizadora.

El monótono rugido de la avioneta empezaba a ejercer un efecto hipnótico sobre ella, y Alice dejó que se le cerraran los ojos de nuevo. Iban camino de Redhead Downs, a una hora y media tierra adentro. Pensó que si se dormía un rato, tal vez se librara del dolor de cabeza y además se libraría de la vergüenza que sentía ante el modo en que Liam la ignoraba.

Se colocó sobre un hombro y se acurrucó en su asiento.

* * *

—¡Alice! —Liam le estaba gritando y sacudiéndole el hombro con brusquedad—. ¡Despierta!

Ella parpadeó, y después abrió los ojos del todo. Liam había pasado a la cabina y estaba inclinado sobre Joe, el piloto que estaba, «oh, cielos», como caído y sujeto por su cinturón de seguridad.

¿Entonces, quién estaba pilotando la avioneta? Una oleada de pánico acabó de despertarla.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó ella.

—De repente ha perdido el conocimiento.

Ella miró horrorizada la expresión sorprendida de Liam y la cara pálida del piloto. Se soltó el cinturón de seguridad y se puso en pie de un salto.

—¿Has intentado despertarlo?

—Desde luego, pero no responde.

—¿Y… respira?

—No sé decirte. Creo que no.

¡Iban a estrellarse! Ella logró superar el miedo que sentía y preguntar:

—¿Tiene pulso?

Liam la miró con cara de preocupación y después le buscó el pulso en el cuello.

—No siento nada, pero no sé si estoy buscando en el sitio correcto.

Ella intentó recordar lo que había aprendido en los cursillos de primeros auxilios que había hecho.

—Busca a la izquierda de la nuez —dijo ella, deseando con todas sus fuerzas que estuviera vivo.

Liam buscó y después sacudió la cabeza.

—No noto nada —le quitó el cinturón—. Tengo que sacarlo del asiento.

Alice miró aterrada a través de la ventanilla los prados y zonas

arboladas que se extendían a sus pies. Al menos el avión no estaba haciendo cosas raras como caer en picado o hacer espirales como se veían en las películas de guerra.

Alice recordaba haber visto a Joe tomar un antiácido hacía un rato, pero tal vez fuera más bien un dolor en el pecho… si había sufrido un ataque al corazón, lo mejor sería que encontraran ayuda pronto o moriría. ¿Pero en qué estaba pensando? Todos morirían si el piloto no podía reaccionar para hacer aterrizar la avioneta.

A Liam le costó horrores mover al hombre en aquel espacio tan reducido, pero por fin logró tumbarlo en el suelo, entre los asientos.

—Cuida de él mientras yo intento buscar ayuda por radio —le dijo Liam.

—De acuerdo —dijo ella, pensando que tendría que ser contorsionista para poder hacerle un masaje cardiaco en tan poco sitio—. Haré lo que pueda.

—Buena chica.

Ella levantó la vista y vio que Liam estaba pálido, pero logró sonreírle para tranquilizarla.

—Supongo que no sabes pilotar un avión, ¿verdad? —preguntó ella.

—Me temo que no, pero debe tener un piloto automático, porque no estamos perdiendo altura. Eso nos da un poco de tiempo para pedir ayuda.

Ella asintió con la cabeza y sonrió brevemente.

—Buena suerte.

Cuando él fue a sentarse en el asiento del piloto, ella centró su atención en el hombre inconsciente. Alice sabía que tenía que hacerle la respiración boca a boca y un masaje cardiaco. Rezó para recordar el procedimiento, colocó al hombre en la posición más adecuada, y empezó a respirar en su boca. Tras la extrañeza inicial, se habituó al ritmo. Una vez cada cuatro segundos.

—¡Mayday!¡Mayday! —gritaba Liam, pidiendo socorro.

Al oírlo, ella sintió miedo, pero por lo menos él había conseguido hacer funcionar la radio. Alice deseó ser más valiente. No debía pensar en que podían estrellarse, pero le costaba evitarlo.

«Concéntrate en Joe y en la respiración», se decía.

Oyó como Liam le contaba a alguien su situación; gracias a Dios, había contactado con alguien. Se sintió un poco mejor y siguió rezando.

—Estamos cerca de Redhead Downs —decía Liam, y empezó a leer su posición en un panel de control para la persona que lo estaba escuchando.

Ella acabó con las respiraciones y comprobó el pulso del piloto. Al sentir un débil latido bajo los dedos, casi suspiró de alivio. No

tendría que hacer el masaje cardiaco, pero Joe seguía sin respirar, así que volvió a la respiración boca a boca.

—De acuerdo —gritaba Liam a la radio—. He encontrado el velocímetro… Dice que volamos a ciento veinte nudos. ¿Está bien? ¿Sí? ¡Genial!

Alice siguió con las respiraciones. Joe se reanimaría enseguida. Mientras trabajaba, la voz de la radio explicaba a Liam qué hacer y él respondía con confianza a cada una de las instrucciones. ¿Cómo conseguía estar tan tranquilo?

En medio del terror, había algo tranquilizador en él. ¿Sería una ilusión creada por sus anchos hombros? Pero la ilusión se desvaneció cuando él gritó:

—¡Agárrate! Estamos llegando a una corriente de aire. Tengo que aterrizar esto cuanto antes.

Alice sintió una losa que le aplastaba el pecho. No pudo evitar imaginar la escena de la diminuta avioneta estrellándose, el chirrido y el crujido del metal aplastado, la explosión… el dolor…

«¡Idiota, deja de pensar eso!»

En ese momento, un leve gemido la sobresaltó y miró fijamente a Joe. ¿Había sido él que el que había hecho el ruido? ¿Podía ser que tuviera mejor color?

Él volvió a gemir y esta vez tosió.

—¡Está vivo! —gritó Alice.

Liam estaba demasiado ocupado escuchando las instrucciones que recibía a través de la radio como para responder.

Joe se agarró el estómago.

—Está volviendo en sí —dijo ella.

—¿Puede hablar? —le preguntó Liam.

Alice sacudió al pobre hombre.

—Oye, Joe, despierta. Te necesitamos.

—Pregúntale si el tren de aterrizaje es fijo o no —gritó Liam.

—Joe, ¿qué tipo de tren de aterrizaje tiene la avioneta?

No hubo respuesta. Joe volvía a estar pálido y tenía la cara cubierta de sudor.

—Por favor, Joe —urgió Alice—. El tren de aterrizaje…

—Fijo —susurró él.

—¡Fijo! —le gritó ella a Liam.

—Fijo —gritó Liam a la radio—. ¡Estupendo! ¡Tenemos ruedas!

Su alegría era contagiosa. De repente le pareció viable el que Liam consiguiera hacer aterrizar el avión. Todo terminaría bien. Alice se sintió más valiente, tenía que tener confianza. Incluso cuando el pobre Joe se puso de lado gimiendo, ella no perdió la calma.

Alice sacó una toallita de manos y una botella de agua de su

mochila y le lavó la cara. El hombre abrió los ojos.

—Lo siento mucho. Ha podido ser una intoxicación alimentaria —dijo, y trató de sentarse—. Ya me encuentro bien, yo me ocuparé —pero en cuanto lo dijo, volvió a ponerse blanco y a caer en el suelo agarrándose la tripa.

—Joe, si vuelves a quedar inconsciente, no lo lograremos. Lo mejor será que te quedes tumbado y sigas consciente, para que puedas ayudar a Liam si tiene alguna pregunta.

Con los ojos cerrados, él asintió.

Volvió a mojarle la cara y después miró a Liam. Él parecía estar sereno y concentrado, pero ella sabía que era la primera vez que volaba y que estaba luchando contra el miedo.

—Ya veo la pista de aterrizaje —le dijo a su instructor por radio con bastante calma—. Sí, estoy tirando de la palanca y reduciendo la potencia. Sí.

Joe le agarró el brazo a Alice:

—Dile que no debe dejar que el morro del avión caiga más de quince centímetros por debajo de la línea del horizonte.

Ella gritó el mensaje con todas sus fuerzas.

—Hago lo que puedo —respondió Liam.

Alice sintió que la avioneta descendía y que su miedo se incrementaba, pero tenía fe en Liam Conway. Iban a lograrlo. Todo acabaría bien.

Joe tenía los ojos cerrados y ella pensó que se había vuelto a desmayar, pero cuando el ruido del motor cambió, abrió los ojos.

—Tira a tope de la palanca —gritó.

—¡Tira a tope de la palanca! —repitió Alice a gritos.

—¡Estoy tirando!

Liam sí que parecía preocupado esta vez.

A través del parabrisas se veía la tierra cada vez más cerca, pero estaban ligeramente inclinados.

Joe le agarró la mano y ella casi saltó del susto.

—Deberías tener puesto el cinturón de seguridad —le dijo.

—¿Y tú?

—Yo no puedo moverme. Estaré bien aquí —estaba agarrado a las patas de los asientos de los dos lados del pasillo—. ¡Ve a sentarte!

La avioneta se estabilizó justo cuando Alice llegó a su asiento y se puso el cinturón. Estaban a punto de tocar tierra y deseó gritarle palabras de ánimo a Liam, pero tenía la garganta taponada por el miedo. Además, sabía que tenía que prestar atención a las instrucciones que le estaban dando por radio.

La pista de tierra roja cada vez estaba más cerca y Alice contuvo el aliento. Cerró los ojos y en ese momento las ruedas tocaron la

pista. Rebotaron una y otra vez, y ella estuvo a punto de salir despedida de su asiento. Las máscaras de oxígeno saltaron de sus compartimentos por encima de su cabeza mientras el avión seguía rodando por la irregular pista a toda velocidad. Alice no se atrevía a respirar.

En el suelo, Joe tenía el gesto marcado por el dolor y el esfuerzo de mantenerse en el sitio. Pero estaban frenando. Sí, la avioneta… se estaba… deteniendo.

—¡Lo conseguiste! —gritó ella, corriendo junto a Liam.

Él se giró. Estaba pálido y casi en estado de shock, como si no creyera lo que acababa de hacer.

—¡Ha sido fantástico! —dijo ella, abrazándose a él.

—Gracias —respondió Liam—. Pero será mejor que salgamos de aquí cuanto antes. A saber qué le he hecho a este aparato.

Ella se echó atrás rápidamente al darse cuenta de que estaba celebrándolo antes de tiempo.

—Tú sal primero mientras yo saco al piloto —le dijo él.

—Te ayudaré.

—No, abre la puerta.

Alice se giró hacia la puerta y vio el complicado picaporte. Demonios. ¿Cómo se abría eso? ¿Después de lo que había hecho Liam, ella no iba a poder abrir la puerta? En ese momento vio un diagrama explicativo de gran ayuda.

Liam logró poner en pie a Joe, pero el pobre hombre apenas pudo dar dos pasos antes de caer, así que Liam acabó cargándolo y llevándolo hasta el suelo, a la sombra de un arbusto.

En ese momento Alice vio acercarse dos todoterrenos levantando una nube de polvo rojo tras ellos.

Minutos más tarde, todo era felicitaciones y palmaditas en la espalda de Bob y Noxeen King, los propietarios de Redhead Downs y de su capataz, Blade Finch.

—Muy bien hecho, amigo —le dijo Bob a Liam—. Aviación Civil nos avisó de que nunca habías volado antes.

—Lo logramos y eso es lo principal —dijo Liam, y señaló a Joe y a Alice, a su lado, con la cabeza—. Me preocupa el piloto.

—El doctor viene de camino en avioneta, cariño —lo tranquilizó Noreen—. Hemos tenido suerte, pues estaba muy cerca, pero parece que ella ya ha hecho todo el trabajo —dijo, sonriendo a Alice.

Ahora que todo había acabado, Alice se dio cuenta de que le dolía terriblemente la cabeza, pero logró devolverle la sonrisa. Después miró a Liam y sintió que le retorcían el corazón al ver que le temblaban las manos.

Pero él rápidamente se las metió en los bolsillos y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

Capítulo 5

Había estado a punto de matarlos. Si el morro de la avioneta hubiera bajado un centímetro más…

Podía haber matado a Alice. La había obligado, contra sus deseos, a ir en aquel viaje y podía haber acabado con su vida.

Un miedo terrible cegó a Liam nada más poner los pies en la tierra, pero de algún modo logro ocultarlo y permanecer entero.

Fue poco después cuando tuvo conciencia de la enormidad de la tragedia que habían estado a punto de sufrir, al ver alejarse al médico con el piloto hacia el hospital de Mount Isa.

Bob y Noreen King los agasajaron con té dulce, carne en conserva y sándwiches, y después les mostraron sus alojamientos, dos cabañas de madera junto a un arroyuelo.

Cuando Liam se quedó solo, cayó en la cama entre violentas sacudidas, casi llorando por lo cerca que habían estado. Muy cerca de morir.

De nuevo.

Sabía por experiencia propia lo frágil que era la vida y sabía con qué facilidad podía perderse a una persona en un momento de inconsciencia.

Volvieron a su mente todas las imágenes que había intentado borrar: cuerpos sin vida y metal retorcido. Medio segundo de descuido, eso era todo lo que separaba la vida de la muerte. Había aprendido la lección a los veintiún años, pero seguía cargando con la culpa.

Y aquel día habían estado muy cerca.

El mismo horrible sentimiento de otras veces empezó a arrastrarlo a profundidades insondables y no desconocidas.

Liam se quitó la ropa y se metió en la ducha. Ya había perdido la cuenta del tiempo que llevaba bajo el chorro de agua cuando la razón empezó a dejarse oír por fin.

Aquella vez no había muerto nadie, sino que había salvado vidas.

Decidió aferrarse a aquella idea, pero no fue suficiente para tranquilizarlo.

En ese momento llamaron a la puerta de la cabaña.

—Un momento —dijo, apagando el grifo.

Se puso unos vaqueros mientras se pasaba una toalla por el pelo y fue hacia la puerta.

Alice estaba en el umbral, duchada y con unos pantalones cortos caqui y una camiseta blanca. Tenía la cara pálida y Liam se sintió

culpable por haber estado demasiado ocupado en sí mismo como para no ver qué tal estaba ella después de su odisea.

—Lo siento —dijo ella al verlo desnudo de cintura para arriba y con el pelo mojado y revuelto—. Te he interrumpido.

—Qué va —dijo él, poniéndose la toalla sobre un hombro.

Pero ella siguió sintiéndose algo incómoda. Bajó los ojos, como si la vista de su pecho desnudo la molestase, y él trató de ignorar que los finos tirantes de su camiseta no lograban ocultar la perfección de su clavícula y el modo en que la tela se ajustaba a sus pechos.

Ella señaló con una mano el arroyuelo. Desde las cabañas se veían perfectamente sus aguas pardas fluir entre nenúfares rosas, a la sombra de palmas y árboles de ribera.

—¿Qué te parecen los alojamientos de Redhead Downs? —preguntó ella.

—Que tienen un emplazamiento perfecto —respondió Liam mientras observaba a una garza pescando en las aguas tranquilas. Después miró hacia la habitación y abrió la puerta del todo—. Y las cabañas están muy bien. ¿Quieres pasar?

Ella pareció dudar.

—Sólo quería saber si estabas bien.

—Estoy bien, pero pasa.

Sólo al verla dudar de nuevo, se le vino su pacto a la cabeza.

—Oh, casi lo olvidaba. Con todo lo que ha pasado me había olvidado de que habíamos quedado en mantenernos a distancia.

¿A quién se le había ocurrido la idea? ¿A él?

Alice levantó la vista y él vio que tenía los preciosos ojos grises cubiertos de lágrimas.

—No te he dado las gracias como te mereces —dijo ella—. Has estado increíble. Yo… no sé cómo pudiste hacer aterrizar la avioneta. Has sido muy valiente.

—No ha sido valor, sino pura adrenalina. De todos modos, tú le has salvado la vida al piloto. Ya has oído al médico.

Ella se encogió de hombros.

—Lo mío no hubiera servido de nada si nos hubiéramos estrellado —una lágrima le cayó rodando por la mejilla.

Liam alargó la mano y la tomó en la yema de su dedo índice.

—Lo siento —dijo ella, apretando los párpados.

—No lo sientas. Es natural sentirse así después de una experiencia tan traumática. Estaba siendo un hipócrita al pretender ser un héroe frío y sereno.

Alice se secó las mejillas con los dedos y se estremeció por un escalofrío. Después se encogió y se empezó a frotar los brazos con las manos. Al verla, él no pudo resistirse a preguntar.

—¿Quieres que lo haga yo?

Ella lo miró con los labios entreabiertos y los ojos húmedos, asombrada.

—¿Qué? —después se miró los brazos—. Sí —y susurró—. Creo… Creo que necesito un abrazo.

A él se le cortó la respiración.

Alice volvió a mirarlo a los ojos y a mandarle un mensaje silencioso con la mirada. Liam notó cómo le ardía la sangre en las venas y oía los latidos de su propio corazón. Otra vez la misma química que la noche que se conocieron. La urgencia contra la que había estado luchando desde entonces… Liam volvió a desearla violentamente y ella se estremeció.

—Alice, ven aquí.

Ella no necesitó más. Voló a sus brazos y él cerró la puerta de la cabaña con el pie tras ellos.

Su cuerpo pareció fundirse con el de él. Lo rodeó con los brazos y abrió la boca para besarlo apasionadamente.

Liam ya estaba perdido, perdido en la necesidad de tocarla, saborearla, abrazarla…

—Me alegro tanto de que estemos vivos —susurró ella, cubriéndolo de besos ansiosos.

Él sabía que aquello no era sensato; Alice estaba secuestrada por el sentimiento de gratitud y de alivio, y él, por el deseo y su necesidad de borrar los malos recuerdos. Pero al tomarle la cara entre las manos, al sentir sus labios abrirse bajo la presión de su boca, invitándolo, supo que había deseado a esa mujer desde la noche que la conoció y le hizo el amor.

Aquel día se habían encontrado por un cruel giro del destino. Habían rozado la muerte y escapado de sus garras, y necesitaban aferrarse a la vida uniendo sus cuerpos y haciendo que sus corazones latieran a una.

Las caricias de Alice le disparaban el pulso de tal modo que casi sentía el corazón en la garganta. Ella le exploraba sin piedad los hombros, dibujaba círculos sobre su pecho y después metió las manos bajo la cinturilla de sus vaqueros y él abandonó todos los intentos de justificar el placer que sentía. Aquello estaba bien. Muy bien.

Cuando él deslizó las manos bajo su camiseta, lo recordó. Acababa de acordarse de la única cosa que no podían dejar de lado:

—Espera, Alice. Espera —dijo él, y con un gruñido angustiado, le tomó las manos justo cuando ella acababa de encontrar la cremallera de su pantalón.

—¿Que espere? —ella parecía sin aliento y avergonzada, y hundió la cara en su pecho.

—No he traído nada —dijo él, y ella lo miró sin comprender—. Protección. Como no íbamos a hacer esto, no traje nada a propósito, para no poder flaquear.

—Oh —exclamó ella.

—Lo siento.

—No te preocupes. La verdad es que no importa.

—No digas eso. Claro que importa.

Alice le sonrió.

—No pongas esa cara de preocupación, Liam. Por mi parte no hay problema. No necesito protección.

¿Qué quería decir? ¿Que estaba tomando la píldora?

—No voy a quedarme embarazada —dijo ella, y forzó una risita.

Por el tono en que lo dijo, Liam supo que uno de sus puntos débiles acababa de salir a la luz. Dio un paso hacia ella y le tomó la mano.

—Sé que la protección no sólo se usa para evitar embarazos —dijo ella.

—Yo no… no me he arriesgado nunca. Y nunca te pondría en peligro, Alice.

—Bueno, pues tú eres el único hombre con quien me he acostado, aparte de mi marido.

¿Estaba ella diciéndole que quería continuar por donde lo habían dejado? La sola idea lo dejó sin aliento.

—Entonces crees que…

—Sí —y lo miró con una sonrisa dulce y tímida—. Lo creo.

Esa vez, cuando se besaron, fue diferente. No sólo porque el beso fue lento y cálido, sino porque ya no iban arrastrados por sus emociones. Habían dado un paso atrás, habían tenido la oportunidad de pensárselo dos veces, de pensar en las consecuencias, y habían decidido hacerlo.

Y cuando Liam acarició la suave piel de la cintura de Alice y sintió que el deseo empezaba a hacer presa de él, se sintió aliviado. Al demonio con la política de empresa. Estaba loco por aquella mujer. La deseaba y no le importaba quién lo supiera.

Alice se despertó cuando el sol era ya una gran bola roja brillando baja en el firmamento. Se quedó un rato tumbada en la cama diciéndose a sí misma lo maravillosa e impredecible que era la vida. Y también el hombre que la abrazaba.

Empezaba a sospechar que estaba enamorada.

Sabía que la mayoría de la gente le diría que era imposible amar a alguien a quien se conocía desde hacía tan poco tiempo, y tras lo de Todd, debía ser más cautelosa. Pero nunca se había sentido de

ese modo con Todd, ni siquiera antes de que empezara a engañarla; nunca lo había admirado ni había encendido su pasión.

Pero Liam sí. Y si lo que sentía por él no era amor, era tan parecido que no veía diferencia.

Se levantó con cuidado de la cama, se puso la ropa interior y encendió la tetera eléctrica. El ruido del agua hirviendo despertó a Liam, que se puso de lado para verla mejor.

—Hay té y café instantáneo —dijo ella—. ¿Qué te apetece?

—Café, gracias.

Se levantó bostezando, se estiró y sacó de su maleta unos bóxer mientras Alice llevaba las tazas a la cama.

—¿Por qué frunces el ceño como si estuvieras preocupada? —preguntó Liam, sentado al borde de la cama, cuando ella le pasó su taza.

—¿Parecía preocupada? —preguntó ella, e intentó relajar el gesto—. Estaba pensando en nosotros. Me preguntaba…

—Si deberíamos volver a hacerlo ahora o después del café —aventuró Liam con una sonrisa.

Alice rió y sacudió la cabeza.

—No, me preguntaba si se nos da mejor el sexo que las conversaciones cotidianas.

—No es que hayamos tenido muchas oportunidades de hablar —apuntó él.

—Hemos ido al revés. Normalmente dos personas se conocen… —Alice dudó un momento—. Bueno, lo cierto es que no tengo ni idea de cómo funciona esto de las relaciones, pero hace tiempo la gente salía un tiempo y hablaban antes de…

—¿Meterse en la cama?

—Sí.

Liam dejó la taza en la mesita de noche y al ver el pie de Alice junto a su rodilla, se lo acarició.

—Siempre podemos dar marcha atrás e ir a la parte de conocernos. Aunque lo cierto es que creo que ya sé un montón de cosas importantes de ti.

—¿Eso crees?

—Desde luego —dijo, haciéndole cosquillas en los pies—. Te gusta el color verde.

Alice puso los ojos en blanco.

—¿Y eso es muy importante en una relación?

—Es vital. Tal vez yo odie el verde.

—Pero no es así, ¿verdad? —preguntó ella.

—No me importa, pero es sólo porque soy muy liberal en cuanto a los colores. Aunque me gusta el blanco.

—¿En serio? ¿Es por ser virgo?

—No sé. Tal vez.

Ella iba a hacer una broma al respecto hasta que vio que su sonrisa se había vuelto picara y que estaba prestando mucha atención a su ropa interior blanca de encaje.

—Y además —siguió Liam—, sé que estás divorciada.

—Bueno, ése no es mi tema favorito. Preferiría que nos lo saltáramos.

Liam la miró pensativo un instante.

Alice no quería pensar en Todd en ese momento, cuando se sentía tan a gusto y feliz.

—Tú empezaste esto, ¿recuerdas?

—No tienes nada que ver con él, Liam. En nada. Tú eres mejor en todo.

Él aceptó sus palabras sin comentar nada. Siguió jugando con sus dedos de los pies, aunque ella creyó verlo sonrojado.

—Lees mucho en la cama.

—No es justo —rió ella—. Has estado en mi casa y has visto los montones de libros que tengo en la habitación. Juegas con ventaja.

—No sabía que esto fuera una competición —dijo él, sujetándole el pie cuanto ella intentó retirarlo.

—No es eso. Es sólo que… —se sentó y se mordió el labio inferior como si hubiera algo que la comiera por dentro—. Aún siento que hay mucho de ti que no sé.

—Pregunta lo que quieras. ¿Quieres que empecemos con mi grupo sanguíneo?

Ella suspiró sonoramente y se dejó caer sobre el montón de almohadas.

—No bromees con esto, por favor.

—De acuerdo —dijo él, y le soltó el pie—. Veo que hay algo que te molesta. ¿Por qué no lo dices?

Se hizo el silencio.

—¿Puedo confiar en ti?

—Eso espero, Alice. ¿Qué te hace dudarlo?

—Bueno…

Parecía haber una sombra en el pasado de Liam que la molestaba, pero la sensación era muy leve y ella no quiso entrometerse más cuando lo conocía desde hacía tan poco tiempo, así que decidió irse por otro camino más fácil.

—Es por el asunto de Shana.

Él hizo una mueca de culpabilidad, y volvió a agarrarle el pie para masajearle la planta.

—De acuerdo. Hora de confesiones —dijo, sin saber lo que le estaba haciendo con esos masajes—. Tienes razón. No fui honesto del todo. Primero le pedí a Shana que viniera, pero cuando, ella me

dijo que no podía, me alegré. Así tendría una excusa para pedírtelo a ti —le levantó el pie y le besó el empeine—. Tú eras la persona más adecuada para el trabajo.

Alguien llamó a la puerta de la cabaña de al lado, la de Alice, y ella se sobresaltó y trató de soltarse el pie. ¿La estaban buscando?

Liam ignoró el ruido.

—Desde el principio quería venir contigo —dijo él.

—Entiendo —tal vez hubiera tenido que enfadarse con él, pero le gustaba que él quisiera estar con ella.

Volvió a sonar un ruido en la puerta, esta vez en la de Liam.

—Voy —dijo él, besándole el pie y levantándose para ir a abrir.

A través de la rendija de la puerta, Alice vio que era Noreen con una bandeja en la mano.

—Os he traído la cena.

—Oh, muchas gracias.

—Alice no parece estar en su cabaña, así que ¿te importa que te deje a ti su comida? —su tono era ciertamente de curiosidad.

—No —dijo Liam—. Yo se la pasaré —después recordó preguntar—: ¿Ha habido noticias del hospital?

—Oh, sí. Dicen que Joe se está recuperando bien y que está hablando maravillas de vosotros a todo el que le quiere escuchar.

Liam volvió a darle las gracias por la comida y volvió a la habitación con Alice.

—Diría que nos han pillado —comentó, sonriendo, como si no le importara en absoluto—. Y ahora, vamos a comer. Me muero de hambre.

A Alice le hubiera gustado seguir con su conversación, ahora que Liam empezaba a abrirse. Quería saber más de él y, en algún momento, hablarle de sus problemas de infertilidad. Pero él acababa de destapar los platos y se dio cuenta de que también estaba hambrienta.

—Hay una mesita y sillas fuera —dijo, levantándose a buscar cubiertos y platos en la cocinita— Podíamos cenar fuera y ver la puesta de sol.

—Suena muy bien.

Y tenía razón. El paisaje era perfecto. El cielo al oeste estaba de un rojo encendido, tiñendo las aguas del arroyo y arrojando largas sombras sobre los árboles de la ribera. La comida estaba deliciosa y el vino era dulce. Para sorpresa de Alice, Liam se abrió y tuvieron una conversación fluida sobre los lugares a los que habían viajado, sus animales favoritos, música, comida. Descubrieron que tenían muchas cosas en común, entre ellas, cierto amor por el paisaje del interior y que no les gustaban las colas. Y, por supuesto, la fecha de nacimiento.

Cuando Alice lo mencionó, se sorprendió al ver un fogonazo de dolor en los ojos de Liam, y trató de recordar si era la misma emoción que había descubierto en él en el Hippo Bar. Pero como entonces, la tristeza se fue tan rápido que dudó si habría estado allí, cuando a él no pareció importarle hablar de ello.

—Lo gracioso es que los dos nos levantábamos a la vez deseando ver nuestros regalos —comentó ella—. Dime, ¿cuál ha sido tu mejor cumpleaños?

Él la miró directamente a los ojos.

—El de este año es difícil de mejorar.

—Aparte de éste.

—Supongo que el año que cumplí los dieciocho —dijo él, mirando el sol desaparecer tras las colinas—. Estuve de vacaciones en Kirra, en la Costa Dorada.

—Entonces yo cumplí los doce —dijo Alice, y de repente abrió mucho los ojos—. ¡Eh, yo también estaba en Kirra entonces! Mi familia había alquilado una casa allí para pasar unos días de vacaciones.

Se miraron un segundo valorando las posibilidades.

—Tal vez estuvimos en la misma playa a la vez —comentó Alice —. Pudimos vernos.

A ella le parecía tan romántico… casi podía imaginarse a Liam entonces; un chico alto, guapo y moreno. ¿Se hubiera enamorado de ella si la hubiera visto entonces?

—Seguro que no te hubieras fijado en mí —suspiró ella, volviendo a la realidad.

—Desde luego que sí. Seguro que eras la niña más bonita de todas.

—No, debías estar muy ocupado yendo detrás de las chicas mayores en bikini —río ella.

—Pero ahora sí que me fijo en ti —dijo él.

La respuesta de su cuerpo a las palabras de Liam fue tan fuerte que se le olvidó lo que le iba a preguntar. Minutos antes se preguntaba cómo el hijo de un humilde granjero se había convertido en propietario de un negocio multimillonario y cómo, siendo tan atractivo y encantador, aún no se había casado. Pero ya nada de eso importaba. Lo único importante era el modo en que Liam la miraba. Todd nunca la había mirado así, con tal avidez, como si fuera la mujer más deseada del mundo.

Liam la convertía en una diosa del amor con cada caricia, que hacía arder su piel. En aquel momento, sólo importaba que esa noche, toda la noche, la pasaría en su cama.

* * *

La voz de Bob King llamando a sus perros despertó a Liam a la mañana siguiente. Como esto fue seguido de mucho ruido de pasos y golpes dirigiéndose a las cabañas, Liam dedujo que pretendía prevenirlos de su visita, y saltó de la cama para vestirse antes de que llamara a la puerta.

Bob llamó a la puerta y Liam salió a abrir.

—Hola. Venía a avisarte de que un montón de periodistas están de camino para entrevistar al gran héroe —le dijo con una gran sonrisa.

Liam gruñó.

—¿Un héroe?

—Desde luego, amigo. Una avioneta y un helicóptero han salido de Cairns hace cinco minutos hacia aquí. Parece que son muchos. Dentro de nada, tu historia estará en todas partes —Bob se frotó las manos como si no pudiera creer su suerte de tener en su negocio a alguien famoso.

Liam suspiró. Había planeado que Alice y él continuaran su visita aquel día, pero parecía que tendrían que retrasar su marcha.

—Si lo único que hice fue seguir las instrucciones que me dieron por radio…

—Puedes decirles eso, pero creo que aún así querrán considerarte algo especial —rió Bob—. Amigo, el que alguien que no tenga ni idea de pilotar logre aterrizar una avioneta no es algo que ocurra todos los días.

—Esto es culpa tuya —le dijo Liam a Alice cuando volvió a la habitación, mientras la señalaba con el dedo—. Cuando estoy contigo me convierto en objetivo de la prensa. Primero, lo del *Cairns Post*, y ahora, los periódicos de tirada nacional.

—Oh —dijo ella, con una mueca—. Me has pillado. Yo envenené la comida de Joe para que se pusiera enfermo y Liam Conway se convirtiera en un héroe para salir en las noticias.

Liam rió y se pasó una mano por el pelo.

—He pensado que podría usar esto para beneficiar a la empresa. Puedo hablar de nuestros planes para revivir la presencia de Kanga Tours en la región.

—Puedes pedirles que hagan la entrevista aquí, junto al arroyo. Será un escenario perfecto.

—Buena idea —dijo él, yendo a la ventana para observar el bello paisaje tan característico de Australia.

—Tienes que estar preparado para oír hablar de los peligros de viajar en avioneta.

Liam se giró y al verla sentada en medio de la cama, con los rizos negros cayéndole sobre los hombros, estuvo a punto de olvidarse de todo y volver con ella a la cama antes de que llegaran los periodistas.

—Intentaré obviar la parte del accidente y me centraré en por qué estábamos volando a esta parte del país —dijo, intentando centrarse en los negocios.

—Pero no lograrás evitar que te vean como a un héroe, Liam.

Al mirarla, por un instante maravilloso, él pudo creerse que era un héroe. Su héroe, pero rápidamente recordó la negra realidad. Liam Conway era justo lo contrario a eso.

¿Cómo lo vería Alice cuando lo descubriera?

Capítulo 6

—Es imposible que un hombre como Liam Conway, con su aspecto y su dinero, llegue a los treinta y seis sin tener un batallón de mujeres tras él —comentó Shana—. Y alguna se lo tiene que acabar llevando.

Alice intentó obviar las palabras de su compañera, que llevaba desde el día anterior por la tarde, cuando Liam y ella llegaron del viaje, intentando tirarle de la lengua.

—No sé por qué nos tiene que interesar eso —le dijo ella.

—Oh, vamos —repuso Shana, acariciando los pétalos de la rosa que adornaba la mesa de Alice, en un florero verde—. No me hagas creer que eso no te interesa.

—No veo por qué…

—Liam y tú estáis saliendo, ¿verdad?

—Shana, preferiría no…

—Cariño, no te apures. Todo el mundo lo sabe. Te concedimos el beneficio de la duda después de lo de la foto, pero ayer vimos perfectamente cómo te miraba cuando llegasteis. ¡No paraba de babear! Puedes salir de tu escondite, amiga.

Alice suspiró. No tenía ningún sentido negarlo. Y Liam ya había dicho que no le importaba que la gente supiera que estaba con él.

—Bueno, supongo que se puede decir que estamos saliendo —pero Alice también sabía que a Shana le gustaba Liam y no quería que eso perjudicara su relación con ella—. Pero eso no quiere decir que…

—¿Que te vayas a casar con él? —aventuró Shana.

—¡Por Dios! Acabo de conocerlo. No estoy pensando en un futuro tan lejano.

—Oh, vamos Alice. ¿Es el hombre más guapo y rico de la región y me dices que no has tenido pensamientos a largo plazo?

—Eso es precisamente lo que te estoy diciendo.

—Alice, esto ya lo he hablado con otras compañeras y todas coincidimos en que tú eres de las que se enamoran de un solo hombre, y cuando lo hacen, es de verdad.

—¿Podrías decirme dónde quieres llegar? —dijo Alice con un suspiro—. ¿Quieres advertirme de algo sobre Liam?

A Shana le brillaron los ojos, como si supiera un terrible secreto, y a Alice se le cayó el alma a los pies.

—Si tienes algo que decirme, suéltalo —le dijo—. No me trates como si fuera una colegiala inocente —acababa de superar un divorcio muy desagradable y no estaba deseando caer en otro

desastre similar.

—Bueno, ¿sabes si el jefe ha estado casado antes o no? —preguntó Shana.

—Sé que ahora no está casado, y eso me vale —dijo ella, complacida de que su voz sonara serena a pesar de lo nerviosa que estaba.

No le gustaba que Liam no le hubiera dicho nada de las mujeres de su pasado, pero había decidido confiar en él, desde el primer momento. Y hasta entonces no le había decepcionado.

Aunque también había confiado en Todd y había acabado traicionándola…

—Bien, entonces a ver si puedes contestar a esto —insistió Shana—, ¿Por qué Liam Conway no conduce nunca?

—¿Qué? ¡Claro que conduce! ¡Logró aterrizar una avioneta! —y además le había enseñado su permiso el día de su cumpleaños para que comprobara la fecha de nacimiento.

—Pues eso mismo se cuestionaba el *Sydney Morning Herald*. Cómo pudo pilotar un avión y nadie lo ha visto conducir jamás.

—Eso no tiene sentido —Shana sólo intentaba meter cizaña—. Y, si has acabado, tengo trabajo que hacer —no podía soportar aquella conversación.

—Te lo decía por tu bien, pero si no haces más que defenderlo, estoy perdiendo el tiempo.

Y con un gesto aireado, Shana volvió a su sitio y se colocó de forma que no pudieran mirarse directamente.

Bien. Así Alice podría continuar con su trabajo. Justo en ese momento estaba recibiendo varios correos electrónicos.

Desde la entrevista a Liam habían notado un gran interés por las visitas turísticas por el interior del país. Liam había logrado atraer el interés hacia Kanga Tours más de lo que habían osado imaginar.

Sería mejor responder a ese mensaje cuanto antes para pasar a las miles de llamadas telefónicas que tenía que hacer. Al ver el nombre de Liam en la lista de remitentes, sintió que el corazón se le aceleraba.

¿Puedo invitarme a cenar esta noche en tu casa? Yo llevaré comida y vino. ¿Qué prefieres, comida tailandesa, india, hamburguesas, pizza? Di lo que prefieres, y yo lo encontraré.

Sólo tienes que tener los platos verdes preparados.

Te echo de menos una barbaridad,

L

Alice se puso roja.

«Te echo de menos una barbaridad».

Le era imposible borrarse la sonrisa de la cara. Menos mal que Shana no la estaba mirando.

* * *

«Te echo de menos una barbaridad».

Liam no tenía la cabeza en el trabajo. Tenía muchas cosas acumuladas, pero lo único en lo que podía pensar era en Alice. Estaba sentado en su mesa, mirando la pantalla del ordenador y esperando que ella no estuviera tan ocupada en ese momento como para contestar a su mensaje.

Tal vez se había vuelto loco…. Desde luego, debía estarlo para dejar que eso estuviera pasando. Su relación con esa mujer le estaba haciendo perder la concentración de su nueva empresa.

Había llegado a Cairas con un único propósito, pero al verla en el bar, había quedado marcado. No podía creer que estuviera tan obsesionado. Alice era un milagro, la mujer perfecta, y había tenido que viajar hasta allí para encontrarla.

«Por favor, di que sí, Alice».

De hecho, en un mundo perfecto él no habría tenido que esperar a aquella tarde, sino que podría invocar a Alice para que fuese a su oficina, cerrar la puerta con llave y explorar las posibilidades que su amplia mesa de despacho ofrecía. Pero eso no iba a pasar, así que decidió centrarse en fantasear sobre esa noche, cómo dejaría la comida sobre la mesa de la cocina y empezaría a desvestirla.

«Di que sí, Alice. Es la única respuesta posible».

Alice se quedó mirando el mensaje de su jefe pensando en cosas tan lujuriosas y calientes que apenas podía seguir allí sentada. Aquello no era normal. ¿Podía ser algún tipo de reacción posterior al divorcio? Tal vez después de una década de matrimonio ruinoso, encontraba las atenciones de Liam demasiado excitantes. La situación se les estaba escapando de las manos. Su relación estaba yendo muy rápidamente.

Y con tanto fuego alguien podía salir escaldado… ¿adivinas quién? ¡No sería el jefe!

Tenía que mantener la calma; ya no era una adolescente y tenía que ser capaz de controlar una relación como lo haría un adulto.

Suspiró y se recogió el pelo en un moño que fijó con un pasador en forma de mariposa que guardaba en su cajón. Aquello no la refrescó en absoluto; el calor que sentía no desaparecería fácilmente. Tenía que hablar con Liam y sugerirle que fueran más

despacio, que hablaran más en lugar de correr a meterse en la cama.

Bien. Tomó una bocanada de aire, miró a Shana y empezó a escribir una respuesta muy educada y contenida a la petición de Liam.

* * *

—Debería echar un vistazo a las propuestas de subidas de sueldos de los seis meses siguientes, señor Conway —decía Merv, el contable de la empresa.

Liam acababa de recibir el aviso de mensaje entrante de Alice en su ordenador y empezaba a impacientarse ante la minuciosidad de su contable.

—Gracias por el consejo —le dijo—. Lo haré.

—Y de estos datos se deduce que sería mejor tener el equipo informático de la empresa alquilado a las marcas, con un contrato de renovación cada cierto tiempo, que tenerlo en propiedad…

—Sí, sí… Miraré el informe.

—Y además está…

—Le aseguro que le prestaré toda mi atención a este documento y después le haré saber mis conclusiones.

Por fin parecía que Merv había captado el mensaje.

—Le dejo entonces.

En cuanto él se dio la vuelta, Liam abrió el mensaje de Alice.

Si puedes traer curry indio y vino blanco, los platos estarán listos sobre las ¿6:30?

A.

P.S: Yo me ocupo del postre.

P.S.S: Y del tentempié de medianoche.

P.S.S.S: Y del desayuno.

Liam sonrió. Tal vez entonces pudiera dejar de actuar como un adolescente enamorado y empezar a ocuparse de su empresa.

Tomó la agenda y comprobó las llamadas que tenía pendientes. Y en ese momento sonó el teléfono.

—Tiene una llamada urgente de Sydney, señor Conway —dijo Sally, la recepcionista.

—Gracias. Pásemela.

Rita James, su asistente personal de la oficina de Sydney, siempre era muy calmada y eficiente, pero desde que lo saludó, la notó preocupada.

—¿Qué pasa, Rita?
—Me temo que hay malas noticias de la señora Conway.
«¡Julia!»
La noticia le sentó como si le hubieran dado un puñetazo.
—La asistenta de la señora Conway acaba de llamar para decir que acaba de ingresar en el hospital y que es grave.
Oh, Dios, no.
Había temido que algo así pasara mientras estaba lejos de Sydney.
—¿Tienes el número de teléfono del hospital? ¿Puedo hablar con Julia?
—Me temo que no está lo suficientemente bien como para atender llamadas.
—Entonces tendré que hablar con su asistenta. No sé por qué Harriet no me ha llamado a mí primero. Le expliqué dónde contactarme.
—Bueno, ha llamado desde el hospital y estaba muy afectada. Tal vez no llevara encima su número de Cairns.
—Da igual. Tengo que tomar el primer avión —intentaba mantener la calma—. Entiendo que hay alguien ocupándose de Jack.
—Creo que está en casa de uno de sus compañeros de clase.
—Bien —la mente de Liam no paraba—. ¿Sabe en qué hospital está? Julia necesita la mejor atención.
Y anotó los datos que Rita le dio.
—Seguro que está en buenas manos —dijo ella para intentar serenarlo.
—Supongo que tiene razón. Gracias por avisarme, Rita. La veré pronto —Liam colgó y se pasó las manos por la cara. ¡Demonios!
No era la primera vez que Julia tenía que ingresar en el hospital, pero no por eso era menos preocupante. Siempre era una pesadilla. Rápidamente, marcó la extensión de Alice.
—Alice, lo siento. Tengo que…
—Alice no está —era la voz de Shana.
—Oh —dijo Liam, pasándose la mano por la sien. Empezaba a dolerle la cabeza—. ¿Sabes dónde está?
—No. Salió corriendo. Dijo algo de unas compras de emergencia.
Él suspiró.
—De acuerdo. Cuando vuelva, dile que me llame.
A continuación llamó a recepción.
—Sally, ¿puede reservarme el primer vuelo que salga para Sydney? Sí, el primero. Tengo que estar allí esta noche.

Naranja con topos rosas.

Alice sonrió al verse en el espejo con su ropa interior nueva. Seguro que aquel conjunto tan divertido cambiaba los gustos de color de Liam.

Lo había comprado de camino a casa desde el trabajo. Se había sentido un poco culpable por marcharse tan pronto, pero sabía que lo compensaría al día siguiente. Después de todo, aquélla era su primera cita oficial con Liam y eso se merecía la visita que había hecho al centro comercial para comprar velas perfumadas.

Velas, vino, una comida relajada y buena conversación era lo que tenía en mente para esa noche. Liam y ella tenían mucho que contarse, y sería un buen momento para mantener una conversación profunda. Además, las preguntas de Shana necesitaban respuestas, y ella necesitaba saber también hacia dónde iba su relación.

Al ir a comprar las velas, había pasado junto a una tienda de lencería y no había podido resistirse al ver aquel conjunto tan bonito en el escaparate. El color era tan vivo que sería un desafío para Liam y, a pesar de su propósito de mantenerla calma, lo había comprado.

Y había vuelto a casa sin las velas.

Pero al menos tenía un bonito vestido de lino beige para llevar encima de la lencería. Alice se lo puso y se miró al espejo. Mejor. Era un vestido fresco y suelto, sin mangas y con una fila de botones en la parte delantera.

Le daba un aspecto más frío y modesto.

Pero… Oh, ¿cómo podía tener aquellos pensamientos? Lo único que se le ocurría pensar era en la sonrisa sexy de Liam cuando empezara a desabrocharle los botones y descubriera lo que había bajo el modesto vestido.

Se sacudió aquellas ideas y fue a la cocina para preparar la mesa en la terraza. Cuando salía de la cocina cargada de platos, oyó su móvil sonando en el dormitorio. Volvió con los platos a la cocina, los dejó sobre la encimera y corrió a contestar deseando que no fueran su madre o sus tías para hablar de nuevo sobre la aventura de la avioneta y explicarles que estaba con el mismo hombre que en la foto del periódico de Cairns.

—Hola, Alice —dijo la voz de Liam cuando descolgó. Apenas podía oírlo porque había mucho ruido de fondo, y ella se lo imaginó en el restaurante indio, esperando para recoger su pedido.

—Hola. ¿Tendrás que esperar mucho?

—Alice, ¿es que no has recibido mi mensaje?

—No —y frunció el ceño.

—Shana tenía que haberte dicho que me llamaras.

—Yo… lo siento. He salido temprano del trabajo.

Oyó un suspiro.

—Lo siento, Alice, pero no puedo ir a cenar. Estoy en el aeropuerto. Ha pasado algo terrible y tengo que volar a Sydney.

—¿Ahora? —no pudo evitar el tono de decepción.

—Sí. De hecho, estoy a punto de embarcar.

A Alice casi le fallaron las rodillas. Aquello no tenía sentido. ¿Qué podía haber pasado?

—Lo siento mucho —repitió Liam—. Cuando supe esto no pude hacer otra cosa. Tenía muchas cosas que organizar rápidamente.

—¿Qué ha pasado?

—Es un asunto familiar —le dijo Liam—. Una emergencia, pero es demasiado complicado, de explicar. Alice, están haciendo la última llamada a los pasajeros de mi vuelo. Tengo que colgar.

Ella estaba agarrando con tanta, fuerza el teléfono que podía haberlo partido en dos. ¿Cómo podía marcharse dándole tan poca información?

—Tal vez tenga que quedarme en Sydney un tiempo —le dijo—, pero te llamaré.

—De acuerdo —dijo ella en voz muy baja. ¿Cuánto tiempo estaría fuera?

—¿Estás bien?

Parecía preocupado. No, claro que no estaba bien; estaba confundida, aterrorizada por la huida de Liam que le resultó muy familiar. ¿Cuántas veces le habría llamado Todd para excusarse en el último minuto?

¿Qué habría pasado? ¿Uno de sus padres enfermos? ¿Un accidente de tráfico? ¿Por qué era tan complicado, por qué no podía decírselo? Había tanto que aún no sabía de él… Pero no podía hacerle preguntas en ese momento.

—Claro que estoy bien —dijo—. Lo siento por… la emergencia. Espero que todo vaya bien.

—Gracias. Voy a echarte de menos. Tengo que irme. Adiós.

—Yo tam… —pero no pudo acabar la frase porque Liam ya había colgado.

Tiró el móvil encima de la cama y se sentó en la oscuridad, sintiendo una tristeza irracional.

Había pasado de la felicidad más absoluta a las profundidades de la decepción. Se sentía fatal. Enamorarse no merecía la pena. Se sentía tan vacía y abandonada como cuando descubrió que Todd la estaba engañando.

Aquello no era justo. ¿Por qué la trataba Liam de ese modo? ¿Sería igual que Todd? No podría soportarlo.

Pero tenía que controlarse. Se tapó los ojos ya húmedos con las manos e intentó comportarse de un modo maduro. Romper una cita

no era tan grave.

Liam tenía una emergencia familiar y ella lloraba como una niña mimada.

Se levantó de la cama con ayuda de las manos, fue al baño a lavarse la cara y después a prepararse algo de comer. Mientras lo hacía, se dijo que tenía que aprender la lección: después de su divorcio se había dicho que no volvería a basar su felicidad en una persona, y había vuelto a dejar que un hombre se convirtiera en el centro de su vida.

No había aprendido de su divorcio.

Le costó dormirse, y cuando lo hizo, fue pensando en él. Se había enamorado de pies a cabeza de él, lo cual era una tontería. Las mujeres de treinta años no se enamoraban de sus jefes y soñaban con finales felices para siempre. Tenían aventuras, que era lo que tenía ella: sexo, no amor.

Ellos habían compartido una pasión fabulosa, pero no habían hablado del futuro en absoluto. Alice no sabía si Liam tenía novia en Sydney, aunque, como mujer moderna y liberada, eso no debía importarle.

Pero si la tuviera… Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. Oh, quedaría tan decepcionada… tan devastada.

Capítulo 7

—¿Es que han cambiado el día de San Valentín de fecha? —preguntó Sally, la recepcionista, entrando en la oficina de Alice con un enorme ramo de rosas rojas en las manos. Fue directa a ella y se las dejó sobre la mesa, porque Alice estaba en medio de una llamada telefónica—, ¡Ta-chán!

¿Quién le mandaría flores? Tenían que ser de Liam, pero le extrañaba un gesto tan poco íntimo de él. Sally señalaba al sobrecito blanco colocado sobre un lazo rojo, pero Alice no tenía intención de abrirlo delante de ella, así que siguió hablando por teléfono.

Justo cuando colgó, apareció Shana por la puerta. «Genial».

—¡Vaya! ¿Quién te las ha mandado?

—No tengo ni idea —respondió Alice, intentando sonar fría.

—¿No vas a verlo?

—Claro —maldición. Al abrir el sobre, le temblaban las manos.

—Seguro que son del jefe. Las cosas se están calentando, ¿verdad? —dijo Shana con un entusiasmo forzado que no ayudó a Alice a calmarse.

No había sabido nada de Liam desde que se fue a Sydney, y como no había ningún otro hombre en su vida, las flores tenían que ser de él. Estaría flotando en una nube de felicidad durante días.

Al leer la tarjeta, parpadeó varias veces.

—¿Y bien? —casi gritó Shana—. Vamos, Alice, suéltalo.

—Son de Joe —dijo, intentando no parecer decepcionada—. El piloto de la avioneta.

—Oh —Shana no podía borrarse la sonrisita de la cara—. Qué amable.

—Sí. En la nota me dice que está totalmente recuperado y cree que le salvé la vida.

—Seguro que fue así —repuso Shana, dedicándole una sonrisita comprensiva, y fue hacia su mesa.

Alice se sentía tan decepcionada… había deseado que las flores fueran de él. ¿Qué estaba haciendo en Sydney? ¿Por qué la había dejado así?

Siguió leyendo la nota y vio que, más abajo, con otra letra, ponía algo más: la mujer y los hijos de Joe le agradecían haberlo salvado.

Ella no había pensado en ellos cuando lo salvó, sino que había hecho lo que había podido, pero todo el mundo tenía familia y una sencilla acción podía tener efectos mucho más amplios.

Enviarle flores fue un bonito gesto de agradecimiento y se dijo que prefería recibir flores de Joe y su familia que de su frío jefe.

Los últimos días de la semana las flores se habían marchitado, igual que la ilusión de Alice. Liam no había llamado.

Le había dejado un mensaje a Alice diciendo que esperaba estar de vuelta el lunes, pero eso había sido todo. Sus compañeros pensaban que Alice podría decirles qué estaba haciendo el jefe en Sydney, y a ella le resultaba aún más duro decirles que sabía tan poco como los demás. Se sentía avergonzada y confusa.

A veces estaba enfadada con él, porque pensaba que no debía costarle tanto llamarla, y al siguiente se preguntaba si debía esperar tanto de él.

Pero lo cierto era que no sabía qué era ella para él. Todd la había convertido en una mujer insegura y ahora no sabía qué quería en la vida; no quería una nueva relación, pero quería estar con Liam.

Dennis aprovechó la ausencia del jefe:

—¿Qué le pasa a este hombre? —gritó—. Llega de repente, se mete en todo, nos cuestiona a todos, y después desaparece de nuevo —echó una mirada a Alice—, ¿Es algún tipo de examen?

—No, por supuesto que no. Ha sido una emergencia familiar —respondió ella, vagamente.

—¿Emergencia familiar? —apuntó Shana, sin perder la oportunidad—. ¿Su mujer ha descubierto que le estaba siendo infiel?

Y sonrió con demasiada dulzura a Alice, que la fulminó con la mirada como respuesta.

Liam observó el famoso horizonte de la ciudad de Sydney. En el pasado, aquella oficina con sus fantásticas vistas, había sido el objeto de su deseo. Ahora no encontraba nada en aquel maravilloso panorama que lo reconfortase.

Había sido una semana terrible. Estaba emocionalmente agotado. Había sido una larga vigilia en el hospital, pero Julia había conseguido salir adelante y en unos pocos días estaría de vuelta en casa. Al cabo de una semana volvería a la normalidad, o a toda la normalidad que ella podía aspirar a conseguir.

Pero Julia asumía su vida como algo normal, con una resistencia sorprendente para todos. Nunca se quejaba y siempre estaba sonriendo.

Era Liam el que no se había acabado de acostumbrar a verla en una silla de ruedas; ella se las apañaba bien, pero él no olvidaba lo adorable y llena de vida que había estado antes del accidente.

No se había permitido pensar en Alice en toda la semana. El contraste en su apasionada vitalidad y la debilidad de Julia era

demasiado cruel, y su sentimiento de culpa, demasiado doloroso.

—Liam —él se giró al oír la voz de su asistente por el intercomunicador—. Ha llegado el señor Toh.

—¿Ya? —Liam miró el reloj y suspiró—. Bien. Dile que estaré con él en un minuto.

Kenny Toh era un hombre de negocios de Singapur, presidente de Inversiones Asia-Pacífico y podía convertirse en un importante socio capitalista de Kanga Tours. Cuando Kenny se enteró de que Liam estaba en Sydney, decidió ir a verlo para encontrarse cara a cara y valorar el producto y a su cara visible.

Esperaría que le diera un tour por la ciudad, que lo invitara a cenar y que le presentarla gente. El proceso no podía apresurarse y podía alargarse varios días.

A Liam antes le gustaban los proyectos con conexiones en otros países, pero ahora eso mismo era lo que lo retenía de ir a Cairns. De ir con Alice.

—Rita —llamó a su asistente—, ¿Puede llamar a la oficina de Cairns?

—Claro.

—Quiero que le dé un mensaje a… —se detuvo y juró en voz baja. No. No quería que Rita llamara a Alice a la oficina. Se pasó la mano por la frente. No había hablado con ella desde hacía una semana.

Y ya no tenía tiempo de llamarla. Pero en ese momento, tuvo una idea mejor.

—¿Tiene tiempo para salir a comprar una cosa?

Cuando Liam le dijo lo que quería, Rita levantó las cejas, pero no hizo ningún comentario.

—Puedo salir en mi descanso a mediodía —dijo.

—Tómate el tiempo que necesites —le dijo Liam y, agarrando su chaqueta del perchero, fue a encontrarse con el señor Toh.

Alice nunca se había alegrado tanto de que fuera viernes por la tarde. Así podría ir a casa a esconderse y nadie vería lo patética y solitaria que se sentía. Le mataba mantener las apariencias en la oficina, pero ya no tendría que hacer como si no le importara lo que él estuviera haciendo en Sydney, con quién estaba o por qué no se había puesto en contacto con ella. Llevaba dos semanas sin dormir por la noche y estresada por el día, así que era normal que se sintiera tan melancólica y mareada cada vez que pensaba en comida.

Mientras aparcaba en el garaje de casa se dijo que intentaría hacer algo esa noche; ir al cine o algo así, para cansarse y tal vez así

poder dormir. Pero tenía que esforzarse en hacer algo.

Tomó su maletín del asiento del acompañante y salió del coche para ir hacia su casa, mirando primero el buzón. Dos facturas y nada personal. Genial. Justo en ese momento, una furgoneta de una compañía de mensajería aparcó frente al edificio, y el conductor se bajó y fue hacia ella con un paquete alargado en la mano.

—Disculpe —dijo, mientras ella lo miraba con curiosidad—. Tengo un paquete para… Alice Madigan —leyó en la etiqueta.

—Soy yo —respondió ella, y se dio cuenta de que estaba temblando. Había visto que procedía de Sydney.

Firmó la hoja de entrega, se despidió del repartidor y llevó la caja hasta su casa con el corazón en vilo. Cortó la cinta adhesiva con un cuchillo y tardó siglos en desenvolver las muchas capas de plástico protector hasta poder revelar por fin el contenido de la caja.

Era un precioso bol de cristal. Era fantástico. Una ola de un verde aguamarina estaba mágicamente suspendida en el centro del cristal. Lo acercó a la luz para verlo mejor y supo que era una pieza artesanal y que tenía que haber sido carísimo.

Una tarjetita explicaba que la pieza era de cristal soplado por un artesano de Murano, la famosa islita frente a Venecia. Le dio la vuelta a la tarjeta buscando una firma y encontró la siguiente frase escrita en tinta negra:

«Te echo de menos una barbaridad».

Vaya.

Sintió ganas de reír o, ¿era felicidad?

Dejó el bol sobre la encimera.

Liam la echaba de menos. Era fantástico, pero también algo confuso: ¿por qué no tenía tiempo de llamarla y sí de comprarle un regalo como aquél? Pero no iba a empezar a analizar aquello: Liam pensaba en ella y le había mandado un precioso regalo. Sólo porque hubiera estado fuera durante….

Sintió una necesidad de contar los días y se acercó al calendario que tenía en la pared.

No. Frunció el ceño. Tenía que estar equivocada. Miró las fechas con más atención, volvió a la página del mes anterior y contó los días desde la fecha que aparecía señalada con un punto rojo.

Qué extraño. Tenía que haberle venido el periodo hacía tres días. Había estado tan distraída que no se había dado cuenta. Tal vez había calculado mal y había marcado mal el día el mes anterior… A ella nunca se le retrasaba, eso lo sabía bien. Había pasado años esperando y conociendo su cuerpo y sabía que éste funcionaba como un reloj. Nunca se había retrasado ni un día.

Estaba segura de que estaba a punto de tener el periodo; tenía

todos los síntomas y, de hecho, nunca había pasado una semana tan agotadora y estresante como aquélla.

Miró el bol de nuevo. Era como si hubieran capturado en el cristal una parte del océano. Había sido una tonta al alterarse tanto por la ausencia de Liam. Seguramente fuera cosa de las hormonas. Ahora podría calmarse.

Lo que necesitaba era irse a la cama pronto. Por la mañana le llegaría el periodo y podría seguir con su habitual y predecible ritmo vital.

Capítulo 8

La mujer de la farmacia sonrió a Alice al explicarle las instrucciones del test de embarazo:

—Una línea azul significa que el resultado es negativo, y dos líneas, positivo. En la caja vienen dos.

—¿Dos?

—Sí. A la gente le gusta comprobarlo por segunda vez.

—Gracias —dijo ella—. Me lo llevo.

Mientras conducía de vuelta a casa, Alice no podía creer lo que le estaba pasando. Había contado los días millones de veces y ese domingo por la tarde, incapaz de aguantar más tiempo el suspense, corrió a buscar una farmacia abierta veinticuatro horas.

Se sentía un poco tonta al hacerse un test que sabía sería negativo. No podía estar embarazada, era imposible. Todd había deseado un hijo desesperadamente y lo habían intentado sin suerte durante casi dos años.

Las pruebas que les hizo su médico indicaron sin duda que era culpa de ella. Tembló al recordar la ira de Todd y los terribles apelativos que le había dedicado. La había hecho sentir inútil, poco femenina y no merecedora de ser amada. Su autoestima no podía haber caído más bajo.

Cuando acabó de gritarle, ella aceptó su culpa, porque no había motivos para pensar que no fuera culpa de ella.

Pero empezaba a pensar que tenía que haber comprobado lo que le había dicho Todd, aunque en ese momento no tenía cuerpo para enfrentarse a un montón de dolorosas pruebas médicas sólo para comprobar lo que ya sabía.

Además, ¿para qué? Casi inmediatamente, Todd había empezado a ir con otras mujeres.

Estaba lloviendo y la luz de los faros se reflejaba sobre la carretera mojada. Aunque sabía que no tenía sentido, no podía evitar sentir una ligera excitación.

Para cuando llegó a casa, era un manojo de nervios, pero había llegado el momento de poner fin a la tensión que había convertido su fin de semana en una pesadilla. Así podría ir tranquila al trabajo al día siguiente.

Bien.

Colocó la varita sobre el taburete del baño y se sentó en el borde de la bañera a esperar, contando los minutos con los ojos cerrados. Se había pasado todo el fin de semana flotando en una nube, en un mundo irreal, pero pronto su vida volvería a la normalidad. Cuando

supiera seguro que no estaba embarazada, podría…

Oh, Dios mío. Se puso en pie de un salto.

Había dos líneas. Dos líneas azules.

Temblando, observó bien la varita. Cayendo sobre el borde de la bañera, intentó asumirlo: estaba embarazada.

No, tenía que ser un error.

Con el corazón latiéndole como un loco, buscó la segunda prueba para hacerse un segundo test. Probablemente vendieran dos porque no eran del todo fiables…

Y por segunda vez aparecieron las dos líneas azules.

«Oh, cielos. Oh, Liam. ¿Qué he hecho?»

Y empezó a caminar por el piso intentando asimilarlo: la prueba decía que estaba embarazada, no le había venido el periodo, tenía los pechos más grandes de lo normal… Su cuerpo le decía que estaba embarazada.

Pero no tenía sentido.

—No lo entiendo. ¿Qué puede haber pasado?

—¿No querrás que te explique lo de las abejitas y las flores, verdad Alice? —dijo el doctor, divertido.

—No, pero se suponía que era estéril.

—Bueno, querida, si había algún problema, parece que la naturaleza se ha ocupado de ello. Puedes ir a casa y darle a tu marido la buena noticia.

—Sí —dijo suavemente.

Sólo había una respuesta posible, se decía de vuelta a casa, y era que Todd, macho orgulloso, le había mentido.

¿Cómo había podido? Al diablo con él. No se hubiera arriesgado a no tomar precauciones con Liam de haber sabido que podía quedarse embarazada.

Se sentía en un torbellino de emociones: primero estaba enfadada, después asustada y más tarde, increíblemente feliz. Tenía un bebé en su vientre.

Sonrió al notar que se bajaba del coche con cuidado de no dañar a su precioso bebé. Su hijo. Era una fantasía que nunca se había permitido. Se imaginó meses más tarde, orgullosa de su redonda barriga, su madre y sus tías tejiendo prendas diminutas…

¿Y Liam? ¿Estaba él en la imagen?

Intentó imaginárselo a su lado, alto y orgulloso, pasándole un brazo por encima del hombro, con la mirada encendida de amor. Y se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo reaccionaría él ante las noticias. Ella había insistido en que no había ningún problema, y él se había fiado.

Ya dentro de casa, se recostó en una tumbona con las manos sobre el vientre. Liam no era un hombre de familia, o ya estaría casado. Era un hombre de negocios, y tal vez creyera que se había quedado embarazada para intentar atraparlo, por lo que podría enfadarse y con razón.

Estaba hecha un lío. Era muy probable que Liam se enfadase, y de ningún modo su madre y sus tías se pondrían a tejer para su hijo: se sentirían ultrajadas por la desgracia y la deshonra que Alice había traído a la familia.

Y la gente del trabajo… maldición… ¿cómo iba a dar la cara ante ellos?

Se sentía tan agobiada que no podía ni llorar. Estaba pasándolo tan mal como con su divorcio, y eso que se suponía que los malos tiempos ya habían pasado. Había conocido a Liam el día de su treinta cumpleaños como una mujer liberada, y ¿qué le había pasado? Que había caído en la misma trampa que había atrapado a tantas mujeres desde el principio de los tiempos.

Por suerte Liam se retrasó un día más, pero el martes trajo aún peores noticias. Dennis tenía los ojos abiertos como platos cuando llegó a anunciárselas:

—No vais a creer esto —dijo, mirando directamente a Alice.

—¿Qué? —exclamaron las tres a la vez.

Dennis hizo una pausa dramática y después dijo:

—El jefe ha vuelto y ha traído a su esposa con él.

—¿Qué?

—No puede ser.

El coro de voces casi parecía un gallinero alborotado.

Alice sintió tal nausea que pensó que se iba a desmayar allí mismo.

—No puede ser que esté casado —dijo Mary Ann, mirando nerviosa a Alice.

—Lo siento, pero te equivocas —replicó Dennis—. Ha aparecido con una mujer llamada «señora Conway» y le presta mucha atención. La ha sacado de la limusina en brazos hace un momento.

—¿Que la ha sacado en brazos? —exclamó Shana, corriendo a mirar por la ventana—. Oh, Dios mío —se giró hacia Dennis y después a Alice—. Ella va en silla de ruedas.

Alice estaba como pegada a su asiento.

—Ven a mirar —siseó Shana.

Pero Alice no quería. Ni podía.

Dennis y Shana, junto a la ventana, narraban lo que veían.

—Me pregunto quién es el chico —comento Dennis—. ¿Será su

hijo?

¿Tenía un hijo? ¿Podía aquello ponerse peor? Sintió que se le retorcía el estómago. Liam no podía estar casado; le había dicho que no lo estaba y ella lo creyó.

—Qué bonita es —dijo Mary Ann, que se había levantado también a mirar.

Sus dos compañeras se volvieron hacia Alice.

—Echa un vistazo —insistió Shana.

Alice se levantó, no sin esfuerzo, pensando que las piernas le fallarían en cualquier momento, y a través de la persiana veneciana, pudo observar a Liam en el recibidor sin ser vista. Estaba hablando con Sally, y la mujer de la silla de ruedas se reía.

Mary Ann tenía razón: era muy guapa e iba muy elegantemente vestida. Había algo muy atractivo en ella, tal vez una cálida amabilidad, y Alice sospechó que en otras circunstancias, se hubiera llevado muy bien con esa mujer.

El chico era alto, en el principio de la adolescencia, con el pelo oscuro como el de Liam.

Poco después los vieron alejarse por el pasillo hacia la oficina del contable, y Dennis corrió a llamar a Sally por teléfono para que lo pusiera al día.

Alice, que sabía que en cualquier momento podía desmayarse, esperó atenta junto a sus compañeras hasta que Dennis colgó con una misteriosa sonrisa.

—Vamos —gritó Shana—. Sácanos de dudas.

—Bueno —dijo él, disfrutando del momento—. Se llama Julia Conway y han ido a hablar con Merv porque el jefe va a comprarle una casa aquí.

¡Una casa! Eso sólo podía significar una cosa… aquella mujer tenía que ser…

Con la mano sobre la boca, echó a correr por el pasillo hacia el baño de señoras.

—Liam, ¿qué te pasa? —preguntó Julia al verlo pasear sin cesar de un lado a otro de la sala—. Pareces un león encerrado.

—Lo siento —dijo él, deteniéndose junto al balcón—. He estado un poco despistado.

—Más que eso, diría yo —rió Julia—. Dudo que hayas escuchado una sola palabra de lo que he dicho en el último cuarto de hora.

—Lo siento.

—¿Quién es ella?

Él se quedó boquiabierto. La pregunta de Julia lo había pillado

desarmado.

—Tenía razón —exclamó ella—. Sabía que era por una mujer. Nunca te preocupas tanto por el trabajo; te hubieras puesto a llamar por teléfono hasta solucionarlo.

Se sentó junto a ella en una silla de mimbre y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Tan transparente soy?

—Para mí, sí, pero te conozco desde hace veinte años. Y eres tan parecido a Jack… a él también le cuesta ocultarme cosas.

El chico estaba en el salón, viendo la televisión, y ellos se quedaron en silencio, sentados en el balcón.

—Qué noche tan agradable —dijo ella—. Este clima tropical me vendrá muy bien —le puso una mano a Liam en el brazo—. Gracias por todo.

Los dos se sonrieron, hasta que la sonrisa de Julia se volvió traviesa.

—Y ahora, ¿por qué no vas a llamar a esa mujer para tranquilizarte? ¿Dónde está? ¿En Sydney?

—No. Aquí, en Cairns.

—¡Qué rápido! —se sorprendió ella—. Sólo llevabas aquí un par de semanas cuando tuve que ingresar en el hospital.

—Sí —respondió él, encogiéndose de hombros—. Fue algo espontáneo.

—¿En serio? Qué poco propio de ti, Liam. Pero me gusta cómo suena —dijo, y le chispearon los ojos.

—No es nada serio —dijo él al ver la esperanza en sus ojos.

«Mentiroso», se dijo mientras cerraba la mano sobre la cajita que tenía en el bolsillo.

En un acto de completa espontaneidad, o de locura, había comprado un anillo en Sydney… con una esmeralda, por supuesto. Liam no podía creer lo que había hecho, pero, a pesar de lo impulsivo del acto, sabía que era sincero.

Pero sabía que aún tenía cosas que hacer antes de pedirle a una mujer que compartiera una vida con él: tenía que desvelar las sombras que lo atormentaban.

—Liam, no te enfades —dijo Julia, preocupada—. No quería criticarte. Me gusta que actúes de forma espontánea; me gustaría verte enamorado, y me gustaría aún más verte locamente enamorado.

Él le sonrió.

—Llevas años empujándome a buscar mujeres.

—Con muy poco éxito —repuso ella—. Espero que no estés aquí sólo para hacerme compañía.

—Es tu primera noche aquí y has estado enferma. No pienso

abandonarte.

—Estoy perfectamente —miró el reloj—. ¿Por qué no sales? Aún es pronto y yo iré a ver la tele con Jack hasta que me vaya a la cama.

Liam asintió, pero no se movió. Miró la noche estrellada pensando en Alice, preocupado por ella. Al parecer estaba enferma porque se había ido de la oficina a mediodía, pero no había respondido a sus llamadas. Debía estar o muy enferma, o evitándolo. Estaba preocupado por ella.

Un movimiento a su lado atrajo su atención. Julia había girado la silla e iba a entrar en la casa. Él se puso en pie.

—Para, Liam —dijo ella, sonriendo y levantando una mano—. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Él se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Si insistes, saldré.

Liam llamó un taxi y bajó a la calle a esperarlo. La noche era cálida y agradable, como había dicho Julia, pero él estaba extrañamente nervioso. Por el modo en que latía su corazón, cualquiera hubiera pensado que Alice Madigan estaba armada y era peligrosa.

Pero… claro que estaba armada… con una sensual feminidad que lo había convertido en su esclavo.

Cuando abrió la puerta y vio a Liam, el color desapareció de su rostro.

—Oh —exclamó, y se agarró al pomo como si necesitara un punto de apoyo.

—Hola, Alice —le alarmó su aparente fragilidad—. Espero no haberte sacado de la cama.

—No, claro que no.

A pesar de su palidez, estaba preciosa.

—Me preocupé cuando me dijeron que no estabas bien —dijo él, y ella sólo asintió con la cabeza—. Espero que no sea grave.

—No, sólo una gastroenteritis —se encogió de hombros, pero la expresión de sus ojos desmentía su aparente despreocupación—. Debes creer que es normal en mí marcharme pronto del trabajo.

—En absoluto —Liam metió las manos en los bolsillos mientras ella seguía en el umbral—, ¿Puedo entrar o estás muy cansada?

—Estoy algo cansada, la verdad…

La tensión entre ellos era palpable y él no lo podía soportar. Estaba deseando acercarse a ella. Dio un paso adelante y le acarició la mejilla.

—Te he echado mucho de menos, Alice.

Ella apartó la cabeza, pero no lo suficientemente rápido como para que él no notase un brillo en sus ojos: ¿eran lágrimas? ¿Qué ocurría?

Buscó algo que decir. Aquella conversación estaba siendo una agonía, pero no podía marcharse sin saber qué ocurría.

—Espero que mi paquete llegara bien.

—Oh, sí. Quería darte las gracias —levantó la vista—. No tenía nada de cristal veneciano. Es precioso, me encanta.

—¿Ya le has encontrado sitio?

—Sí —ella echó un vistazo por encima del hombro, y él pensó que lo invitaría a entrar, pero ella descartó la idea tan pronto como se le ocurrió, e incluso cerró un poco más la puerta.

—Supongo que todo ha ido bien en la oficina en mi ausencia —empezaba a balbucear.

—Nos las hemos apañado muy bien sin ti —dijo ella, esbozando una sonrisa.

—Supongo que estás enfadada porque no me puse en contacto contigo —dijo él, suspirando.

Ella no respondió, se quedó como estaba, con cara de enfado.

—Lo siento —siguió él—. He estado muy ocupado.

Ella bajó la mirada hacia sus pies descalzos.

—¿Pasa algo, Alice? ¿Qué ocurre?

Un sonido muy parecido a un gemido escapó de sus labios.

—De todo.

Al oír eso, Liam no esperó más. Empujó la puerta y entró. El pasillo era estrecho y ella notó el olor de su champú de limón e incluso el calor de su cuerpo. Pero no se detuvo junto a ella y siguió andando hasta la sala de estar. Ella cerró la puerta y lo siguió.

La sala estaba a oscuras excepto por una lamparita que los alumbraba tenuemente desde una esquina.

Sonaba una melodía suave y romántica, y Liam sintió una dolorosa urgencia de arrastrar a Alice hasta el sofá.

—Ahora —dijo él—. Vas a decirme qué pasa.

Ella pareció desesperada.

—Y también cómo puedo ayudar —añadió con un tono más dulce.

—Yo no quiero tu ayuda —le espetó ella, sorprendida por su frase.

Liam decidió ignorar la aspereza de sus palabras.

—Siéntate, Alice —pidió, como si le hablara a uno de sus empleados, y ella fue a sentarse a un sillón mientras él elegía el sofá —, ¿Cuál es el problema?

—¿En una escala del uno al diez? —dijo ella, con la misma sonrisita burlona de hacía un rato.

—Si quieres mostrarlo así…

Alice se abrazó a un cojín color chocolate y dijo:

—Desde mi punto de vista, esto es un diez.

—¿Tan malo es, Alice? —dijo él, sintiendo una puñalada en el corazón—. No estás enferma, ¿verdad? ¿O sí?

—No —dijo ella, pero se tapó la cara con las manos.

—¿Qué pasa entonces? —Liam fue hacia su sillón y se arrodilló a sus pies.

—Estoy muy avergonzada —dijo ella, apartando las manos de la cara. Le brillaban los ojos.

—¿Por qué?

—Estoy… estoy embarazada —dijo, sin poder aguantar más las lágrimas.

Era como si le hubieran arrojado una granada a la cara. Se sintió flotar y pensó que sus palabras no tenían sentido, pero no supo por qué.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —preguntó, cuando salió de su sorpresa.

—Sólo pudo pasar durante el viaje que hicimos. Lo siento —dijo Alice—. No tenía ni idea.

—Pero dijiste que esto no podía pasar —dijo, apoyándose sobre las manos en el suelo e intentando aún ordenar sus pensamientos.

—Lo sé. Pensaba que era estéril. En serio —se retorció las manos —. Parece que estaba equivocada —lo miró a los ojos—. Es normal que te enfades —tenía los ojos inundados—. Estás enfadado, ¿verdad?

Capítulo 9

Lo que Alice quería era acurrucarse en los brazos de Liam. Él había vuelto de nuevo a su casa, después de tantos días, pero ¿cómo podía dejarlo hacer eso después de haber visto a su mujer? ¿Cómo iba a hacerlo con lo sorprendido que había quedado por la noticia?

Liam se levantó y dio unos pasos por la sala frotándose la nuca.

—Sé que piensas que te engañé —dijo ella con voz temblorosa —, pero te aseguro que no sabía que podía quedarme embarazada —al ver que no respondía, ella siguió—. No quiero que creas que te estoy metiendo en esto, Liam. Este asunto es problema mío y yo me ocuparé de ello.

—¿Qué quieres decir con que tú te ocuparás de ello? —dijo él, fulminándola con la mirada—. ¿No estarás pensando en abortar, verdad?

—No, por Dios. Quería decir que yo me las apañaré. No necesito…

—¿A mí? —se puso rojo—, ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿No quieres que me involucre?

«No. Te necesito, Liam. Necesito que me abraces, que me beses, en los labios y en todas partes».

—No… no quiero que te sientas obligado.

—¿Y rechazarías una oferta de matrimonio?

¿Matrimonio? Sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Eso era lo último que esperaba de él. No era posible. Pensaba que le ofrecería su amistad, una aventura a largo plazo, pero…

—No lo dices en serio.

—¿Por qué no? —repuso él, tan serio como una estatua de bronce.

—Porque no estás disponible.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Tu mujer —dijo ella por fin, no sin esfuerzo.

—¿Mi qué? —y resopló, incrédulo—. No estoy casado, Alice. Ya te lo dije.

Ella se llevó una mano al corazón, como para intentar calmarlo.

—La señora Conway que ha llegado contigo hoy…

—¿Julia? No es mi mujer. Es mi cuñada.

Ella lo miró y en sus ojos vio que le decía la verdad. Su cuñada… ¿por qué no lo había pensado antes?

—¿Te fuiste por ella?

—Sí. Julia ha estado en el hospital. Le pasa de vez en cuando.

Ahora que empezaba a aclararse, empezó a sentirse enfadada.

—Me hubiera ayudado que me llamaras.

—Sí —con las manos en las caderas, Liam fijó la mirada en la pared—. Ahora veo que fue un error esperar. Pero ya te dije que no estaba casado ¿Por qué no me creíste? ¿Por qué te mentiría?

—No lo sé —replicó ella—. Los hombres mienten; Todd me mintió y me dijo que los resultados de los análisis decían que yo era la estéril.

—Preferiría que no me compararas con ese sapo —murmuró él.

—No tienes nada que ver con él —le dijo ella suavemente—. Tu cuñada… sólo la vi un segundo, pero me pareció muy agradable.

—Julia es maravillosa.

—¿Está casada con tu hermano?

—Mi hermano murió —y apretó la mandíbula de tal modo que Alice no quiso seguir preguntando—. Pero esta noche no debería ser así, Alice. Me siento… tan lejos de ti… Parece que estemos peleados.

—Yo no quiero pelear contigo —susurró ella, con los ojos brillantes de nuevo.

Liam fue a su lado de dos zancadas, la levantó y la sentó sobre su regazo en el sillón. Con ella contra su pecho, le beso la mejilla y dijo:

—Cariño, hemos creado una vida. Hoy es una noche para celebrar.

—¿Celebrar?

—Sí, antes se nos daba bastante bien.

—Pero eso fue lo que nos metió en líos.

—No estamos en líos.

Tal vez tuviera razón. Además, no podía resistirse a sus besos, y él le daba pocas opciones. La reclamaba con su boca, y la tranquilizaba a la vez. Con los ojos cerrados, se dejó llevar en un delicioso beso, tan diferente de los besos encendidos que se habían dado hasta entonces. Fue un beso tierno, como si hubieran conectado profundamente al descubrir que iban a ser padres.

Cuando se separaron, Liam hundió la cara en su melena.

—Incluso si no estuvieras embarazada, Alice, lo que ha pasado entre nosotros es más que sexo.

—Lo sé —susurró ella.

—Creo que deberías casarte conmigo —insistió él.

Matrimonio. Alice se puso tensa en sus brazos.

Otra proposición. Ella deseaba a Liam con todas sus fuerzas, pero ¿estaba lista para volver a casarse y a comprometerse? ¿Y tan pronto?

La proposición era tentadora, pero no quería que fuera sólo por hacer más fácil su embarazo. Tenía que asegurarse de que él quería

casarse con ella por las razones correctas, porque ella ya sabía que él era el hombre perfecto para cualquier mujer.

Aunque, ¿conocía al Liam de verdad?

Con Todd había descubierto que la vida de casados estaba llena de roces que al final se convertían en precipicios insalvables, y tenía muy claro que no quería caer en otro matrimonio fallido.

Liam estaba esperando una respuesta, tenso, y ella cerró los ojos deseando que aquello no fuera tan duro.

—Es demasiado pronto, ¿verdad? —dijo él.

Ella suspiró de alivio. Él lo había comprendido.

—Esa no es la única razón.

—¿Tantos motivos tienes para rechazarme?

Era imposible discutir aquello sentada en su regazo, así que se levantó y se puso frente a él. Era hora de ser claros.

—Sabes que acabo de salir de un matrimonio, y no estoy dispuesta a lanzarme a otro —él asintió a sus palabras—. Y tampoco quiero que te cases conmigo por obligación —ella lo vio apretar los dientes, pero siguió—. De algún modo, aún eres un extraño. Me acabo de enterar de que tenías un hermano.

Pero los dos sabían que lo que habían compartido antes no era el beso de un extraño.

—No puedes decir eso, Alice —dijo él— Nos conocemos desde hace poco tiempo, pero hemos vivido una experiencia traumática juntos y vamos a tener un hijo. ¿Cuántas parejas logran tanto en tan poco tiempo?

—Pero el matrimonio no son sólo grandes momentos —replicó ella—. Es el día a día, el vivir con otra persona. Entonces es cuando las cosas pequeñas toman importancia.

—Estoy de acuerdo —dijo él—. Y gracias a tu ex, ya no puedes fiarte de tus instintos.

Ella asintió.

Liam la miró y frunció el ceño.

—Pareces cansada. Podemos hablar esto en otro momento.

—No, será mejor que lo aclaremos ahora. Si lo dejamos así, no podré dormir en toda la noche.

—Entonces, siéntate —dijo él, señalando el sofá—. He de decirte que nunca antes me habían rechazado tan rotundamente.

—¿Te habían rechazado antes? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí —dijo él tranquilamente—. Una vez, pero fue hace mucho.

Aunque él no pareció afectado por el recuerdo, Alice se sintió celosa de la mujer a la que Liam había amado.

—Tal vez debas decirme por qué quieres casarte conmigo…

Sus hombros subieron y bajaron como su hubiera inspirado y expirado con rapidez.

Si Liam le hablaba de amor, de devoción eterna, su sentido común se esfumaría y se perdería por él.

—Quiero ofrecerte protección —dijo—. No quiero que nadie de la oficina te haga sentir incómoda ni hablen a tus espaldas.

Era la respuesta que ella había esperado y había temido.

—Eso es muy caballeroso, pero me temo que la gente hablaría aún más de nuestra fulminante boda.

—Entonces has descartado completamente el casarnos.

«Si no me quieres».

—Sí. Necesito tiempo.

Ella lo notó temblar y estuvo a punto de ir hacia él para abrazarlo.

—Entonces —dijo él, recuperándose rápidamente—, hablemos de alternativas.

De algún modo, las alternativas no le sonaron tan bien como deberían haberle sonado.

—No sé a qué te refieres, pero he de confesarte que no me siento cómoda en la oficina, cada día más gorda, embarazada del jefe. Creo que debo despedirme.

Liam frunció el ceño y tamborileó con los dedos sobre el brazo del sillón.

—No hagas eso. Tómate una excedencia. O, si lo prefieres, puedes trabajar desde casa. Podrías ocuparte de recuperar los contactos que hicimos durante el viaje al interior.

—De acuerdo. Eso sería perfecto. Gracias.

—¿Qué más problemas se te ocurren?

—No creo que haya ninguno más que te afecte —dijo ella.

—Soy el padre del niño, Alice. Claro que me afecta.

Tal vez Liam estuviera hablando de paternidad, pero en ese momento estaba en su papel de jefe, comodísimo en la toma de decisiones y la planificación de una estrategia.

—¿Y tu familia? —dijo él—. ¿Cómo reaccionarán?

—Me temo que aún no me han perdonado lo del divorcio —dijo ella con una mueca—. No sé de dónde voy a sacar el coraje para decirles esto.

—Yo iré contigo —dijo él, y ella se quedó boquiabierta—. Llevaremos a tus padres a cenar a un sitio discreto y se lo diremos como adultos y de un modo civilizado, y ellos responderán del mismo modo.

Alice lo miraba asombrada. Había dado con la solución perfecta. Sabía que funcionaría. Y Liam se ganaría a sus padres con sus encantos, y también a las tías, si fuera necesario.

—Y quiero que conozcas a Julia y a mi sobrino —dijo él.

Vaya, aquello sí que era inesperado; Liam siempre había sido

muy celoso de su vida personal, pero veía una decisión distinta en él.

—Voy a ayudarte con esto, Alice —se puso en pie—. Pero ahora tengo que dejarte dormir.

Alice se levantó sin saber cómo despedirse de él. Liam había tomado una actitud de hombre de negocios en los últimos minutos.

—Gracias por venir.

—Voy a llamar a un taxi —dijo él, sacando su me vil.

—¿Aún no tienes coche? —ella no pudo evitar preguntar después del comentario de Shana.

—No. No lo necesito —respondió él, pero se pus blanco.

No era el momento de preguntarle por qué no conducía, pero cuando él se hubo despedido de ella con un beso en la frente, Alice se dio cuenta de que aún había muchas cosas que no sabía de aquel hombre.

Durante el fin de semana, Alice se dedicó a limpiar su mesa y el lunes empezó a transformar la habitación que tenía libre en un despacho. Tenía una bonita mesa de roble que se había traído de casa de sus padres, y su portátil, así que hizo hueco en las estanterías para los archivos y fue a comprar un teléfono inalámbrico, una corchera y una planta grade que alegrara la habitación.

A la hora de comer, recibió una llamada de Liam.

—Buen trabajo, Alice —le dijo—. Tú solita has asegurado el futuro de Kanga Tours.

—¿Que he hecho qué?

—Has dejado impresionado a nuestro inversor potencial más fuerte, Kenny Toh, de Inversiones Asia-Pacífico.

—Oh, el señor Toh… Lo recuerdo. Pasó por la oficina la semana pasada con su mujer y su hija de camino a Singapur, pero no sabía que era de Asia-Pacífico.

—Al parecer, hizo un pequeño trabajo de espionaje. Vino con su familia y pretendieron ser turistas, y tú les diste un servicio atento, detallista y profesional.

—¿Eso lo ha dicho él?

—Sí. Me ha mandado un correo electrónico.

—¿Estás seguro de que habla de mí?

—Sí, y dice expresamente que tú te ocupes de planificar su viaje cuando venga de vacaciones con su familia. Alice, no te haces una idea de lo que esto significa para mí. Toh representa a un inversor potentísimo, y necesito su respaldo. Pasé un montón de tiempo en Sydney intentando convencerlo, pero se marchó aún reticente. Y

ahora dice que mandará la documentación para firmar el acuerdo mañana a Sydney.

—¡Eso es genial! ¡Enhorabuena!

—Es a ti a quién debo felicitar. Te lo debo a ti.

—Bueno, estoy muy contenta… —y se alegró de que Liam no viera su enorme sonrisa.

Liam estaba en su despacho cuando Dennis Ericson entró sin contemplaciones por la puerta.

—Conway, quiero hablar contigo.

Liam se recostó en su silla y miró a su empleado a los ojos.

—Dime, Dennis.

—Como sospecho que me va a echar de todos modos, no me importa decirle lo que pienso.

Liam levantó las cejas.

—Soy todo oídos.

—Por si no lo imagina, quiero hablarle de Alice. Me acabo de enterar de que se ha marchado.

—Alice ha elegido trabajar desde casa.

—Sí, la primera fase para arrinconar a un empleado. Conway, acabas de perder a tu mejor empleada. Alice es la mejor trabajadora de esta empresa. Y es una mujer maravillosa.

Liam asintió con la cabeza.

—¿Es eso lo único que te molesta?

—Bueno, en la oficina se habla de vosotros…

—¿Y es que no apruebas nuestra relación?

—El marido de Alice era un mal nacido y, por desgracia, algunas mujeres no aprenden la lección.

—¿Eso es todo?

—No. No debería haber puesto a Alice en una situación en que ella tuviera que verse obligada a marcharse.

Liam sonrió lentamente.

—Ése es el espíritu que me gusta, Dennis —dijo.

—¿Cómo? —Dennis estaba boquiabierto.

—Has dicho lo que se hubiera esperado de un amigo fiel de Alice. Tendré tus comentarios en cuenta.

—Pero ¿qué va a pasar con Alice? ¿Y con nuestros puestos?

—Os enteraréis en la reunión de esta tarde —dijo, y miró el reloj —. Te veré luego, Dennis.

El hombre salió del despacho del jefe con la boca aún abierta.

—¿Qué? —exclamó Mary Ann.

—Que estoy embarazada —repitió Alice a su amiga a la vez que le pasaba una taza de café.

—Pero se suponía que eras estéril.

—Sí, eso creía yo.

Alice estaba contenta de haber recibido la visita de Mary Ann.

—Vaya sorpresa… —dijo, abanicándose la cara con las manos—. Un bebé… es tan alucinante que me está costando un poco asimilarlo. Tú y el jefe…

—Ya lo sé. Por eso decidí trabajar desde aquí. ¿Te imaginas estar allí y que la gente me viera engordar día a día?

—Sí, y también se le haría raro a él. Menos mal que no está casado —dijo Mary Ann.

—Pues sí —asintió Alice.

—¿Y cómo se lo está tomando?

—Oh, bastante bien.

Mary Ann era una buena amiga, pero Alice no quería entrar en detalles ya que siempre cabía la posibilidad de que sus comentarios acabaran llegándole a Liam a través de rumores por la oficina.

—¿Alguna opción de matrimonio?

—No en un futuro inmediato —y Alice detuvo la ronda de preguntas haciendo una ella—. ¿He causado mucho revuelo en la oficina?

—Ya lo creo. Liam nos ha vuelto a sorprender hoy.

—¿A qué te refieres? —preguntó Alice.

—Dennis se enfrentó a él pensando que te había mandado a casa sin tu consentimiento y esta tarde el jefe nos ha reunido a todos para darnos una charla sobre la dirección de la empresa y nuestros puestos de trabajo, y todos creíamos que acabaría echando a Dennis. Lo cierto es que ha hablado puntualmente de él, de su tendencia a montar teorías conspiratorias, de su gusto por los chismes… pero también ha dicho que su fuerza para decir lo que piensa es lo que necesita la empresa y lo ha ascendido. A partir de ahora se ocupará de los operadores turísticos que no garantizan nuestras condiciones, y ese puesto le va como anillo al dedo.

—Vaya, la verdad es que sí —dijo ella, sintiéndose orgullosa de Liam—, ¿Y Shana? ¿Alguna novedad?

—No —Mary Ann tomó un sorbo de café—. No quiero preocuparte, pero la verdad es que se está poniendo en ridículo.

—¿Y eso?

—Está detrás de Liam todo el tiempo, y se ofrece para llevarlo a todas partes en coche. Tanto es así, que hemos pensado comprarle una gorra de chofer.

Alice deseó no haber preguntado.

Liam organizó una cena para los padres de Alice en el Hotel Stapleton, el mejor de la ciudad, en una habitación privada. Se portó como un excelente anfitrión con Zara y Harold Madigan, que cayeron rendidos a sus encantos a los pocos minutos de estar en su compañía. Lo pasaron muy bien.

Sus padres le hicieron detallar cada minuto del incidente de la avioneta y lo miraban como si no pudieran creer que aquel hombre guapo y rico se hubiera interesado por la perdida de su hija.

A pesar de todo, Alice estaba nerviosa. Apenas comió, y cuando al servir los postres, Liam le tomó de la mano, ella dio un bote en su asiento.

—Alice y yo tenemos algo importante que decirles —comenzó él, y al ver la cara de excitación de Zara, añadió—: Pero he de advertir que os preparéis para una pequeña sorpresa.

A Alice le latía con tanta fuerza el corazón que parecía que quisiera salírsele del pecho. Incapaz de soportar la tensión de la mirada de sus padres, bajó los ojos.

—Alice y yo estamos esperando un bebé —dijo él.

Desde luego, hubo una pequeña conmoción, pero Alice quedó encantada con su forma de explicar su dilema. Al final, sus padres dieron muestra de asumir que la infertilidad de su hija no era tal con sorprendente compostura.

Y cuando Liam explicó que sería excesivo pedirle a Alice que se embarcara en otra relación tan pronto después de su divorcio, ellos parecieron aceptarlo sin problemas.

Cuando besaron y abrazaron a Alice, su alegría parecía sincera.

Pero debería haber sabido que ni Liam habría podido contener a su madre para que no interfiriera.

Antes de que sirvieran el café, Zara arrastró a su hija al baño.

—¿Entonces? —le dijo, sonriendo mientras se pintaba los labios —. ¿Habéis fijado una fecha?

Alice gimió.

—Mamá, ¿no has escuchado a Liam? Creí que habías entendido que Liam y yo no nos vamos a casar.

—No seas tonta, cielo. Tienes loquito a ese hombre.

—Eso da igual, mamá. Acepta que no va a pasar.

—¿Por qué no?

—Por lo que ha dicho Liam. Es demasiado rápido. No estoy lista y no es tan grave tener un hijo fuera del matrimonio hoy en día.

—En nuestra familia las cosas no son así —dijo Zara—. Te ha pedido matrimonio, ¿verdad?

—Mamá, no me puedo casar con él. No lo conozco lo suficiente.

—¿Cómo? —le dijo su madre, parpadeando—. Espero que

encuentres una excusa mejor —Zara había sido una estricta profesora de un colegio muy estricto y en aquel momento puso su tono de voz más gélido—, ¿Acaso esperas que le diga a todo el mundo que no te casas porque no lo conoces lo suficiente? Después de todo, estás embarazada de él.

Alice se cruzó de brazos y suspiró.

—Siento ponerte en una mala situación, pero seguro que encuentras un modo delicado de explicárselo a las tías.

—No puede ser que tú estés contenta con esto.

—Pues no creo que una boda apresurada me haga sentir mejor. Mamá, seamos sinceros, me empujaste a casarme con Todd porque no querías que acabara soltera y embarazada.

Zara contuvo el aliento.

Y Alice, que nunca antes se había atrevido a mencionar el tema, se mordió el labio inferior. La mirada culpable de su madre hizo que la hija se sintiera de igual modo. Alice le dio un beso a su madre y dijo:

—Tal vez sea una broma del destino que acabe embarazada y soltera ahora.

—Ya no eres una adolescente, Alice, así que tengo que asumir que sabes lo que haces —dijo Zara, guardándose el lápiz de labios y el maquillaje en el bolso—. Pero no puedo evitar sentir que esta vez has tenido suerte y has encontrado al hombre perfecto —su expresión se dulcificó—. Ahora sólo tienes que encontrar el valor para confiar en él.

Capítulo 10

El encuentro con Julia, la cuñada de Liam, fue mucho más fácil de procesar. Quedaron para comer en casa de Liam un domingo y comieron pescado a la parrilla preparado por él mismo con ayuda de su sobrino Jack.

Julia era tan agradable como le había parecido a Alice; era americana y había llegado a Australia por un programa de intercambio de estudiantes. Se casó con el hermano de Liam y llevaba veinte años viviendo en el país.

Su alegre conversación hizo que Alice se sintiera cómoda y arropada.

—Liam me ha dado la buena noticia —dijo ella, con ojos chispeantes—. Estoy encantada ante la perspectiva de ser tía.

—Y a mí me parece genial tener un primito por fin —comentó Jack de camino a la terraza con una cerveza para su tío—. Sólo tienes que asegurarte de que sea chico —dijo, sonriendo.

—Espero que no te moleste que Jack lo sepa —le dijo Julia a Alice—. Liam tuvo una charla con él de «hombre a hombre». Pensó que sería mejor decirlo abiertamente.

—No pasa nada —dijo Alice, pero se veía un poco aturdida por la cantidad de gente a la que afectaba su embarazo.

—Tienes que venir a comer a mi casa algún día —invitó Julia—. Ven un día entre semana, cuando Jack esté en clase y Liam en el trabajo, y podremos tener una charla sólo de chicas.

Alice estaba casi segura de que Julia quería hablarle de Liam, así que su invitación le pareció irresistible. Por eso, tres semanas después y con una orquídea como regalo para su nueva casa, Alice llegó a la preciosa casita de Julia.

Comieron una ensalada de calamares al estilo tailandés en un bonito salón que daba a un exuberante jardín tropical.

—Eres una excelente cocinera —alabó Alice—. Todo está delicioso.

—Gracias —dijo Julia con una risita—. Lo cierto es que tengo una asistenta que se ocupa de las tareas aburridas y así yo tengo más tiempo para hacer lo que me gusta: cocinar. Y me parece que voy a disfrutar mucho en este jardín —pero la dulce sonrisa de Julia se desvaneció y su rostro se volvió más serio, aunque amable—. Sabes de qué quiero hablarte, ¿verdad?

—Imagino que de Liam —respondió Alice, sintiéndose nerviosa de repente.

—Lo cierto es que no sé por dónde empezar.

—Yo no sé casi nada de la vida de Liam antes de conocerlo —admitió Alice—. Pero he notado que hay cosas sobre las que le cuesta hablar.

—Tienes razón —Julia se alisó la servilleta en el regazo—. Tiene que ver con el hecho de que yo esté en silla de ruedas y… —se interrumpió y apartó la vista.

—¿Por qué Liam no conduce? ¿Hubo un accidente? —sugirió Alice, casi temiendo la respuesta.

—Sí —dijo Julia—. Creo que al final es él quien más ha sufrido.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que te ha pasado?

—Porque creo que es cierto —Julia tomó una bocanada de aire y empezó su relato—. Ocurrió de camino al veintiún cumpleaños de Liam y Peter. ¿Sabías que eran gemelos?

—No —oh, en su cumpleaños. Qué terrible. Alice recordó que había notado algo extraño la noche que lo conoció en su deseo de celebrarlo, pero su hermano… su gemelo…—. Qué terrible. ¿Peter era el padre de Jack?

—Sí. Nos casamos muy jóvenes. Pete y Liam eran idénticos, pero mi Pete tenía el lado cómico —se detuvo un momento a recordad, sonriendo—. Me volvió loca. Yo tenía sólo diecinueve años.

—Me lo puedo imaginar —debían formar una bella pareja.

—Liam conducía, pero el accidente no fue culpa suya —dijo Julia, seria de nuevo.

—Eso debió reconfortarlo —apuntó Alice.

—No. En absoluto. Siempre se ha culpado, pero fue sólo un accidente. Estábamos tan contentos por la fiesta que íbamos riendo por las bromas y chistes de Pete. Liam perdió la concentración un segundo y un coche que no tenía prioridad salió de una calle y se puso delante de nosotros. Liam no pudo hacer nada. Intentó esquivar al otro coche y chocó con una farola —a Alice se le había hecho un nudo en la garganta, pero Julia siguió hablando—. El conductor del otro coche y Liam salieron sin un rasguño, y aunque fue culpa del otro coche, Liam siempre se ha culpado y ha intentado compensar lo que hizo.

—Está claro que él se preocupa mucho por ti.

—Yo pasé un año en el hospital —dijo ella, con los ojos luminosos—. Liam venía a verme casi todos los días. Mis padres viven en California y no pudieron quedarse todo el tiempo. Jack nació por cesárea, y Liam se ocupó de él. Me traía al niño al hospital, a veces dos veces al día, y los fines de semana estaba todo el tiempo que pudiera para que Jack supiera que yo era su madre.

A Alice las lágrimas no le dejaban ver con claridad. Se puso una mano sobre el vientre e imaginó lo que debía representar aquel bebé para Liam cuando se había hecho cargo del de otra pareja con

sólo veintiún años.

—Hay más —apuntó Julia, con una sonrisa—, si crees que puedes soportarlo.

—Sí. Te agradezco lo que haces. Ahora puedo comprender por qué Liam no quería hablar de ciertas cosas.

—Casi me da vergüenza admitirlo, pero la fuerza de Liam para convertirse en un hombre de negocios de éxito, se la dio el deseo de que a Jack y a mí no nos faltara de nada. Ganamos el juicio y hubo una compensación económica, pero tardó mucho en llegar. Fue Liam el que se ocupó de nosotros y, a pesar de mis protestas, trabajó como un loco para conseguirlo.

A Alice le dolía pensar en la pesada carga que había tenido que soportar Liam desde tan joven.

—Julia, probablemente no deba preguntarte esto, pero ¿te pidió Liam que te casaras con él?

Ella pareció ligeramente avergonzada.

—Sí, sí lo hizo.

—¿Fue hace poco? —insistió ella, intentando no aparentar dolor.

—No. Fue hace doce años.

Así que Julia fue la otra mujer que lo rechazó.

—¿Por qué no te casaste con él?

—Sabía que lo hacía porque creía que era su deber.

¡Su deber! Alice notó un escalofrío por todo el cuerpo. Ella lo había rechazado por lo mismo, aunque no era la excusa que le había dado a él. En su fuero interno, sabía que Liam se creía en su deber de «hacer lo correcto».

—¿Lo amabas? —preguntó casi en un susurró.

—No como se aman marido y mujer —una sombra cruzó el rostro de Julia—. Liam es muy parecido a Pete y completamente distinto a la vez. Adoro a Liam, pero no como quería a mi travieso Pete. Deseé morir cuando él murió. Si no hubiera sido por Jack…

Julie no pudo contenerse más y empezó a llorar. Alice se levantó y fue a abrazarla. Las dos acabaron llorando abrazadas.

—Míranos —dijo Julia—. Te invito a comer y acabamos llorando.

—No te haces una idea del daño que has creado —comentó Alice.

—Querida… —Julia pareció preocupada.

—Ya estaba enamorada de Liam, pero con todo lo que me has contado, estoy en estado terminal e irreversible.

—¡Eso es fantástico! —grito Julia.

¿Lo era? No si Liam se ofrecía a casarse con ella por su sentido del deber, como había hecho con Julia.

—Pero me hubiera gustado que Liam se sintiera lo bastante cómodo conmigo como para contarme lo que tú me has dicho.

—Tal vez me haya adelantado.

—La verdad es que ha sido de mucha ayuda —reconoció Alice.

—Alice, a veces a los hombres les cuesta abrirse. Dale tiempo, Alice. Estoy segura de que te lo contará, pero cuando esté listo para ello.

—Sí, hay mucho tiempo para ello. He tenido una mala experiencia en mi matrimonio anterior y ahora soy más cuidadosa y no me dejo ir deprisa.

—Es lógico. Si los romances pudieran ser tan simples como en las películas…

¿Sería eso posible? Se preguntaba Alice las semanas siguientes. Nada acababa de salir bien. Ella había esperado que, tras declarar que quería seguir siendo parte de su vida, continuaran con su relación donde la habían dejado. Pensó que saldrían juntos, como otras parejas, seguirían siendo amantes y en algún momento, decidirían si estaban listos para casarse. Pero Liam parecía tener una idea totalmente distinta: estaba amable, atento, pero distante. A veces salían a cenar, y al volver, él la acompañaba hasta la puerta, pero no entraba. Otras veces no se veían en bastante tiempo, así que cuando la madre de Alice quiso invitarles a comer un domingo para presentarle a Liam al resto de la familia, Alice se excusó.

Ella se volcó en el trabajo y se empapó a fondo de todos los atractivos turísticos de la zona. Liam la llamaba casi todos los días o le mandaba correos electrónicos y se mantenían informados de cómo iba el trabajo. Charlaban como amigos, pero no había ni un ápice de flirteo, ni una pizca de romance.

Nunca entraban en terreno íntimo, como si así lo hubiera dispuesto Liam; hablaban de trabajo, de libros, de política y de las visitas al médico de Alice, y aunque ella estaba siempre esperando esas llamadas, la distancia le dolía. Liam no le había dicho ni una vez que la echaba de menos.

Y ella sí lo echaba de menos. Desesperadamente. Necesitaba verlo, tocarlo, sentir el calor de su piel y sus caricias, pero estaba claro que sus sentimientos hacia ella habían cambiado desde que estaba embarazada. La trataba igual que a Julia: con compasión, preocupación, sentimiento de culpa y sentimiento del deber.

En un mal momento, Alice incluso pensó que Liam probablemente se arrepintiera de haber hecho el amor con ella, pero al recordar la pasión que compartieron… ¿Cómo iba a arrepentirse de eso?

Maldición. Ella sí lo quería. Necesitaba sus besos ansiosos, sus manos y su cuerpo viril.

El día que sintió moverse al bebé en su interior, decidió que era el momento de pasar a la acción. En cuanto llamó, le contó las emocionantes novedades.

—¿Por qué no vienes, Liam? Puedes sentirlo tú también. Es una sensación tan bonita —sabía que aquello era ridículo y se sentía como Eva mostrándole la manzana a Adán.

—¿Puedes contarme cómo es? —dijo él en un tono seco.

—Oh, es difícil de describir. Tienes que sentirlo tú mismo.

Ella esperó a que dijera algo y se sintió terriblemente decepcionado al ver que no lo hacía.

—¿Liam?

—No… no puedo ir esta noche —se aclaró la garganta—. Vamos, Alice, dime cómo es.

La tensión que había estado acumulando se tradujo en palabras.

—Ya te he dicho que es difícil de decir —dijo, y estuvo a punto de colgar.

—Estás enfadada —dijo él, después de unos segundos de silencio.

—Oh, te has dado cuenta… felicidades. Pues sí, estoy enfadada. ¿Qué demonios te pasa? Creía que querías implicarte en el embarazo, y eso no es algo que pueda sentirse en la distancia.

—Espera —repuso él—. Creía que eso era lo que querías. Me dejaste claro que querías tu espacio: me lo dijiste a mí, se lo dijiste a tu madre y se lo dijiste a Julia. Todo el mundo sabe que necesitas tiempo y espacio para aclararte.

—No necesito aclararme.

—No estoy yo tan seguro —dijo él fríamente.

—¿A qué te refieres? —exclamó ella, montando en cólera.

—Mira —él parecía impacientarse—. Aclárate y cuando sepas algo, me la dices.

—Pero si lo tengo todo claro… Sé lo que quiero.

—¿Sí? Pues no estaría mal decírmelo.

«Te quiero aquí; quiero que me quieras».

Pero no iba a suplicarle que la amara. Al no responder, Liam suspiró.

—Alice, me estoy volviendo loco para llevar esto justo como tú quieres.

—Vaya, pues no has dado ni una —lívida de rabia al ver que no había entendido lo que para ella era obvio, Alice colgó y se echó a llorar.

Tal vez fueran las hormonas, pero se abandonó y lloró hasta que le dolieron los ojos.

¿Cómo podía ser tan tonto? ¿Cómo podía pensar que quería que la dejara sola y no verle apenas? La había dejado embarazada y se

mantenía alejado de ella a la vez que le daba charlas sobre aclararse las ideas. ¿Qué sabía él de eso?

Menos mal que no había aceptado su proposición de matrimonio.

Cuando ella le dijo que estaba embarazada, él la besó con ternura y le pidió que se casara con él. Ella, por su parte, había saltado de sus brazos, había tomado una actitud distante y le había rechazado diciéndole que necesitaba tiempo para recuperarse de su divorcio.

¿Acaso se lo estaba tomando Liam en sentido literal?

Cuando Alice pensó en ello, se dio cuenta de que él había cumplido su palabra… Tal vez todo aquello fuera culpa suya.

Mirándolo desde el punto de vista de Liam, tenía todo el derecho del mundo a estar furioso con ella: ella se había saltado las normas y después le había dicho que lo estaba haciendo mal. Y le había colgado el teléfono. Con eso sí que había acabado de estropear las cosas; él no aguantaba esa actitud y probablemente nunca volviera a llamarla.

Cuando el teléfono volvió a sonar, ella se incorporó de un salto. Demonios, no estaba en condiciones de hablar con nadie.

—Hola —dijo ella, con la nariz taponada de tanto llorar.

—¿Estás bien? —era Liam.

El tono de preocupación de su voz era tan dulce que estuvo a punto de volver a echarse a llorar.

—Liam, antes de que digas nada, siento haberte colgado —su voz sonaba patética.

—Has estado llorando.

—Ya he parado —dijo, sorbiendo las lágrimas—. No te preocupes por mí.

—Debes estar de broma —dijo él, intentando aligerar el tono, pero parecía ansioso.

—Me equivoqué en todo lo que dije, Liam. En vez de regañarte, tenía que haberte dicho que te echaba de menos. Te echo mucho de menos.

—Creía que querías dar un paso atrás, tomar perspectiva —dijo él al cabo de un segundo.

—Lo sé; sé que tú has hecho lo correcto y yo estoy actuando como una princesita mimada porque no me gustan mis propias normas.

Ella creyó oír unas risas al otro lado del teléfono.

—Yo no lo diría de ese modo, pero eres una princesa embarazada, y podrías ajustar las normas como mejor te plazcan.

—Eso debería ser cosa de dos.

—Sí, tienes razón —admitió él—. Alice, estaré tan cerca de ti

como tú quieras.

—Oh —dijo, sintiendo que el corazón se le derretía al oír aquello—. Eso suena… bueno, me encantaría verte.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

Allí y en ese momento, pero sabía que tenía que ir despacio.

—¿Qué te parece si nos vamos de picnic? —vaya, parecía una de sus tías.

De hecho llevaba tiempo imaginándose con Liam al aire libre. Buscarían un claro entre los árboles y se sentarían a comer en una manta.

—¿Un picnic? ¿Dónde?

—En Kuranda. Está en la parte alta de la montaña. Hay mercadillos de artesanos y podemos ir en tren.

Menos mal que Julia le había hablado del accidente de Liam, así no añadiría tensión a la cita por viajar en coche.

—Podemos llevar comida, respirar aire puro, dar un paseo por la montaña y volver por la tarde.

—Me has convencido. Es una idea genial. ¿Cuándo?

—¿Mañana sábado? —qué estupendo—. Perfecto. Te veré por la mañana.

Esta vez, al colgar, se sintió triunfante: un día entero con Liam, por fin.

Capítulo 11

A la mañana siguiente llovía. Había empezado la noche anterior, con toda la furia de una tormenta tropical, y para las ocho y media, cuando debía llegar Liam, no presentaba signos de querer parar.

Alice esperaba la llamada de cancelación del plan. Después de todo, no disfrutarían del día con aquel tiempo. Pero nadie llamó y a las ocho y media en punto apareció Liam en vaqueros con un paraguas negro.

—Pensé que no vendrías —le dijo, sabiendo que no podía dejar de sonreír.

—No podía cancelar nuestra cita —sonrió él.

Vaya par de tontos sonrientes.

—Pasa, prepararé café.

En la cocina, mientras ella preparaba la cafetera, las tazas, el azúcar… veía a Liam acercarse.

Él le agarró los hombros con dulzura, la giró para que estuviera frente a él, y la miró.

—Qué rápido va esto —le dijo—. Empiezas a parecer embarazada.

—Sí —dijo ella, pasándose una mano por la tripa para mostrar la curva de su abdomen—. ¿Ves lo que te has estado perdiendo?

A Alice se le puso la carne de gallina al ver un brillo en sus ojos y su dificultad para tragar.

—La semana pasada tuve que ir a comprar ropa más ancha —explicó ella.

—¿Cómo de grande es el niño ahora?

—Unos catorce centímetros.

—Aún es pequeño.

—Sí, pero tiene cejas y pestañas. Y ya tiene papilas gustativas en la lengua.

—¿En serio? —Liam sonrió—. Veo que estás muy pendiente de lo que pasa ahí dentro.

—Sí. Tengo un montón de libros y apunto los progresos cada semana. El problema es que me impaciento y estoy siempre deseando pasar a la siguiente fase.

Ella se volvió a la cafetera y Liam, apoyando la cadera en la encimera, se cruzó de brazos.

—Me pregunto si será chico o chica.

—La semana que viene me harán una ecografía —dijo, poniendo agua a hervir para hacerse una infusión—. Tal vez puedan decirme el sexo del bebé —lo miró—. Te preguntan si quieres saberlo o no.

¿Tú quieres saberlo?

—No lo sé —dijo, levantando las cejas—. ¿Y tú?

En ese momento Alice pensaba en lo maravilloso que sería tener a Liam con ella en ese momento, pero temió que sus sentimientos se hicieran demasiado obvios y se giró para sacar la leche de la nevera.

—No me decido. Tal vez no.

—El suspense es divertido —comentó el.

—Por un lado quiero saberlo, y por otro, quiero que sea una sorpresa.

Ella lo miró y él le sonrió de tal modo que ella necesitó de todo su autocontrol para no echarse a sus pies.

—¿Qué prefieres? —preguntó Liam.

—No lo sé —se sirvió el agua caliente en una taza—. Bueno, sí. Un chico —un chico como Liam—. ¿Y tú?

—Bueno, yo casi prefiero una niña.

Alice rió.

—Entonces le pediré que no me diga qué es, y así podremos seguir con nuestras elucubraciones —en ese momento vio la cesta de picnic que había preparado la noche anterior sobre la encimera —. Ya que estás aquí, debo aprovecharme de tu altura. ¿Te importa poner esto encima del armario?

—Claro. ¿Cómo lo bajaste tú sola?

—Tengo una escalerita.

—Alice, no deberías…

—No ha sido nada peligroso. Además, estoy embarazada, no es que me haya convertido en porcelana —pero le gustó ver a Liam estirarse y ver cómo se le ajustaban los pantalones al subir la cesta —, ¿Te importaría hacer eso tres o cuatro veces más?

Él se giró, y al mirarla, rió divertido.

—Estabas mirando bien, ¿eh?

—Tal vez —respondió ella, encogiéndose de hombros.

Se quedaron mirándose en medio de una terrible tensión. Sólo se oía el tictac del reloj y el burbujeo de la cafetera. Y entonces, todo se precipitó: Liam fue hacia ella, apagó el café, la tomó en sus brazos y… la besó.

La besó con dureza. Con una maravillosa dureza.

Fue un beso tan apasionado que le puso los nervios a flor de piel. Ella se agarró a él hundiéndose en el placer, dándose cuenta de que la distancia sólo había servido para acrecentar el deseo que sentían el uno por el otro.

Alice había soñado las últimas semanas muchas veces con un momento así, lleno de besos, de caricias, buscando estar cada vez más cerca del otro…

Hasta que Liam la dejó en el suelo, sonrojado.

—Creo que debería disculparme por esto.

—Por si no te habías dado cuenta —dijo ella, sacudiendo la cabeza—, me ha gustado bastante.

—Sí, pero cómo tú ya dijiste, fue el sexo lo que nos metió en líos en el pasado.

—No estoy en un lío —dijo, pasándose la mano por la tripa—. Lo más difícil de mi situación es tener que estar sin ti. Me está costando mucho. De hecho, me es imposible.

Al ver cómo la estaba mirando Liam, se le cortó la respiración.

—Te he echado terriblemente de menos —dijo ella, pero se sintió avergonzada y apartó la vista.

—Bueno, es algo mutuo —dijo él, tomándole la cara entre las manos y obligándola a mirarlo.

—No puedo creer cómo llegamos a esta situación —dijo, y le apretó la mano contra su cara—. ¿Cómo pensaba que iba a ser feliz hablando contigo sólo por teléfono?

—Bueno, yo te estaba dejando mandar, pero no iba a prolongar esto mucho más.

—Ya que te he dicho que te echo de menos —comentó Alice, decidida a dejar claro el mensaje—, lo que tengo que decirte ahora es que… que te quiero.

—¡Alice! —dijo él, y la abrazó de nuevo, pero más cuidadosamente esta vez.

—Entiendo que no me correspondas —le dijo ella.

—¿De dónde has sacado esa idea? Sé desde que estuve en Sydney que estoy enamorado locamente de ti.

—¿Desde Sydney?

—Tenía que haberlo escrito en la tarjeta del bol, pero estaba tan terriblemente ocupado que mi secretaria escribió la tarjeta por mí. Decidí que sería mejor decírtelo en persona en cuanto llegara.

—Pero no lo hiciste —dijo Alice, dándole un pequeño empujón en el pecho—. Viniste y me pediste que me casara contigo, pero no hablaste de amor, sino de protegerme y cosas de ésas.

—Bueno —dijo él, haciendo una mueca—. Tenía que contarte ciertas cosas, pero tú tenías tus propios problemas y no te quería agobiar con los míos.

—Sé lo del accidente, Liam.

Él se quedó helado.

—Julia me lo contó —susurró, viendo como se ponía tenso—. Espero que no te importe.

—No. Iba a decírtelo, pero Julia ha sido más lista que yo —la tensión se transformó en una sonrisa— ¿Sabes que tenía un anillo de compromiso en el bolsillo esa noche?

Ella se quedó tan sorprendida que dio un paso atrás.

—¿En serio? ¿Me lo ibas a pedir… antes de saber que estaba embarazada?

—Me lo estaba planteando.

No podía creerlo… había estado tan obsesionada con su divorcio que… si hubiera dejado a Liam mostrar sus sentimientos…

—Si hubiera sida listo —dijo él—, te hubiera pedido que fueras mi esposa la primera noche. En el bar. Supongo que allí me enamoré de ti, incluso antes de probar ese «Orgasmo arrebatador».

Ella lo miraba boquiabierta.

—¿No me crees?

—No sé. Bueno, sí. Pero no acabo de asumir que lleves tanto tiempo con el anillo.

—Y entonces… ¿es demasiado pronto para aceptarlo?

—Liam —dijo, poniéndole las manos detrás del cuello—. No te merezco.

—No digas eso. Te mereces un hombre que te adore.

—Y tú mereces ser feliz, y eso intentaré hacer por ti.

—Dime que aceptas el anillo y seré un hombre feliz.

—Claro que lo acepto.

—¿Sin verlo primero?

—Claro —pero sintió curiosidad—. ¿Cómo es?

—No te lo voy a decir —rió él—. Es una sorpresa.

—Aguafiestas —dijo, arrugando la nariz—. Pero lo aceptaría aunque fuera de plástico.

—Es un poco mejor que eso —respondió él—. Es precioso. En cuanto lo vi, pensé en ti. El color, todo era perfecto.

—¿Cómo sabes si me valdrá?

—Bueno, podemos ir enseguida a mi casa a buscarlo y te lo pruebas.

—¿Por qué no? —Alice miró por la ventana—. Está claro que no podremos ir de picnic.

—Cuando veas el anillo, podemos pasarnos el día ocupados en actividades más propias de un día lluvioso.

—Genial —dijo sintiendo el calor hacer presa de su cuerpo de repente—. Voy a recoger mis cosas y las llaves del coche.

Alice no podía creer lo feliz que estaba. Comprobó que tenía todo lo que necesitaba en el bolso y decidió pasar un momento al baño.

Y una vez allí, se quedó horrorizada.

«Oh, Dios, no».

Tenía manchas oscuras en la ropa interior.

Sintió pánico y el corazón empezó a latirle con fuerza.

—¡Liam! —exclamó, entrando en la cocina.

—Estás pálida. ¿Qué pasa?

—Estoy manchando.

—¿Qué? —al ver sus ojos aterrorizados comprendió—. ¿El niño? Oh, Alice esto ha sido una sorpresa demasiado fuerte.

—¿De qué estás hablando? ¡No! Ha sido maravilloso.

—¿Es muy grave? —Liam no parecía convencido de su explicación.

—No lo sé —intentaba no sonar asustada, pero…—. Oh, no quiero perder a este niño.

—Ven, siéntate —le dijo él angustiado, al ver que se estaba mareando—. Vamos a llevarte al hospital.

—¿Puedes llamar a un taxi? No me veo capaz de conducir.

—Un taxi en un día como hoy puede tardar una eternidad. Iremos en tu coche.

—De acuerdo, pero dame un momento para que me tranquilice antes de ponerme al volante.

—Ni hablar de eso —pálido, Liam fue a buscar sus llaves—, ¿Son éstas, verdad?

—Sí, pero no tienes por qué conducir.

—Te voy a llevar al hospital, así que vamos —dijo, ayudándola a levantarse.

—Pero sé que no conduces.

—Vamos, esto es una emergencia —y le dedicó una sonrisa temblorosa.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Nuestras vidas no corren peligro como en la avioneta.

—Cariño, la vida que llevas dentro es muy valiosa. Confía en mí, Alice. Yo te protegeré.

Ella dudó, pero al ver el amor con que la miraba, comprendió que Liam necesitaba llevarla, que quería hacerlo. Y su valentía le hizo confiar en él; había sido capaz de hacer aterrizar una avioneta, así que podría llevarla al hospital y mucho más. En ese instante se dio cuenta de que a partir de ese momento confiaría en él para todo. El resto de su vida.

Se sintió más tranquila, sonrió y supo que todo iría bien.

* * *

Liam lo pasó fatal en el hospital. El trayecto en coche fue bien. La mujer a la que amaba y su diminuto hijo lo necesitaban, y había conseguido llevarlos sanos y salvos hasta el hospital. Pero aún así, no era un momento de triunfo.

Nada más llegar, un bedel se llevó a Alice en una silla de ruedas

y él sintió una soledad inmensa al verla alejarse.

¿Cómo podría soportar aquello? ¿Por qué la había besado con tanta furia? ¿Habría sido culpa suya? No podría soportar que Alice perdiera el bebé, ser el responsable de otra muerte. No, por favor, otra vez no.

Intentó tragar saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta; Alice significaba mucho para él, más de lo que se imaginaba. Ella había logrado lo que los años, el trabajo duro y sus esfuerzos por ayudar a Julia y a Jack, no habían conseguido: alejar las sombras y curar su corazón. Eso de que el amor le ilumina la vida a uno era cierto.

En cuanto a su hijo… su hijo, ese ser de catorce centímetros con pestañas y cejas, le había cautivado el corazón.

Liam no podía soportar aquella espera. ¿Qué le estaban haciendo? ¿Estaría asustada?… Era mil veces peor que con Julia.

—¿Señor Conway?

Una enfermera parecía haber salido de la nada.

—¿Sí? —dijo él sintiendo un frío por todo el cuerpo.

La mujer sonrió, y él casi tembló al pensar si eso era bueno o malo.

—El doctor O'Brien le va a hacer una ecografía a Alice, y ella quiere que vaya con ella.

—De acuerdo —dijo, casi sin voz.

La enfermera lo condujo por los pasillos y él se apresuró a entrar por la puerta que le mostró.

Alice estaba allí, con una bata de hospital, tumbada en una cama frente a un hombre bastante serio que debía ser el médico. Había un enfermero ajustando una pantalla. Ella sonrió al verlo.

—¿Qué tal estás? —le dijo, al llegar junto a ella y agarrarle las manos.

—Bien —dijo—, Liam, él es el doctor O'Brien. Doctor, le presento a Liam Conway, el padre.

Los hombres se saludaron y el médico puso a Liam al corriente.

—No hay motivos para alarmarse. Tener pérdidas de sangre es normal, y los síntomas de Alice son moderados, así que en principio, no hay que preocuparse. De todos modos, vamos a hacer una ecografía para ver cómo está el bebé.

—Claro. Haga lo que sea necesario —miró a Alice y deseó estar tan tranquilo como ella.

—Tranquilo, cariño —dijo ella, apretándole la mano.

Él sonrió, pero la cara le cambió al ver al enfermero apartarle la bata a Alice y empezar a extenderle un gel sobre el abdomen. El médico se colocó frente a la pantalla y empezó a pasarle un aparato sobre la tripa.

Liam estaba tenso. Nadie decía nada y sólo se oía un pitido constante de la máquina. A Liam le pareció que era mucho más estresante ser padre que aterrizar una avioneta. Pensó en algo que decirle a Alice para relajarla, pero sólo se le venía a la cabeza lo mucho que la quería.

—Cuando salgamos de aquí —dijo, acariciándole los dedos con el pulgar—, vamos a ir derechos a ver ese anillo.

—Desde luego —repuso ella—. Lo estoy deseando.

La máquina empezó a emitir más pitidos y Liam deseó que el médico dijera algo.

—Creo que sé de qué color es —comentó ella—. Pero seguro que es precioso como el bol…

—Bueno, bueno —interrumpió el médico.

—¿Está bien el niño? —dijo ella, abriendo mucho los ojos y agarrándose a Liam.

—Giraré la pantalla y lo podréis ver.

Liam tragó saliva y fijó la mirada en el borroso monitor en blanco y negro.

—Sólo veo —dijo Alice, tan sorprendida como él—… dos círculos… Oh, Dios mío.

—Lo que estás viendo son dos cabecitas —el doctor sonrió y señaló la pantalla—. Tienes dos bebés, y parece que están bien.

—¿Gemelos? —su cara fue la pura expresión del placer—. Liam, ¿qué te parece? Esto no te sorprenderá…

Él estaba demasiado sorprendido como para responder. Gemelos… no pudo pensar si era una buena o una mala noticia, y lo primero que se le vino a la mente fue su hermano Peter, seguido de una oleada de dolor.

Pero decidió no pensar en su muerte, sino en lo bien que se lo habían pasado juntos, siempre el uno con el otro. Nunca se había sentido solo.

—¿Liam? —preguntó ella, nerviosa—. No te importa que sean gemelos, ¿verdad?

—Por supuesto que no —parpadeó él—. Es fantástico.

—Se puede determinar el sexo. ¿Queréis saberlo? —preguntó el médico.

—Esto es decisión tuya, cariño —dijo él a Alice.

—No —decidió ella al cabo de unos segundos—. No nos importa lo que sean, los queremos igual —y miró a Liam.

Él deseó besarla allí mismo.

Cuando acabaron, Alice fue a cambiarse y al salir, la vio sonrojada y con los ojos radiantes de felicidad.

—¿Puedes creer que vayamos a tener gemelos? —dijo ella.

—Empiezo a asimilarlo.

Ella se echó a reír.

—No está mal para una chica que no podía quedarse embarazada, ¿eh?

—Pero dos bebés significan mucho trabajo.

Ella le apretó el brazo.

—Nos las apañaremos —sonrió ella, pero entonces hizo una mueca—. Pero también engordaré el doble.

—Seguirás estando preciosa.

—Lo cierto es que tienes razón —admitió ella, preocupada—. Estaré muy ocupada con dos bebés… éste no es el mejor modo de empezar un matrimonio, Liam. Yo deseaba que esto fuera romántico.

—Ya haremos tiempo para eso —dijo él, tomándole la mano—. Además, prefiero estar dentro de un matrimonio contigo y los bebés, que quedarme fuera sin ti.

—No te dejaremos que te quedes fuera —dijo ella, con chispas en los ojos.

Él sonrió y le dio dos besos en los labios.

—Uno para cada uno de los niños.

—¿Y para la madre?

—De acuerdo, pero uno suave. No quiero que te vuelvas a poner nerviosa.

—Liam, deja de preocuparte y bésame como Dios manda.

Liam obedeció, aunque con rapidez, porque estaban en medio del hospital.

—No te haces una idea de cuánto te quiero, Alice.

—Yo también te quiero —le dijo ella al oído—. Estaremos bien, Liam. Estoy segura.

Al salir por la puerta, ella se detuvo bruscamente.

—¡Vaya! Había olvidado darte las gracias por traerme.

—No pasa nada.

Los dos comprendieron que aquel corto trayecto en coche había sido un signo íntimo de confianza y compromiso para los dos.

—Y ahora te voy a llevar a mi casa. El doctor ha dicho que tienes que reposar durante unos días, así que te vas a tumbar y vas a dejar que te mime mientras admiras tu anillo de compromiso.

Ella le pasó la mano por el brazo.

—Ése sí que es un plan de sábado perfecto.

Capítulo 12

Ella estaba sentada sola en el bar, de espaldas a él, pero lo vio llegar gracias al espejo que tenía delante. Sintió un escalofrío al verlo acercarse a ella.

Sus ojos se encontraron en el espejo, los de ella grises y los de él azules, y se sonrieron como dos personas enamoradas.

Cuando él se sentó a su lado, ella sintió una dulce calidez en su interior. Hacía dos años que se habían conocido en aquel bar, pero nada podía hacer que dejara de desearlo.

—Hola —dijo él, mirando con atención el vestido de seda verde oscuro sin mangas que llevaba. Era nuevo y a ella le agradó que le gustara.

—Hola a ti también —respondió ella.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez lo increíblemente preciosa que eres?

—Sí —murmuró ella, sintiendo el calor correrle por las venas—. Mi marido me lo dice todo el tiempo.

—Me alegro de oírlo —dijo él—. Hace bien. ¿Qué estás tomando? —y señaló su copa.

—«Lágrimas de ángel».

Él pareció sorprendido.

—¿No un «Orgasmo arrebatador»?

—No tengo que pedirlo aquí. Mi marido me los sirve en casa siempre que quiero.

El ambiente se cargó aún más de tensión.

—Liam —dijo ella, dejando la copa sobre la barra—, tal vez no haya sido buena idea venir. Si sigues flirteando así, tendré que llevarte a casa, a la cama, y habremos desperdiciado la niñera.

—¿Entonces? —sonrió él—, ¿Quieres que me porte bien?

—No —admitió ella, con cara bobalicona.

—Podemos hablar de la reunión de esta tarde, si quieres.

—Esta noche no…

—Qué alivio.

Liam le pidió una cerveza al camarero cuando éste se acercó y Alice observó su mano izquierda: la alianza de oro y su anillo de compromiso, una esmeralda rodeada de diamantes.

Sonrió al recordar que le quedaba perfecto cuando se lo puso por primera vez.

—Feliz cumpleaños, querida —dijo él, levantando la copa.

—Feliz cumpleaños, Liam.

Y se dieron un beso suave pero cargado de deseo.

—Durante años he temido este día —dijo Liam después de tomar un trago de su cerveza—. Pero tú equilibraste mi vida, cumpleañera. Además de hacerme feliz, me has dado un montón de motivos para sentirme bien este día.

Ella le puso la mano encima de la suya.

—Y tú debes saber que siempre serás mi mejor regalo de cumpleaños.

En aquel momento le costaba creer que había estado a punto de no darle una segunda oportunidad al matrimonio. Desde el día que se casaron en una playa al atardecer, su segundo matrimonio había sido distinto del primero en todo. En parte fue porque la paternidad les absorbió, pero ellos se entregaron a la tarea sin reticencia.

Y de vez en cuando podían pasar preciosos momentos a solas gracias a la gran cantidad de niñeras voluntarias que tenían: Julia, Zara, Mary Ann, las tías, aparte de una bien pagaba asistenta. Incluso Jack les había perdonado que fueran niñas y las llevaba todos los sábados a dar una vuelta por el paseo marítimo.

Esa noche se habían quedado con las niñas los padres de Liam. Estaban viajando tanto a Cairns últimamente que habían pensando con seriedad vender la granja y comprar una casa allí, sobre todo desde que Julia y Jack también vivían en Cairns.

—¿Estaban dormidas las niñas cuando nos marchamos? —preguntó Liam.

—Lily, sí. Cate aún no se resistía a despedirse de su abuelo, y tu madre parecía casi deseosa de que Lily volviera a despertarse para poder tomarla en brazos de nuevo.

—Bueno, ya tendrán tiempo por la mañana.

Alice lo miró extrañada.

—Parece que no pienses estar allí cuando se despierten.

—Por más que me encante que mis adorables hijitas me despierten a las seis de la mañana, esta noche quería a su madre para mí solo —sus pupilas se dilataron—. Toda la noche y hasta después del desayuno.

—Tienes algo planeado —dijo ella, sintiendo un escalofrío.

Él sacó una llave del bolsillo y le mostró el llavero. En él ponía «Cupido».

—¿Qué es esto? —preguntó Alice.

—Es la llave de la Cueva de Cupido, la suite nupcial del Hotel Stapleton. Es enorme y hay una botella de champán en hielo, un *jacuzzi* con vistas al océano y servicio de habitaciones gourmet. Se dice que es la mejor suite nupcial de todo el hemisferio sur.

—Vaya, me estoy poniendo roja sólo de pensarlo.

Una noche a solas con Liam ya era un lujo en sí mismo.

—Pero también podemos ir a bailar, si quieres —bromeó él.

Alice tomó la llave que él había dejado sobre la barra.

—Esta noche, no. No podemos dejar que los recién casados sean los únicos que se diviertan. Vamos, cariño.

Fin